



San Valentín en

*Alaska*

N.Q. PALM

SAN VALENTÍN EN  
Alaska



N.Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm

Obra Registrada Safe Creative: 1801285609709

Diseño y portada: N.Q. Palm

Primera Edición: Febrero 2018

Correo electrónico: [nqpalmescritora@gmail.com](mailto:nqpalmescritora@gmail.com)

Twitter: @NQPalm

[www.facebook.com/NQPalm](http://www.facebook.com/NQPalm)

Instagram: @NQPalm\_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella, no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

*No ser amados es una simple desventura; la verdadera desgracia es no  
amar.*

Albert Camus.

## Índice:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos.](#)

[Biografía](#)

:

# Capítulo 1

La primera vez que vio a Storm el corazón le dio un vuelco, era un hombre espectacular; atractivo, de anchos hombros, alto, siempre vestido a la última moda, aunque siempre de cuero. Su cabello negro y bastante largo se apoyaba en la parte alta de su espalda, los mechones delanteros recogidos detrás de su cabeza en un semirecogido. De sus hermosos rasgos lo que más llamaba la atención eran sus ojos; oscuros y enigmáticos. Su amiga Aisha la había invitado a pasar la noche de fin de año en casa de sus cuñados, Neoh y Ariadna. Toda la familia resultó ser muy agradable, y aceptaron su presencia como si la conocieran de toda la vida. Debía reconocer que eran un tanto... extraños, ya que vivían aislados y sin tener demasiada relación con los habitantes de Juneau; la ciudad más cercana, donde ella vivía y trabajaba.

Storm no era muy hablador, pero se había dirigido a ella en varias ocasiones, y su voz ronca había penetrado profundamente en su alma. Ya lo había visto otras veces por la ciudad, y nunca habían intercambiado una sola palabra, aunque sí miradas.

El problema es que era un hombre demasiado grande, como todos los hombres que ocupaban esa parte de la montaña. Rudos e independientes, se dedicaban al negocio del petróleo y eso daba trabajo a los habitantes de la ciudad, así que nadie osaba a criticar ni su forma de vida ni sus ariscas maneras cuando bajaban a la civilización. No se podía decir que fueran mal educados, simplemente, el trato social no era lo suyo.

Ella solo había conocido a Tahiél, el único que alguna vez había acudido a los bares o discotecas mezclándose entre la gente joven de la ciudad como uno más, ahora era la pareja de Aisha e iban a convertirse en padres. Aisha era inmensamente feliz, y ella se alegraba por su nueva amiga. Tahiél era el



más cercano de todos los hombres de las montañas, o eso le había parecido a ella. Aunque, después de esa noche, la relación con ellos era más estrecha.

—Vamos Susan, que los clientes están esperando. —La voz de Matilde; la cocinera y dueña del local, atravesó sus tímpanos, estaba limpiando la barra de la cafetería sumida completamente en sus pensamientos.

—Voy. —Hoy era uno de esos días en los que había acudido al trabajo como una autómeta.

Las pesadillas en torno a aquel nefasto suceso no dejaban de aparecer noche tras noche. No se lo había comentado a nadie, ni siquiera a la psicóloga a la que acudía una vez a la semana.

Aisha había renunciado a su piso en la ciudad y se había ido a vivir con Tahiel a las montañas, aunque bajaba a menudo a visitarla. Ahora, Susan ocupaba esa especie de buhardilla que en un principio había alquilado su amiga. Había decidido dar el paso y cambiar de casa después de haber sido agredida brutalmente dos meses antes, durante la pasada Navidad.

Cuando levantó la vista para atender a los comensales se encontró con la intrigante mirada de Storm, estaba sentado en un taburete y apoyaba un codo en la barra, ni siquiera lo había oído entrar.

Y ahí estaba de nuevo su problema; el hombre que la había atacado en su propia casa era un tipo alto y ancho que la había inmovilizado en su cama, y después de darle una paliza, la había violado. Todas las sospechas recayeron en Wallace, otro habitante de las montañas, pero el hombre había desaparecido del mapa y la policía no había ido tras él porque ella no había visto la cara de su agresor.

Storm tenía la misma complexión atlética, y aunque a ella le gustaba, no quería tener relación alguna con ningún hombre por ahora, y menos si era capaz de impedir que ella se defendiera. No es que Storm fuera a atacarla,

pero un tipo de esa envergadura la intimidaba.

Sostuvo su mirada mientras se acercaba a él.

—Buenos días, Storm. ¿Qué deseas tomar? —preguntó con una sonrisa, y lo cierto es que no era forzada como hacía normalmente con los clientes de la cafetería.

—Hola, Susan. ¿Cómo estás? —Él no sonrió, nunca lo hacía.

—Bien, tratando de llenar los estómagos exigentes.

—Perfecto.

Hombre de pocas palabras, era cierto.

—¿Has decidido ya?

—El número ocho.

Y esa era una combinación de alimentos con la que solo se atrevían los camioneros hambrientos y demasiado obesos. Una cantidad ingente de comida para digerir, pero Storm debía tener que mantener ese cuerpo de alguna manera, aunque después lo quemara todo haciendo pesas, o eso sospechaba. Tanto músculo...

«Céntrate».

—En seguida te sirvo.

Storm había empezado a acudir a la cafetería después de que se hubieran encontrado en fin de año, hacía tan solo un par de meses. Aunque no iba cada día, a ella le agradaba verlo por allí, le daba seguridad. Nunca le había pedido salir con él y ella lo agradecía, no se sentía preparada aún.

Escribió la nota y la colgó, sujetándola con la pinza junto a las otras comandas, mientras él se centraba en la lectura del periódico local.

Matilde era una mujer bajita y rechoncha que llevaba la agilidad bien



arraigada en sus genes. Los clientes nunca esperaban más de unos pocos minutos para tener su plato listo. Ahora había unos cinco hombres sentados en los taburetes, contando a Storm, y tres mesas ocupadas de las que se hacía cargo Alan, el hijo adolescente de Matilde.

—¡Eh, Nena! Mueve el culo, que algunos tenemos prisa.

Miró al hombre gordo y con barba al que ya había tomado nota de su pedido, y de refilón también vio como Storm levantaba la cabeza en dirección al tipo. Debía ser alguien de paso, ya que no lo había visto nunca, tenía una enorme barriga que a duras penas le dejaba llegar a la barra.

—En seguida le sirvo.

Matilde puso tres platos cargados en la barra de separación de la cocina.

—¡Mesas! —gritó.

Ella los cogió y los dejó en la barra para que Alan los sirviera.

—Te acabo de decir que tengo prisa. Dile a la cocinera que espabile o me largo.

Susan ya se estaba hartando.

—Señor, no hace ni dos minutos que ha hecho su pedido, en seguida estará listo. Aunque tiene total libertad para marcharse cuando quiera.

—Oye, niña. A mí no me hables así.

En ese preciso instante Matilde puso más platos. Uno era el del señor impaciente. Se lo plantó delante.

—Aquí tiene.

Ni un gracias salió de su boca, aunque poco le importaba, no era el primer cliente capullo que pasaba por allí. Repartió otro par de platos y correspondió con una sonrisa a los agradecimientos.

—¡Esto es bazofia! —gritó el hombre dejando el tenedor en el plato ruidosamente.

—¿Cuál es el problema? —preguntó acercándose a examinar el plato, no veía nada raro.

—Susan, ¡¿qué pasa?! —Estaba segura de que Matilde estaba echando pestes en la cocina mientras gritaba.

—Que la hamburguesa está poco hecha.— Alargó la mano y la cogió del brazo—. Haz el favor de cambiármela ahora mismo.

No le dio tiempo a apartarse y ahora que la tenía cogida la empujó hacia la barra.

—¡Y hazlo rápido!

Estaba tirando de su brazo para recuperarlo cuando el rostro del hombre aterrizó en su propio plato. La gente soltó un audible jadeo de sorpresa.

—Suéltala. Ahora. —La voz de Storm sonó atronadora dentro del local, aunque no había usado un tono alto.

—Hijo de put... —La frase se cortó cuando Storm levantó su cabeza de nuevo y volvió a estamparla en el mismo sitio. El hombre, por fin, soltó su brazo.

Ella dio un paso atrás, Storm ya le había roto la nariz y la sangre se mezclaba con la guarnición del plato. No parecía hacer ningún esfuerzo para mover a ese tipo cuando lo levantó de su asiento y lo sacó de la cafetería a rastras. El hombre trastabilló y corrió por la acera tapándose la nariz con la mano.

\*\*\*

Storm había tenido que retener su ira, esa que vagaba justo en el límite. Ese hombre había tocado a Susan, estaba seguro de que le había hecho daño. No le había partido el cráneo, como si se tratase de una sandía, porque los humanos no lo hubieran apreciado.

Volvió a entrar en la cafetería dispuesto a sentarse para comer su ansiado plato, cuando vio el terror en los ojos de todos los que había allí. Pero lo que más le impactó fue ver la palidez de Susan y sus preciosos ojos azules abiertos por la sorpresa, y aterrorizados, los enfocaba en él y eso no le estaba gustando. Se masajeaba el codo.

—¿Estás bien?

Ella no se acercó, parecía mantenerse a una distancia prudencial tras la barra, ¿tenía miedo de él?

—Sí, sí. Estoy bien.

No podía ver su piel, ya que llevaba una camiseta de manga larga, pero estaba completamente seguro de que tenían que estar las marcas de los dedos de ese cabrón, unas que se mantendrían durante días.

—Gracias, Storm. Si no lo hubieras hecho tú, lo habría sacado de aquí yo misma —soltó Matilde entrando en la cocina de nuevo, había consolado a Susan—. En seguida, te serviremos.

Él no apartó la mirada de Susan, que no parecía estar de acuerdo con su jefa.

—Déjalo, Matilde. Se me ha hecho tarde.

No quería ver el reproche en la mirada de la chica.

Extrajo la cartera de su bolsillo y sacó cuarenta dólares, pagaría lo suyo y lo del impresentable sangrante, los dejó sobre la barra y se marchó, a pesar de

que Matilde le estaba pidiendo que se quedara. La cocinera, no ella.

Buscaría un sitio solitario y se desvanecería para volver a casa, a su desolada y espaciosa casa en la montaña.

No sabía en qué coño estaría pensando cuando se le ocurrió la estúpida idea de ir a verla, en realidad sí lo sabía, le gustaba Susan, y era la primera mujer que lo hacía en mucho tiempo, en muchos siglos. Desde que Helga había muerto en aquél desgraciado naufragio, embarazada de su hijo... o hija, nunca lo sabría. La había amado tanto que creyó morir cuando encontró su cuerpo en aquella playa de Noruega. Y todo por seguirle a él, que se había empeñado en volver a Alaska por asuntos familiares.

Nunca se lo perdonaría.

Cuando sus moléculas volvieron a unirse estaba en medio del salón de su casa. Ull, su lobo de pelaje oscuro, lo recibió con un gruñido.

—Está bien. Siento haberte jodido la siesta.

El lobo ni se dignó a mirarlo, cambió de postura y siguió durmiendo.

Se acercó a la nevera y sacó una pizza, la metió en el microondas y esperó sentado en la barra mientras tomaba una cerveza. La insultante cantidad de calorías que pensaba meterse en el cuerpo, se había volatilizado por culpa de ese imbécil lleno de grasa de la cafetería.

Imaginaba que era el único modo de vida de Susan, pero le jodía tener que verla tras esa barra o sirviendo mesas a babosos sin escrúpulos, y sin dos dedos de frente.

De repente una idea cruzó su mente. Sabía que ella había ido a la universidad. De hecho, sabía la vida de todos los de la ciudad. Tenía que proteger a su clan y él era muy minucioso en eso. Cada habitante de Juneau había pasado por un más que exhaustivo examen.

La imagen de Susan se materializó en su mente, ella era delgada, no muy alta, pero con un cuerpo bien compensado, tenía el rostro de un duende. Pelo oscuro y muy liso que le llegaba a la altura de los hombros y esos labios carnosos que hubiera querido besar mil veces. Su mirada azul era como el agua del mar y ver esos ojos asustados por él, le había dolido.

Supo que había sido atacada y que se había sospechado de Wallace, el idiota jefe del otro clan. De haberlo sabido lo habría matado con sus propias manos, pero Nikolás, otro capullo perteneciente al mismo clan que Wallace, había sido el culpable. Había atacado a Susan solo para que se aplicara el castigo capital sobre su jefe y ocupar su puesto. Los dos estaban muertos y él se alegraba. Había una norma inquebrantable entre los clanes, no se atacaba a los humanos si no era en defensa propia. A Susan no se le había dado ninguna oportunidad para defenderse.

Dos porrazos en la puerta lo sacaron de sus pensamientos impidiendo así que su temperamento saliera disparado. Él vivía con la rabia desde hacía demasiado tiempo y saber lo que había pasado con la chica no ayudaba mucho a reprimirla.

Abrió y se encontró a la majestuosa France frente a su puerta, la mujer era alta y esbelta, lucía un espectacular conjunto de cuero rojo y botas altas que desencajarían la mandíbula a más de uno, el vestuario no dejaba demasiado espacio para la imaginación, a pesar de las bajas temperaturas ella se paseaba así.

Solo tenía un pequeño defecto, estaba como una verdadera cabra.

—No me mires así y déjame pasar.

Él se pellizó el puente de la nariz y soltó el aire.

—¿Qué quieres y qué haces en mis tierras?

Puso los brazos en jarras y dio un paso al frente.

—Hablar con tu lobo.

Eso lo pilló por sorpresa y levantó una ceja.

—Bien, pasa, y suerte con eso.

—Gracias.

Vio que soltaba una correa y cuando ella entró, él asomó la cabeza fuera. Eric, el juguete humano de France, estaba apoyado en la madera de su fachada, la nieve le llegaba a las rodillas y solo llevaba una especie de calzoncillos de cuero rojo a conjunto con su dueña. Estaba tiritando.

—Eric, entra.

Él, solo asintió, tenía prohibido hablar. Este hombre había sido un maltratador con su mujer Norma, una amiga de Aisha, la compañera de Tahiél. Lo habían traído de San Francisco los hermanos de Tahiél, y le habían borrado la memoria. Ahora era un esclavo sexual y el tío no parecía llevarlo mal.

—¡Tú! ¡Como vuelvas a intentar montar a mi loba te corto los huevos!

Storm cerró la puerta y se giró levantando una ceja.

—¿Esperas que te conteste?

—No, sé que no habla.

—Ah, eso es un alivio.

—¿Por qué? —inquirió cabreada.

—Porque a ti no se te iría la cabeza de esa manera —contestó irónico.

—Mi cabeza está perfectamente.

—¿Con respecto a qué? —inquirió.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, déjalo. ¿Quieres una cerveza?

—Sí.

Ella llevó a Eric hasta el sofá y le dio la orden de quedarse sentado y quieto. Después se sentó en uno de los dos taburetes en la barra y cruzó sus largas piernas.

—¿No lo llevas muy descubierto?

—No se me ven las tetas... —contestó mirándose el escote.

Storm hizo rodar los ojos. Joder con France.

—Me refiero a Eric, no a tus..., olvídale.

—Ah, eso. —Sacudió la mano—. No se ha quejado.

Puso un botellín de cerveza delante de ella y se sentó.

—Pero si no le dejas hablar.

—No tiene nada interesante que decir.

Perfecto, allá ella y sus neuras. Eric miraba a su lobo con una sonrisa, estaba tan idiotizado que no se enteraba de nada.

—¿Qué pasa con Ull? —preguntó intrigado.

—Que ha intentado tirarse a Hela, y no lo voy a permitir. No quiero que tenga cachorros cabrones como tú.

Definitivamente estaba loca.

—Querrás decir como él —aclaró apuntando a su lobo con la barbilla.

—He querido decir lo que he dicho, estáis vinculados y tú me caes mal, lo sabes.

Storm sonrió, eso no era cierto. Desde luego, nadie como France para



pasar el rato. Habían tenido algo en el pasado pero habían terminado por dejarlo, discutían a menudo.

—A ti nadie te cae bien.

—Te equivocas, me gusta... ¿cómo se llama?

—No sé a quién te refieres, France —dijo en tono cansado.

—A la nueva muñequita de Tahiél.

El microondas emitió varios pitidos y se levantó para sacar la pizza.

—Es su compañera, como Tahiél te oiga hablar así de ella...

—Ah, sí, esa.

—Aisha.

—Aisha —repitió—, esa idiota me cae bien.

—Ya veo. —Ironizó dejando el plato en la barra y cortando unas porciones.

France cogió una y se la llevó a la boca.

—Sírrete tú misma.

—Ya lo he hecho —soltó sin molestarte en engullir antes.

—En realidad, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—Tengo que hacer más vida social.

No se iba a descojonar en su cara porque terminarían destrozando los muebles como antaño. France era como la pólvora; estallaba a la mínima. Y él también, aunque por razones más ocultas.

—Ah.

—Me lo ha dicho... esa.

—¿Aisha?

—Sí.

Tragó su trozo.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo sardónico.

—Lo sé.

Escuchó atentamente, un coche estaba llegando a su casa y solo un minuto después alguien golpeó la puerta delicadamente.

—Está claro que os habéis propuesto joderme el día.

Ella se encogió de hombros.

Abrió dispuesto a echar al que había osado llamar, bastante tenía con soportar a France, cuando se encontró frente a frente con Susan.

## Capítulo 2

Susan había recorrido un largo camino, y no se refería a llegar hasta la preciosa casa que Storm tenía en la montaña, sino al que había recorrido hasta darse cuenta de que el hombre solo quería evitar que aquél estúpido rudo y visceral le hiciera daño.

Quería darle las gracias y disculpar su comportamiento, pero no entraría en su casa, estar a solas con él sería demasiado. No estaba lista para tratar con un hombre en la intimidad, aunque fuera solo para hablar. Además no debería demorarse en volver a la ciudad, el cielo estaba cada vez más oscuro y no tardaría en anochecer del todo, no conocía el camino demasiado bien y temía perderse.

Aisha había pedido a Tahiél que le indicara la dirección, no es que hubiera nombres de calles en la montaña, así que había seguido las directrices del compañero de su amiga. Y aquí estaba, aparcando su coche.

Llamó a la puerta y esperó nerviosa. Storm abrió de par en par y se la quedó mirando ceñudo, pero enseguida suavizó la mirada.

—¿Susan?

—Sí. Solo he venido a disculparme...

—No deberías. Pasa, hace frío —la cortó.

Iba a contestarle que no, cuando la bella France, a la que conoció en fin de año, apareció por detrás de él. Mierda, ¿estaban liados? Debería habérselo imaginado. Era una mujer preciosa y hacía buena pareja con Storm. Notó como la sangre le subía al rostro.

—Hola, chica —saludó apartando a Storm.

El mono que llevaba se pegaba a sus esbeltas curvas dejando a cualquier

mujer como un despojo a su lado. ¿No tenía frío?

—France..., se llama Susan —advirtió él.

—Hola, France, me alegra volver a verte —saludó a su vez.

—Entra, Storm ha hecho pizza, el pobre no da para más.

—Joder, France, deja que pase y lárgate.

Vaya manera de tratar a France, eso no le gustaba.

—No, no —dijo sin moverse del sitio—. Solo quería que supieras que aprecio el gesto de hoy, ese hombre tenía malas pulgas, pero sé tratar con ellos...y Matilde se hubiera deshecho de él. Simplemente te he dejado marchar... y no podía dejar de pensar que he sido una idiota —soltó del tirón deseando volver a su coche.

—Todos los humanos tendéis a ser algo idiotas —escupió France.

—¡France! Sal de mi casa. Ahora —estalló Storm haciendo que ella diera un respingo, todo lo contrario de France, que parecía no afectarse.

—¿Los humanos? —preguntó dudando de si había oído bien.

—No le hagas caso, ya se iba, ¿cierto? —inquirió mirando a la alta mujer con los ojos entrecerrados.

—No, pero pensándolo bien, lo de hacer vida social me cansa. Me aburrís soberanamente. ¡Vamos, Eric! —llamó desde la puerta.

—En fin... yo también debería irme, espero volver a veros... un día de estos.

—No, espera. Entra, por favor —pidió Storm.

—Está anocheciendo y...

—Yo te acompañaré más tarde.

Oh, Diós, estaba a punto de hacer justamente lo que no debería. Pero ni

todos los hombres eran iguales ni veía en Storm una amenaza, aunque casi le aplastara la cabeza contra el plato al tío de la cafetería.

France salió moviendo sus caderas con la correa que arrastraba a Eric colgando de una mano. ¿Aún seguía con el jueguito del sumiso? ¿Desde Navidad? Y además lo llevaba atado. Pobre hombre, pero el tipo parecía feliz con eso.

Sintió envidia del cuerpo de France, la miró mientras se alejaba caminando por la nieve como si se tratara de la playa, medio desnuda y luciéndose.

—No se lo tengas en cuenta, France es...—Storm parecía buscar las palabras adecuadas—... France, es France. —Terminó diciendo.

Ella sonrió a pesar de que unos celos infundados la estaban atravesando.

—Lo poco que la traté en casa de Neoh ya lo vi, pero parece inofensiva.

—No lo es, créeme —explicó dándole paso con la mano—. ¿Una taza de chocolate caliente? ¿Has comido?

¿Debía temer a France? No entendía nada.

—Sí, he terminado mi turno a los diez minutos de marcharte y he picoteado algo antes de venir —dijo entrando y sintiendo el calor de la chimenea.

—Deja que te ayude —se ofreció cogiendo su grueso abrigo por el cuello y deslizándolo por sus brazos.

Uno de esos enormes lobos que pululaban por las montañas estaba tumbado en un sofá como si fuera el dueño del lugar.

—¿Tienes a un lobo viviendo contigo?

—No exactamente —contestó mientras colgaba su abrigo y bufanda en un

perchero—. Entra y sale cuando quiere.

—Ah, ¿y no es peligroso? Son animales salvajes. Tahiél también tiene uno.

—Será una vieja costumbre de por aquí.

Ella levantó una ceja.

—No te preocupes, ni siquiera te ha mirado, digamos que es bastante taciturno.

—Ah, qué alivio.

Él soltó una carcajada y ella se deleitó mirando su rostro, se veía más juvenil cuando relajaba los rasgos o se reía, como ahora. Siempre lo veía tan serio...

—Espero no haber interrumpido nada...

—No, France me visita de vez en cuando y aunque sea imposible tener una conversación medianamente normal con ella, trato de seguirle el ritmo mientras está aquí.

—Cuando la vi disparar a los fuegos artificiales, me sorprendió.

—Sí, es un tanto egocéntrica. Es mejor dejarla a su bola.

—¿Entonces no tenéis una relación?

—La tuvimos hace años, pero eso se acabó. En aquella época aún se podía hablar con ella, estaba más centrada. ¿Pensabas qué estábamos teniendo sexo ahora? Me debes odiar, mujer.

Ella lo miró, pero él estaba serio.

—No. No te odio.

—Lo sé. Estaba bromeando —dijo guiñando un ojo.

Se sentaron en los taburetes y él le sirvió una taza de chocolate caliente.

—Toma, con esto entrarás en calor.

—Gracias. No tardaré mucho en volver a casa.

Él la observó un momento y se sirvió otra cerveza.

—¿Te encuentras con muchos idiotas así al cabo del día?

—¿Te refieres al forastero? No. Hay días en los que incluso no entra ninguno.

Storm levantó una ceja y sonrió de lado. El hombre no tenía ni idea de lo que le hacía a su cuerpo con solo ese gesto. Se sentía como si nunca quisiera dejar de mirarlo, como si la esclavizara con solo observarla. Y eso la descolocaba, por un lado temor y por otro, atracción. Debía de estar loca.

—Es bueno saberlo. Sé que te atacaron...

—¿Lo sabes? —No creía que la noticia hubiera llegado hasta él.

—Sí, y también sé que no recuerdas quién lo hizo.

—No es que no lo recuerde, es que no vi su cara.

\*\*\*

Hijo de puta, Nikolás había borrado su mente solo parcialmente, quería que ella recordara el ataque pero no a él. Era de la única manera que ella culparía a Wallace, pero Susan había resultado ser una mujer íntegra, y no había querido culpar a nadie sin estar segura. A pesar de que Wallace tenía la fama de utilizar el sexo como un juego peligroso, que resultó que a muchas mujeres les parecía degradante. El muy idiota ni siquiera se molestaba en implantar un buen recuerdo en ellas.

—Siento que te pasara...



—Ojalá pudieran dar con él, podría atacar a otra mujer...

—Lo dudo.

¿Lo dudaba?

—¿Qué?

—Nada, ¿eres muy amiga de Aisha?

—Sí, en poco tiempo nos hemos hecho íntimas. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No te ha contado nada sobre nosotros? ¿Sobre nuestros clanes?

—¿Clanes? No.

Mierda, la chica no tenía ni la menor idea de lo que ellos eran. Debía darle crédito a la compañera de Tahiel; la mujer era una tumba.

—Hace tiempo que vivimos aquí. Tenemos unas reglas y debemos cumplirlas.

—¿De qué estás hablando?

—De que los que vivimos aquí tenemos un acuerdo, no tocar a las hum... a las mujeres de la ciudad.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? Tuve una pequeña aventura con Wallace, pero no puedo culparle de algo que no estoy segura. ¿Sabes? A veces tengo la certeza de que él no lo hizo. Yo le conozco un poco y era un tanto bruto. Pero el hombre que me atacó era un salvaje, me golpeó con saña. Wallace nunca me ha golpeado.

Y escuchar sobre la relación que habían tenido ellos dos le estaba poniendo de mal humor.

—Wallace esta mu...

—Lo sé. —Le cortó—. Nunca debí enredarme con él. Pero todos nos equivocamos alguna vez.

Realmente parecía arrepentida, pero no la culpaba. Wallace tenía su encanto, el muy cabrón.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Cómo has encontrado mi casa? ¿Aisha?

—Sí, ella y Tahiél me han indicado el camino.

—Los habrá pillado por sorpresa...

Y como si lo hubiera invocado, el teléfono móvil empezó a vibrar con el nombre de Tahiél en la pantalla. Ese hombre nunca había querido una relación de amistad con él, pero su compañera lo estaba cambiando y ahora incluso le llamaba.

—Tahiél —contestó mirando a Susan.

—¿Ha llegado Susan a tu casa sana y salva? Me estoy jugando los huevos.

Oyó la voz de Aisha de fondo, pero no entendió lo que decía. Frunció el ceño, así que Susan tenía a unas mamás gallina velando a su alrededor.

—Está aquí, ¿quieres hablar con ella?

Susan arrugó la frente, parecía extrañada.

—No, no hace falta, solo quería advertirte de que no sabe nada de nosotros.

—Eso ya lo he podido comprobar.

—Bien, cuídala.

—Eso haré, dile a tu compañera que guarde el cuchillo.

El hombre se rio.

—Es peligrosa incluso sin ir armada...—Se oyó un golpe y las carcajadas del hombre—. ¡Eh, nena! Tío, tengo que colgar, mi vida está en peligro.

Cortó la conexión y se quedó mirando la pantalla. Tahiél era un hijo de puta feliz al que envidiaba, igual que a sus hermanos; Neoh, el jefe del clan,

Elm y Elián. Todos vinculados a sus hembras.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Nada, supongo que tus amigos se preocupan por ti.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Deben preocuparse?

Él puso una mano sobre las suyas y sintió algo que hacía mucho tiempo que no había sentido con ninguna mujer, solo con Helga. Ella la retiró lentamente.

—¿Te asusto?

—No... no.

—No pareces muy segura.

Debía reconocer que esos ojos lo hipnotizaban.

—Apenas te conozco —admitió tímida

—Eso lo podemos solucionar.

A él le gustaría conocerla bien a fondo.

Susan se levantó del taburete.

—Creo que debería irme.

—Gracias por venir hasta aquí, habrá sido difícil para ti, después de...

—Sí, pero también soy consciente de que no todos los hombres sois unos monstruos.

—Aun así, no sales con nadie.

No contestó, se puso el abrigo y salió de la casa.

—Espera, voy contigo. Te acompañaré hasta la ciudad.

—No hace falta, creo que recuerdo el camino de vuelta.

## Capítulo 3

Storm conducía su coche y era todo un espectáculo verlo metido en él. Había retirado el asiento hacia detrás, hasta el tope del raíl, sus largas y musculosas piernas no tenían el espacio suficiente, pero conducía con destreza.

¿Habría sentido él también la corriente que había atravesado su organismo cuando la había tocado? Nunca le había pasado nada parecido. Ninguno de los dos había abierto la boca después de que él insistiera en guiarla hasta su casa.

De pronto, un lobo negro se paró delante del coche por lo que Storm tuvo que frenar, llevaba los neumáticos de invierno y el coche se detuvo a unos cinco metros del animal.

—Oh, es de los grandes —exclamó admirada.

El lobo se mantenía erguido y miraba los faros, no parecía asustarse por la proximidad del coche. Era un bello ejemplar. Ella había vivido toda su vida en Juneau y había visto muchos lobos, pero las dimensiones de este eran algo a tener en cuenta.

—Sí. —Él miraba al animal con los ojos entrecerrados—. Y este no debería estar aquí.

—Recorren las montañas, imagino que en busca de comida. —¿A qué venía ese comentario? ¿Pretendía poner fronteras a los lobos?

Storm seguía con el coche detenido, mirando alrededor a través de las ventanillas, a la oscuridad reinante. No se veía nada.

—¿Storm?

—Sí.

Pero seguía sin mirarla, ¿qué estaba buscando?

—¿Hay más? —preguntó preocupada.

—Espero que no. —Su tono era amenazante.

Arrancó de nuevo y siguió el camino.

—¿Por qué te extraña tanto ver a un lobo en medio del camino? Los hay a montones...

—Este no es un lobo cualquiera.

«¿Qué?»

—¿No?

—No.

Silencio.

Bien, él no tenía intención de seguir hablando ni ella preguntaría.

—Vives enfrente de la cafetería, ¿verdad? —preguntó Storm pasados unos minutos.

—Sí, he alquilado el piso en el que vivía Aisha, aunque no lo ocupó más de una semana.

—¿Antes vivías con tus padres?

—No, hace unos años que me independicé.

—¿Entonces? ¿Te has cambiado para estar más cerca de tu trabajo?

¿Qué podía responder a eso?

—Sí, se podría decir que sí...

—Hay algo más, ¿cierto? —inquirió mirándola unos segundos.

—¿Algo más?

—No sé, me había parecido que no habías terminado la frase.

Ella soltó el aire. Se lo podía decir, ellos ya habían hablado de su ataque.

—El hombre que me agredió me siguió hasta casa y allí fue donde... En definitiva; necesitaba salir de esas cuatro paredes.

—Entiendo. Me hubiera gustado ponerle las manos encima. Siento lo que te ocurrió, Susan. Ninguna mujer merece ser tratada así.

Ella no contestó, si abría la boca terminaría llorando. Ese suceso aún levantaba ampollas. Los siguientes diez minutos transcurrieron de manera silenciosa y ella se sentía bien con eso.

—Ya estamos aquí —dijo él aparcando justo delante de su portal.

—Gracias. —Iba a salir cuando cayó en la cuenta de que él tendría que volver a pie—. Llévatelo, Storm. Mañana ya lo traerás.

Ella le había visto alguna vez por la ciudad conduciendo un todoterreno blanco, pero la mayoría de las veces, Storm, caminaba.

—No será necesario, estoy acostumbrado a caminar.

—¿De noche también?

—Sí, conozco estas montañas como la palma de mi mano.

Perfecto, el hombre estaba loco o algo así.

—Supongo que no tengo que recordarte que hay animales salvajes, creo que te expones a ser atacado...

—Eso no pasará.

Vaya, muy seguro estaba.

—Yo... me quedaría más tranquila si volvieras con el coche a tu casa.

—Susan, no temas. Esas montañas son mi vida. Te puedo asegurar que no va a atacarme ningún animal salvaje.

Salió del coche; estaba claro que no iba a convencerle. Era testarudo.

—Las llaves —dijo él saliendo también y cerrando con el mando a distancia.

Se plantó ante ella ofreciendo sus llaves sobre la palma de su mano. Se sentía pequeña a su lado, él la sobrepasaba al menos treinta centímetros. Miró la marcada mandíbula masculina, la barba empezaba a asomar. Recorrió con la mirada sus labios, su nariz y llegó hasta sus ojos. Vio deseo en ellos, él miraba su boca como si fuera a lanzarse de un momento a otro a besarla.

Su cuerpo reaccionó, era la primera vez, desde el incidente, que se sentía atraída por un hombre. Dio un paso hacia delante y sintió su mano en la mejilla, esta vez no se apartó de su toque. La corriente volvió a fluir entre ellos. Pero él apartó la mano rápidamente frunciendo el ceño.

—¿Tú también lo has sentido? —le preguntó.

—Sí, es extraño.

—Y agradable. —Realmente lo era.

Storm volvió a poner su mano, esta vez, sobre su cuello.

—Me gustaría besarte.

—Y a mí también a ti.

No pudo detener las palabras, deseaba ese beso. Quería saber lo que se sentía entre los brazos de un hombre como él; grande, pero de movimientos suaves y calculados. Nada que ver con Wallace, grande y bruto. Envió esa imagen al fondo de su mente. Storm, en ningún momento había hecho nada que la hubiera inquietado. La explosión de violencia en la cafetería había sido por ella. Por defenderla, nunca contra una persona inocente, el hombre había reclamado a gritos la reacción de Storm o una buena tunda de Matilde, lo que llegara antes. Intentaba convencerse a sí misma de que no todo el mundo la iba a tratar mal.



Cuando él bajó su rostro, ella se puso de puntillas y sus labios se rozaron, seguía sintiendo ese cosquilleo absurdo, pero placentero. Entreabrió los labios y él introdujo la lengua buscando la suya, con suavidad, haciendo que ella lo deseara más y más. Se besaron lentamente, degustándose el uno al otro y eso logró excitarla. Storm estaba consiguiendo que en su interior se despertara el anhelo que hacía tiempo que no sentía.

Puso las manos sobre sus hombros y él la atrajo por la cintura, levantándola del suelo. Ahora tenían los cuerpos completamente pegados mientras profundizaban el beso. Disfrutando del placer que eso les provocaba. Y lo sabía porque notaba su excitación.

Una fuerte explosión hizo temblar el suelo y él cortó el beso para levantar la cabeza, sin soltarla.

—Mierda —dijo mirando el horizonte, hacia las montañas.

Cuando siguió su mirada, una gran columna de fuego subía hacia el cielo. Al momento, otra explosión volvió a sacudirlos.

—¿Qué es?

—Los pozos... Lo siento, debo irme. Métete en casa y no salgas.

En cuanto terminó de hablar echó a correr. ¿Pensaba llegar así?

Los coches empezaban a frenar para mirar lo mismo que ellos. Algunas ventanas de los edificios circundantes también se abrieron y gente se asomaba con cara de terror. Ella también estaba asustada.

Corrió tras él.

—No, espera. Cojamos mi coche y volvamos. Aisha vive cerca de las explosiones, ella está embarazada...

—No, Susan. Tahiél cuidará de ella. Los pozos no están tan cerca como pueda parecer.

Se paró en seco y dio media vuelta.

—Está bien, iré yo sola.

Él gruñó, lo que hizo que se detuviera. No le había gustado ese sonido y allí no había nadie más que ellos, no se atrevió a girarse.

—Joder, Susan... —Lo tenía justo detrás—. ¿Serías capaz de confiar en mí para llegar hasta Aisha? No me gusta lo que estoy a punto de hacer, pero realmente necesito que me lo digas, ¿confías en mí?

¿Lo hacía? «Sí», contestó su conciencia por ella.

—Sí —admitió girándose.

Él cogió su mano y tiró de ella hacia un callejón.

—¡No! —gritó intentando soltarse.

¿Por qué hacía eso? ¿Por qué la apartaba de la calle central? La bilis subió por su garganta. ¿Él le haría daño después de todo?

—Puedo sentir tu miedo. Nunca he atacado a una mujer, y no lo voy a hacer ahora. Solo necesito estar fuera de las miradas de los humanos.

No dejó de andar. Y era la segunda vez que oía esa palabra esta noche. Primero France y ahora él. Las historias que le contaba su abuela acudieron a su mente.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso tú no eres humano? No entiendo que utilices esa palabra...

—Olvidalo. Abrázame.

Los pozos petrolíferos estaban explotando, ya iban tres explosiones con la que acababa de suceder en ese preciso instante. ¿Y ahora le pedía un abrazo? Oyó maldecir a Storm.

—Hazlo, Susan.

Se acercó a él y rodeó su cuello. Le había dicho que confiara en él. Debía de ser una completa idiota, para dejarse engañar. Pero Storm la miraba serio, parecía sincero.

—Cierra los ojos, nena —pidió mientras el envolvía su cintura con sus fuertes brazos. Estaban solos en ese callejón.

Hizo lo que le pedía y sintió un pequeño mareo, ¿droga? Mierda, no podía ser. No podía haber caído en la misma trampa. Sintió el aire frío a su alrededor. Le pesaban los parpados. ¿Cómo se iba a defender en ese estado? La ansiedad se estaba apoderando de ella. Quería luchar.

—Ábrelos. Ya hemos llegado.

«¿Cómo?»

Cuando abrió los ojos se encontró delante de la cabaña de Tahiél y Aisha. En aquél momento salió Tahiél.

—Joder. Storm.

—Lo siento, tío. Estaba con ella.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó ella apartándose de él.

¿Qué había pasado? ¿Cómo habían llegado tan rápido? No recordaba haber cogido el coche.

—Susan, me alegro de que estés aquí. Por favor, quédate con Aisha, se ha llevado un buen susto, pero está bien. —Tahiél la sacó de sus pensamientos.

—Vamos, Tahiél —pidió Storm—. Son los vuestros.

—Lo sé, mis hermanos están en camino, sus mujeres vienen hacia aquí también, las estaba esperando.

Ella reaccionó al momento.

—Vete. Yo me quedaré con Aisha.

—Te lo agradezco.

Entró y cerró la puerta tras de sí. El calor del hogar golpeó su cara y vio a Aisha saliendo de una habitación que supuso que era el baño.

—¿Susan?— preguntó extrañada.

—¿Estás bien?

—Sí, ha sido un pequeño sobresalto. —Fue hacia ella y la abrazó—. Sin embargo tú, parece que hayas visto un fantasma.

—No quiero inquietarte con mis paranoias. ¿Qué ha pasado en los pozos? ¿Un accidente?

—No lo sabemos —admitió Aisha.

—Kronos, está aquí. Creí que iría con Tahiél.

—No, se queda conmigo.

—Dios, estos hombres...

Aisha levantó una ceja.

—¿Hombres?

—Sí, Storm también tiene una mascota de esas dimensiones.

Aisha se echó a reír.

—Es extraño, sí. Pero son fieles y están muy controlados.

—Nunca imaginé que se podía hacer eso con un lobo.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Aisha! —La voz de Lidia atravesó la madera.

—Voy a abrir, son las chicas.

—Siéntate y descansa, yo abriré —se ofreció.

—Está bien, qué manía tenéis todos de que haga reposo a todas horas.

# Capítulo 4

Se reunieron cerca de una de las enormes tuberías dañadas. Los cuatro hermanos del otro clan, Neoh, Elm, Elián y Tahiél; Storm, que había llamado a Otto, su mano derecha; France, que estaba en camino; y faltaba Val, que ahora era el líder del clan que había gobernado Wallace, un clan bastante desestructurado; Wallace y Nikolás, su mano derecha, no habían hecho un buen trabajo. Habían intentado retener a Aisha, la compañera de Tahiél, una mujer mestiza, reclamándola para ellos. Había tan pocas hembras en los clanes, que cuando había aparecido la chica llevando en su sangre el linaje de las montañas, se había convertido en un bocado codiciado. Pero su compañero era Tahiél, y quedó demostrado.

Eran, en realidad, los cuatro clanes que antaño eran rivales, pero debido a una masacre ocurrida unos treinta años atrás, en la que habían muerto muchos seres queridos y miembros de todos los linajes, habían decidido pactar un acuerdo para luchar contra sus enemigos unificando así sus fuerzas.

Los humanos anhelaban sus ricas tierras y otros clanes deseaban aprovecharse de las ganancias del petróleo. Humanos y machos de su propia raza se aliaron para asesinar a sus propios hermanos. Con el tiempo, los cuatro clanes habían levantado cabeza y hecho frente a la devastadora situación.

—Ha sido una misma canalización, ha explotado en varios puntos —explicó Neoh.

—Tiene pinta de ser un boicot —dijo Elm.

—Y huele a humano que apesta —soltó France, que venía caminando hacia ellos saliendo de la espesura del bosque.

—Para llegar hasta aquí han tenido que atravesar mis tierras —dedujo

Storm.

El fuego calentaba sus rostros, pero después de haber cerrado el flujo debían dejar que el crudo se quemara y apagara por sí solo, los trabajadores de los hermanos estaban en ello y vigilando las inmediaciones. Por suerte, las explosiones no habían sido en ninguno de los pozos, tal como él había sospechado. Y tampoco había heridos, según dijo Elián.

—Pero tú estabas demasiado ocupado, como para darte cuenta de eso, ¿verdad? —acusó Val, el nuevo líder del otro clan, llegando casi al mismo tiempo que France.

—¿Cuál es el problema? —inquirió Storm con voz grave—. Tal vez deberías meterte en tus asuntos y vigilar a tus hombres. El lobo de Zac estaba en el camino a mi casa.

—Zac, es indomable y su lobo igual, ¿pretendes que lo mate por eso?

—Pretendo que lo controles, porque si lo hago yo va a salir mal parado.

—¿En tu clan no hay nadie normal, Val? —preguntó France mirándose las uñas pintadas de rojo.

—Habló la líder excéntrica de un clan —soltó Val furioso.

—Te recuerdo que estás en periodo de prueba, así que haz bien tu trabajo —acotó Neoh.

—Y yo te recuerdo que mientras Storm estaba tirándose a la puta morenita, alguien ha atravesado sus tierras, ¿quién hace mal su trabajo aquí?

Storm se volvió un borrón cuando llegó hasta Val y lo levantó del suelo con una sola mano agarrando su cuello. Los lobos que rondaban alrededor de ellos gruñeron. Ull, su lobo y el lobo de Val se enfrentaron.

—Vuelve a hablar así de ella y te rompo el cuello aquí mismo —amenazó sabiendo que eso no mataría al capullo.

Todos estaban vinculados a sus lobos, solo la muerte de los animales los condenaban a ellos, pero el gilipollas pasaría un mal rato si le destrozaba las vértebras.

—Suéltalo, Storm. No merece la pena. Sigue sin poder follar... así le va.  
—Elián lo dijo en un tono que daba a entender claramente que no sentía ningún apego por Val.

—Bien, niños. ¿A quién hay que darle una buena lección?— pregunto France, sin inmutarse por la escena.

Storm soltó a Val, que empezó a toser. Los lobos también retrocedieron.

—Cuida esa boca y todo irá bien. ¿Estamos?

—Vete a la mierda.

—Estamos de ella hasta el cuello, por si no lo has notado —apuntó Elm.

Oyeron sirenas a lo lejos.

—Alguien en la ciudad habrá llamado a emergencias. Los bomberos están en camino —anunció Otto.

—No los necesitamos para una mierda, hazte cargo de ellos —ordenó a su segundo.

Cuando Otto se fue junto a su lobo, ellos se miraron.

—¿Alguna idea? —preguntó a Neoh.

—Sí, mantened los ojos abiertos. Los ataques se pueden repetir, mientras, investigaremos a los posibles culpables.

—Dejádmelos a mí, puedo ser muy persuasiva.

Neoh fijó su mirada en France.

—No mates a nadie.

—¿Yo? —Al ver las caras de escepticismo, rectificó—: Está bien, solo los



haré sufrir un poquito.

Storm hizo rodar los ojos, a saber qué rondaba la cabeza de la hembra.

—Bien, voy a por Susan. Aún no debe de haber encontrado una explicación...

—¿Por qué la has traído? —preguntó Tahiél.

—Si no la llego a traer, hubiese venido sola, ella estaba preocupada por tu compañera y yo debía volver.

Una sonrisa torcida afloró en el rostro del hombre.

—Pues suerte con la explicación, la vas a necesitar.

—Viene alguien —anunció France.

Los lobos estaban inquietos. Una bala atravesó el hombro de Elm, su cuerpo se tambaleó pero aguantó el equilibrio, no dijo nada aunque había dolor en sus ojos.

Todos se agacharon menos France, que ponía cara de hastío.

—Mierda, cubríos —espetó Storm.

—Vamos a descubrir de quién se trata después de todo. ¿Elm estás bien? —preguntó Neoh.

—Sí.

—Bien, separémonos.

Todos se disolvieron en pequeñas partículas. Storm apareció detrás de un tipo que estaba apostado tras un árbol; era el que había disparado y en seguida lo reconoció.

—Hombre, mira a quién tenemos aquí.

El hombre se giró y abrió los ojos como platos.

—Dame eso antes de que te hagas daño.

Storm solo levantó la mano y el rifle salió disparado de las manos del idiota.

—¿No tuviste bastante en la cafetería?

—Qué... ¿quién eres? ¿Qué sois? Yo... he disparado...él...

—Él es un amigo y debe de estar bastante cabreado.

—¿Cómo has hecho eso? —dijo señalando su arma tirada en el suelo.

—Demasiadas preguntas.

Lo cogió por el pescuezo y lo arrastró hasta el claro sin ningún esfuerzo, era de noche pero la luna iluminaba bastante.

—Arrodíllate.

—¿Vas a ejecutar-me?

—No, sería demasiado rápido.

France apareció con otro pardillo al que lanzó directamente contra el tipo arrodillado en el suelo.

—¿Pretendes amontonarlos? —preguntó Storm.

—Son un montón de mierda.

—No voy a discutir eso.

France miró alrededor.

—Hay más, los he oído quejarse como bebés.

Se agachó para ponerse bien las botas, que sobrepasaban sus rodillas, plantando su escote en los rostros de los hombres.

Storm resopló.

—France...

—¿Qué?

Cuando ella lo miró él señaló la entrepierna de los tíos. France le dio una patada en los huevos al tío que acababa de traer, lo que hizo que el cabrón aullara como un maldito lobo.

—¿Te vas a empalmar a mi costa?

—Sois unos animales, os he visto desvaneceros en el aire. ¡No sois humanos! —gritó el gordo al que había estampado la cara en el plato no hacía mucho rato.

—Ese debe de ser el listo del grupo —dijo Elián, que llevaba a otros dos tipos, los empujó y aterrizaron en el centro.

—¿Dónde coño has metido la nariz, idiota? —preguntó Elm mirando al tipo, llevaba tres rifles en las manos.

—Ah, eso... Hace unas horas hemos tenido una pequeña discusión en la cafetería —explicó Storm.

Elm soltó las armas, se acercó al hombre, y le soltó un puñetazo exactamente en la nariz, el hombre cayó de lado volviendo a gritar de dolor.

—Eso por dispararme, capullo.

—Neoh ha encontrado a otro —dijo France mirando a la oscuridad.

—Perfecto, son cinco.

—No, seis. —Val traía a una mujer que parecía tener más fuerza que todos esos hombres juntos.

Val lucía un espectacular ojo morado que se curaría pronto. En su raza, los golpes y heridas sanaban con extrema rapidez. Solo con mirar el agujero en el hombro de Elm, que ya estaba casi cerrado, uno se hacía una idea bastante exacta de lo que ellos eran.

—¿Problemas? —preguntó al líder del otro clan, no sin una clara mofa en su tono.

—¿A ti qué te parece? ¿Has visto eso? —Señaló a la mujer que permanecía de pie y miraba a los hombres con acritud, a sus propios hombres.

Se veía a la legua que ella era la cabecilla del grupo.

—Abajo. —France no tuvo ningún problema en obligarla a ponerse de rodillas junto a sus compañeros.

La mujer intentó levantarse y encarar a France. La líder le dio una bofetada con la mano abierta que hizo que el rostro de la mujer girara hasta casi romperse el hueso. A France nadie iba a asustarla, aunque la mujer fuera una verdadera mole.

—Si te lo tengo que explicar de otra manera te vas a arrepentir —amenazó France.

Los lobos los rodearon. Y los rostros de los hombres y la mujer palidecieron. Ver de cerca esos enormes animales y sus colmillos no era algo que se pudiera ignorar.

—¿Quién está detrás de todo esto? —preguntó Neoh con voz acerada.

—¡Que te jodan! —gritó el único hombre que había hablado hasta ahora volviéndose a incorporar.

Storm cogió su nariz y se la retorció a pesar de los gritos haciendo eco en las montañas.

—No, que te jodan a ti. El que te ha pagado para poner las bombas debe de estar fumándose un puro, y tú aquí a punto de morir.

—¡Para! Está bien... sí, nos pagaron —dijo con voz nasal.

Cuando soltó su nariz la sangre salía a borbotones.

—¿Quién? —interrogó sin mirarlo.

—Un tipo de Seattle, dijo que estas montañas le pertenecían por derecho, que alguien le debe una compensación.

Elián se echó a reír a carcajadas, nadie le siguió y todos le miraron.

—Lo siento —carraspeó—. No esperaba esa respuesta.

—Ni yo, aun así no me hace ni puta gracia. Estoy bastante harto de tener que lidiar con gente que se cree con derechos sobre este lugar —espetó Neoh.

—Y yo, ¿puedo quedarme con ellos? —preguntó France—. Les sacaré la información que necesitáis.

Storm se apiadó de esos hombres. France era una sádica, le gustaba torturar y arrancar miembros.

—Última vez que lo pregunto. Dame un nombre y tendrás una celda. Créeme, no quieres ir con France —advirtió Neoh.

—No, no lo hagas —dijo otro, era un tío muy delgado con grandes orejas.

—¡Ni se te ocurra, Kurt! —gritó la mujer.

—El nombre —insistió Storm.

—Solo sabemos su nombre de pila.

—¡Basta de hacernos perder el tiempo! Simplemente, suéltalo.

France, solo con levantar la mano, hizo que el tipo cayera hacia detrás y se golpeará la nuca contra el suelo. Quedó inconsciente al momento.

—France, cariño. Si te lo cargas no podrá hablar —dijo Storm echando mano de una infinita paciencia que no tenía.

—Tengo a cinco más para jugar. Eric estará contento.

—Demasiada información —se quejó Tahiel.

—¿Queremos saber eso?

Preguntaron Elm y Elián al mismo tiempo mientras Val se reía.

—Nos podéis matar aquí mismo, no hablaremos —dijo la mujer—. Tiene a nuestras familias.

—Ya estáis muertos —decretó Storm.

—Mierda, me los llevo —soltó France.

No les dio tiempo a nada. France desapareció con los seis. Era la única de todos ellos que podía transportar a alguien sin ni siquiera tocarlo.

—¡France! Maldita sea —maldijo Elm.

—¿Y después decís que en mi clan estamos locos?

—¡Cállate! —espetaron todos a la vez mirando a Val.

—Iré a verla, espero que hablen antes de que France les arranque la jodida lengua —anunció Neoh antes de desaparecer.

## Capítulo 5

Susan aún estaba dándole vueltas a lo acontecido un par de horas antes. No quería explicar a las chicas lo que había pasado, la tomarían por loca. Estaba segura de que Storm había hecho algo, ¿magia? Demasiado prosaico, ¿drogas? Aisha la habría avisado si sospechara de algo así, ella sabía por lo que había pasado. Pero... Storm los había transportado de alguna manera. Necesitaba respuestas y pensaba conseguirlas para su paz mental.

Drogas... la palabra rondaba en su cabeza. ¿Y si Wallace había usado drogas? Los médicos buscaron algún tipo de narcótico en su organismo y no habían hallado nada. Había leído tiempo atrás que habían algunos fármacos que desaparecían del torrente sanguíneo al cabo de unas horas, ella había estado inconsciente durante toda una noche.

Mierda.

¿Había pecado de inocente? ¿Y si realmente Wallace sí era el culpable? Ella no había querido acusarlo, no recordaba su rostro, solo recordaba un torso grande cernirse sobre ella.

—¿Susan! —Ariadna chasqueó los dedos delante de su cara.

—¿Qué?

—Estábamos hablando de la proximidad de San Valentín.

—Ah.

—¿Dónde estabas? —preguntó Aisha sonriendo.

—Estaba pensando en mis padres —mintió—. Mi padre le regaló, hace un par de años por estas fechas, un crucero a mi madre y ella volvió del viaje feliz. Yo no he salido nunca de Juneau —improvisó.

—Precioso regalo —concedió Nora.

—¿Habéis visto los escaparates? —preguntó Lidia—. Parece que se esfuerzan en dar ideas.

Volvió a desconectar, necesitaba marcharse. Pero no tenía coche. ¿Dónde estaba Storm? Bueno, lo de las explosiones no era cualquier cosa, los hombres debían estar ocupados, tal vez les llevara toda la noche. Estos accidentes ocurren, ella lo había visto en la televisión en otros lugares de Estados Unidos, aunque nunca en Juneau. Solo esperaba que no hubiera heridos.

Y ahora que lo pensaba, no quería contar con él para salir de allí. No quería volver a sentir que no controlaba su cabeza.

Iba a levantarse cuando la puerta se abrió y entraron los cuatro hermanos y Storm. Sus ojos se encontraron y él frunció el ceño. Parecía que le acababa de leer la mente.

—Hola, cariño, ¿va todo bien?— preguntó Aisha.

—Sí, han sido explosiones fortuitas en cadena. En unos días estará arreglado —contestó Tahiél besando los labios de su chica.

El rápido vistazo que Storm dio a Tahiél hizo saltar todas sus alarmas. Tal vez nadie más se daría cuenta, pero ella supo al instante que el hombre acababa de mentir, y que Storm y los demás lo estaban cubriendo.

—¿Dónde está Neoh?

—Tenía que arreglar unos asuntos con France, Ariadna. No tardará.

La chica pareció conformarse. Algo no cuadraba. Notaba la profunda mirada de Storm sobre ella, quizás percibía algún cambio en su actitud.

Esa France, ¿quién era en realidad? Todos parecían apreciarla, sin embargo la mujer no demostraba mucho cariño hacia ellos. Y de eso se había percatado en la cena de fin de año.



Dio un paso hacia la puerta, le faltaba el aire, ¿por qué mentían? ¿Por el estado de Aisha? ¿Por ella?

Storm se cruzó en su camino.

—¿A dónde crees que vas? Fuera hace mucho frío y no deberías salir sola.

—Mañana tengo que madrugar...

—Me gustaría hablar contigo.

—Puedes esperar a mañana... en la ciudad.

—¿cómo pretendes volver?

—No como he venido, desde luego.

—De eso quería hablarte.

Ni de coña.

—Susan. Escucha lo que tiene que decirte, confía en mí —pidió Aisha.

—¿Alguna de vosotras puede llevarme? —preguntó ignorando a su amiga.

Aisha se levantó.

—Sabes que nunca haría nada para ponerte en peligro, ¿verdad?

—Lo sé. Pero necesito salir de aquí.

Ella la abrazó.

—¿Ansiedad? —preguntó cerca de su oído.

Asintió.

—Lo entiendo. Pero si hablas con él te quedarás más tranquila.

Sentía que estaba perdiendo el apoyo de su amiga. ¿Por qué quería que hablara con él? No le apetecía. Aisha tenía que estar de su lado, no lanzarla a las garras de Storm.

—Hazlo, estaré cerca —aseguró.

—Pero...

—Si después de hablar no estás bien, te llevaré a la ciudad y me quedaré contigo.

Eso la calmó, Aisha lo haría, a pesar de tener a Tahiél siempre a su lado.

—Está bien.

Todos estaban pendientes de ellas.

Soltó a su amiga y salió de la cabaña. Storm la seguía, quería terminar con esto cuanto antes. Y ahora tenía frío, apretó su abrigo con ambas manos y lo encaró.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? No está muy lejo...

—¿Me has drogado? —lo cortó.

Él levantó una ceja.

—¿Disculpa?

—Me has entendido.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó cruzándose de brazos.

—¿Cómo hemos llegado aquí?

—Te lo puedo demostrar —dijo acercándose a ella.

Susan dio un paso atrás.

—No me toques, si me vuelves a abrazar...

—Está bien, no te abrazaré.

Él puso un dedo sobre el dorso de su mano.

—Así.

—Así, ¿qué?

Sintió un ligero mareo y miró a su alrededor. Se llevó las manos a la boca,

estaban en París, la torre Eiffel justo delante de ella, a cierta distancia. Y el sol brillando en el cielo, muy alto.

—¡Oh! Dios mío.

Ella solo había visto París en las películas y fotografías de internet.

\*\*\*

—¿Me has visto drogarte? Simplemente te he tocado.

Ella no contestaba, estaba demasiado fascinada mirando. Dejó que disfrutara del paisaje.

Los hermanos tenían que abrazar para poder transportar a alguien, él solo con tocar la piel de otra persona ya podía hacerlo, y después estaba France que solo tenía que desearlo. En el clan de Val, no podían llevar a nadie con ellos. Todos tenían dones, pero había variantes.

—¿Susan?

—Estamos muy lejos de casa, yo...

Se abrazó a sí misma estaba entrando en pánico. La volvió a tocar, pero esta vez cogió su mano con cautela.

—Tranquila.

—¡Oh! Hola chicas.

Esta vez fue él el que se sorprendió. ¿Habían aterrizado en mitad del salón de Tahiél?

Mierda. Esta mujer lo estaba volviendo descuidado.

—Disculpa, Tahiél, ha sido un error de cálculo.

—Nadie es perfecto.

El hombre se echó a reír y todos le siguieron. Incluso Susan, se reía, pero algo no iba bien, era una risa histérica. Aisha levantó la mano y cuando él la miró ensanchó los ojos.

Captado, la estaba cagando.

—Enseguida volvemos.

La cogió por el codo y aterrizó en su propia casa.

—Ahora está mejor.

—¡Estamos en tu casa! —se quejó Susan.

—Sí.

—No quiero estar aquí...

—¿No?

Lo dejó descolocado.

—¿Te llevo a tu casa? —se ofreció.

—Mmmm... —Había una chispa de diversión en sus ojos.

—Nena, es la primera vez que haces esto. Vas a terminar mareada.

—No, me está gustando.

De todas las reacciones posibles, esta era la que menos se esperaba.

—Una vez más, y allí hablamos —pidió entusiasmada.

Joder, ver el brillo en sus preciosos ojos lo estaba matando, darían la vuelta al mundo si se lo pidiera.

—Florencia.

—¿En serio?

Ella sacudió la cabeza una vez, cerró los ojos y se lanzó a sus brazos.

Tanta pasión lo estaba dejando medio loco. Ni Helga había mostrado tanta alegría cuando hacían esto juntos.

De repente, ella se separó.

—¿Aún estamos aquí?

—Sí, nena. Digamos que no esperaba tu reacción, creí que me llamarías tarado, lunático, o algo así.

—Después.

—¿Después?

—Sí, deja que...

—Bésame —pidió observándola con cautela.

—¿Me estás chantajeando?

—¿Se nota?

Ella se puso de puntillas y lo besó. Aunque fue un beso fugaz, ella estaba concentrada en otros temas.

—¡Sí! —gritó cuando aterrizo en un callejón, estaban a plena luz del día, no podía permitir que alguien viera lo que hacían.

—Vamos, salgamos de aquí.

—¿Estamos en Florencia?

—Sí.

—¿Cómo lo haces?

—He estado aquí muchas veces.

—¿En serio? —dijo tirando de él—. Yo no. De hecho, no conozco nada más que Juneau.

Estaba eufórica, tanto, que no hacía preguntas, Storm se temía lo que

vendría después del subidón.

—Aquí hace más calor, aunque estamos en invierno —anunció ella.

—Sí —dijo quitándose el abrigo.

Anduvieron por las estrechas calles empedradas, admiraron las estatuas en las diferentes plazas y llegaron hasta el río.

—Estás en el famoso *Ponte Vecchio* —explicó para que ella le prestara algo de atención.

—Sí, he leído tanto sobre él en los libros... es más bonito de lo que me imaginaba.

Se acercó a ella y cogió su cara entre las manos.

—Has desconfiado de mí, me gustaría saber el porqué.

Ella bajó la mirada.

—Me cuesta volver a confiar en los hombres, a la mínima tengo sospechas.

—¿Ha sido cuando te he llevado con Aisha?

—Pensé que me habías drogado, yo... aquella noche...

—No hables de eso, Susan, no dejes que se meta entre nosotros. Déjame demostrarte cómo se debe tratar a una mujer.

Tiró de su mano y se apartó de los turistas, entró en un viejo portal y volvieron a Alaska. A la planta de arriba de su casa.

Ella miró la enorme cama y el suelo lleno de alfombras. Las paredes eran de madera como en la planta baja, y un enorme ventanal daba a la ciudad que se veía lejana y llena de luces en la noche.

# Capítulo 6

—Quiero que sepas que me gustas mucho y que cuidaré de ti.

Acto seguido la besó. Y empezó a quitarle la ropa. Sus lenguas se buscaban frenéticas y su cuerpo reaccionaba rápidamente.

Cuando la tuvo desnuda, la tumbó sobre la cama y siguió besándola, él aún llevaba puestos los pantalones de cuero y la tela fría rozaba sus piernas haciendo que el contraste la excitara más. Se centró en él y en nada más, no quería que nada estropeara este momento.

—Eres tan bonita que no puedo dejar de mirarte.

Ella sonrió, Storm besaba su cuello y dejaba un rastro de besos hacia sus pechos pero nunca llegaba al pezón, pasó la lengua por el valle que formaban y siguió su rastro hacia abajo, alrededor de su ombligo y hacía sus piernas. Pasó de largo de su sexo y eso hizo que deseara aún más que él lo hiciera. Que la lamiera allí.

—No haré nada que no desees, ¿de acuerdo?

—Sí... sí.

Su voz sonó avergonzada. Era como si estuviera suplicando y no lo pretendía.

—Bien, iré despacio.

Sabía por qué lo hacía, no quería asustarla. Pero era adulta, sabía distinguir cuando una persona la estaba tratando con el mimo con el que él lo hacía. Nunca había estado con un hombre que tuviera en cuenta su placer. Todos iban a la parte más placentera para ellos mismos. No había estado con muchos, pero maldita sea si había escogido bien.

Storm se estaba tomado su tiempo, la saboreaba y disfrutaba de ella. De

pronto sintió su aliento cerca de su centro, él no demandaba que separara sus piernas, más bien parecía esperar su reacción. Y ella las separó lentamente mientras sus miradas se encontraban. Él sonrió de lado y le guiñó un ojo.

Agradeció el gesto, si estaba algo tensa, eso había conseguido relajarla. Su lengua recorrió sus pliegues y excitó su clítoris. Susan no pudo evitar arquearse, exigir más. Cuando sintió toda su boca pegada a ella y su lengua se introdujo en su canal, un pequeño latigazo anunció la llegada del clímax. Lo dejó fluir, dejó que la atravesara completamente. Y con un grito culminó. Storm siguió acariciando con sus labios, besándola ahí, hasta que se calmó.

—No he visto nada más maravilloso que tu rostro disfrutando de este momento.

Sus mejillas se calentaron, su timidez a veces le jugaba malas pasadas.

—Túmbate, ¿te molesta si me pongo encima? —preguntó intentando que no se notara demasiado que no disfrutaría si era él el que se acomodaba sobre ella.

—Ningún problema, tú decides.

—¿Tienes preservativos? Yo... no tomo nada.

Storm abrió un cajón de la mesita de al lado de la cama y sacó un paquete.

El hombre estaba preparado, ¿cuántas mujeres habrían pasado por esta cama?

«No pienses en eso ahora, idiota», se recriminó mentalmente.

Él mismo se lo puso con destreza, y ella se sentó apoyando las manos en su torso, sus sexos estaban unidos pero no había entrado dentro de ella, empezó a hacer un movimiento de vaivén sobre su pene y bajó la cabeza para buscar sus labios, le gustaba sentirlo cerca y también ser dueña de la situación, quería llevar el ritmo y a él no parecía importarle. Solo así se



sentiría segura, aunque ahora que estaba metida de lleno en la situación no sentía temor por la misma, como había sospechado.

La timidez cada vez se percibía más lejana, Storm acariciaba su pelo con una mano, mientras tenía la otra apoyada en su muslo.

—Si no estás preparada, lo entenderé. No te sientas obligada a hacer esto...

—Lo deseo.

—Entonces accederé a tus deseos.

Levantó un poco las caderas y dejó que se introdujera en ella con sumo cuidado. No sentía dolor, solo una imperante necesidad de moverse, de hacer algo para aliviarse.

—Despacio, Susan —advirtió cuando ella volvió a deslizarse hacia arriba.

Su mano acarició su clavícula y siguió hasta envolver uno de sus pechos, jugó con el pezón enviando descargas eléctricas a través de su cuerpo. Ella se movió algo más rápido y él cerró los ojos. Su expresión era de máxima concentración y estaba segura de que el hombre estaba conteniéndose.

—Storm...

—Déjate llevar, preciosa —dijo apretando la mandíbula.

Clavó su mirada oscura en ella y cuando cayó al precipicio él lo hizo unos segundos después con un gruñido. Cuando sintió los brazos de Storm a su alrededor se sorprendió.

—No llores...

¿Quién estaba llorando? ¿Ella? Oh, mierda. Había sido involuntario. Solo había pensado por un momento fugaz que había sido bonito poder volver a disfrutar.

—Lo...lo siento.

—No te preocupes.

Se separó de él y lo miró.

—Parece que te estoy utilizando, pero no es así. Creo...creo que necesitaba esto, necesito reemplazar las pesadillas por algo bello.

—Entonces me has utilizado por una buena causa —dijo él sonriendo.

Sonreía más de lo que esperaba.

—Me siento culpable.

Acarició su mejilla y la besó en los labios.

—Los dos lo deseábamos y eso es lo único que importa. No me debes ninguna explicación, Susan.

¿Y ya está? Bien, debería saberlo, los hombres como Storm no se ataban, viven su juventud a todo tren y después se casan con alguna pardilla dispuesta a servirles la cena cada jodida noche.

¿Ella había sido una más en su cama? Por supuesto.

Levantó la rodilla del colchón y se ladeó haciendo que su pene resbalara fuera de ella, se sentó a su lado y se acostó.

—Enseguida vuelvo. —Storm se levantó y entró por una puerta que imaginó que era el baño. Seguramente para deshacerse del condón.

«Tú también eres joven, deberías hacer lo mismo; vivir a todo tren». No mientras Wallace anduviera suelto. Era por eso que había dejado de hacer salidas nocturnas, no iba a ningún bar ni discoteca. Sus amigas de toda la vida habían insistido, incluso sus padres le habían pedido que volviera a la normalidad, que todos cuidarían de ella.

Simplemente no podía, aquella noche seguía muy fresca en su memoria, lo

que podía recordar de ella. El dolor y la humillación. Había sido una idiota por haber confiado en Wallace.

Puso el antebrazo sobre sus ojos después de taparse con la manta hasta el pecho.

Y tanto sus amigas como sus padres habían dejado de insistir. La apoyaban, pero ya no la molestaban.

—¿Va todo bien? —La voz de Storm la asustó, creía que tardaría más tiempo en volver.

Oh, mierda. Estaba tumbada en la cama y bien acomodada, probablemente el hombre estaba deseando que se fuera a su casa.

—Lo siento, solo estaba esperando a que salieras del baño —se excusó.

Storm se tumbó a su lado e hizo que ella levantara la cabeza para pasar su brazo por debajo, la apoyó en su pecho.

—Estás cansada, ve al baño si quieres, pero quédate esta noche.

Y eso la sorprendió gratamente.

—Pero mañana...

—Yo te llevaré a casa.

Lo cierto era que dormir acompañada, para variar, no le desagradaba. Un hombre que había sido tan considerado merecía su respeto, y confianza.

—Está bien, pero entro a las seis.

—No te preocupes por eso.

\*\*\*

Storm vio al hombre, su rostro estaba borroso y acababa de lanzar su puño alcanzando el ojo de Susan, él podía sentir el dolor. El desamparo y la desolación en la mente de la chica estaban invadiéndole a él y estaba desesperado por ayudarla pero no podía, no tenía fuerza, su fortaleza era la misma que la de Susan. No se lo podía quitar de encima y también podía sentir el peso de él sobre el abdomen, incapacitado para poder moverse esperaba el próximo golpe que llegó en forma de bofetada haciendo que su cuello girara bruscamente.

—¡Mierda! —gritó incorporándose.

¿Qué cojones?

¿Cómo había ocurrido eso? Susan no era su compañera de vida, lo había sido Helga, no ella. Ningún hombre de su linaje había tenido dos compañeras. Solo había una, y solamente se vinculaban a ella cuando realmente podían ver en su mente. Y él acababa de vivir la experiencia traumática de Susan, o al menos una parte.

—¿Storm? —Susan lo miraba asustada en la penumbra.

Ull estaba plantado en la puerta, ese cabrón de lobo raras veces subía a la planta de arriba, pero ahí estaba.

—Siento haberte asustado. Son las cinco, ¿quieres que te lleve? —se apresuró a contestar.

Ella sonrió.

—¿Siempre te despiertas así?

¿Qué podía contestar a eso?

—Creí que nos habíamos dormido —mintió.

Primero debía aclarar sus ideas, quizás consultarlo con alguien. Pero, ¿con quién? En su clan no habían hombres vinculados, solo lo estaban a sus lobos.

Tampoco había ninguna mujer, todas murieron después de que sus compañeros fueran asesinados. Así era su raza, con algunas diferencias de un clan a otro, pero en lo que concernía a los compañeros siempre funcionaba igual.

—Voy a vestirme, no te preocupes, hay tiempo —dijo ella confiada.

—Está bien.

Cuando Susan salió del baño aún estaba dándole vueltas a lo mismo. Al final decidió que hablaría con Tahiél y tal vez con Neoh.

—Me vas a llevar de esa manera...

—Lo llamamos desplazamiento molecular.

—No eres humano, ¿verdad?

Tal vez había tardado un poco en hacer la pregunta. Pero ahí estaba.

—No. ¿Eso te asusta?

Ella soltó el aire y se sentó en el borde de la cama mientras él se vestía.

—Mi abuela me hablaba, cuando era pequeña, de los hombres de las montañas, yo pensaba que eran leyendas, pero aunque te parezca una tontería, siempre quise creer en ellas. Sin embargo, mis padres y mi abuelo, la regañaban, y le decían que no me llenara la cabeza de pájaros. Siempre la tomaron por loca en la ciudad. Murió creyendo en vosotros.

Y eso sí que realmente lo pilló con la guardia baja.

—No sabía que algún humano sospechara de nosotros.

—Me contó que se había encaprichado de un tal Alv, me pidió que nunca se lo contara a nadie. Pero ella lo contaba, en el tramo final de su vida, a quien quisiera escucharla. Su cabeza ya no regía bien.

¿En serio? ¿Alv? ¿Ese gilipollas?

—Él murió y ella nunca pudo olvidarlo. Unos años más tarde conoció a mi abuelo.

Y una mierda, Alv estaba vivito y coleando, y aunque había dejado de darle por culo, había sido un energúmeno con respecto a él. Y por cierto, hacía tiempo que le había perdido la pista.

—Interesante —dijo sin saber qué contestar a eso.

—Decía que él era de otro mundo.

—No, somos de este. Lo único que nos diferencia de vosotros es la raza.

—Supongo que él nunca le habló de vosotros.

¿Cómo le decía que eso solo se hacía con una compañera? Aunque él ya le había mostrado algo de su linaje a Susan. ¿Sería Susan su compañera? No podía ser. Lo que sí tenía claro es que su abuela no era la compañera de Alv, él hacía unos años que la había encontrado en Noruega. Justo como él mismo. Lo de *unos años*, era relativo, habían pasado unos quinientos.

—¿Te contó algo más?

—No sé hasta qué punto llegó su relación, yo era una niña y supongo que habría cosas que no me explicó. Pero sospecho que fueron amantes —admitió con una sonrisa nostálgica.

Lo de hablar con alguien empezaba a ser apremiante.

—Susan, no puedo llevarte al salón de tu casa si no he estado antes allí —expuso cambiando de tema.

—Ah, eso es importante.

Él sonrió ante la frase.

—Significativamente importante, no quisiera aterrizar dentro de un muro.

Ella se rio. Una risa tan sincera que sabía que siempre la recordaría.

—¿Y al callejón? —preguntó entusiasmada.

—Sí, después puedo subir a tu casa, ya sabes... para hacer las cosas más fáciles.

Los ojos de Susan, esas profundas piscinas azules que lo hipnotizaban, chispeaban de emoción. Asintió.

—Parece que te ha gustado la experiencia —afirmó mirando sus labios carnosos, esos que había besado y que sonreían para él.

—Es mejor que cualquier otro transporte, y mucho más rápido.

—Sin duda. —Se acercó a ella y tendió su mano—. Concédame el honor, señorita.

Ella se levantó y puso sus dedos sobre su palma.

—Prefiero abrazarte —susurró.

Pero él tenía buen oído. Así que la abrazó por la cintura y levantándola del suelo la besó concienzudamente. Cada vez estaba más pillado por ella y no sabía si eso sería bueno para ella. Tal vez merecía una vida normal al lado de cualquier mortal. Al que arrancaría la cabeza en cuanto pusiera las manos sobre ella.

«Sí, esa es una reacción de lo más normal, capullo».

—¡Oh! —dijo ella cuando terminó el beso —Ya hemos llegado.

—Eso parece.

—Vamos, subamos a casa.

# Capítulo 7

Cuando Storm apareció de nuevo en su casa de las montañas alguien estaba aporreando la puerta. ¿Es que nadie sabía llamar sin hacer tanto alboroto? Probablemente era France, que venía a hacer *vida social*, a ver si no era para descojonarse en su bella cara.

—Ya voy.

Ull aprovechó para salir de la casa cuando abrió la puerta, el animal debía cazar. Y allí estaban, además de France, Neoh, Tahiél, Elm y Elián.

—Tenemos que hablar —dijo Neoh a modo de saludo.

—Con tu permiso, voy a sentarme —anunció Elián entrando en su casa.

France ya estaba saqueando el frigorífico. Y tenía la ligera impresión de que los hermanos estaban hasta las narices de ella.

—Pasad. ¿Habéis sabido algo más? ¿Dónde están los prisioneros?

—Muy muertos —soltó France—. Eric también jugó con ellos, fue divertido.

Eric, el cabrón maltratador de su esposa, la mujer amiga de Aisha, a la que habían ayudado. El hombre era un tipo rico con gustos extraños y enamorado de Aisha, había amenazado con matar a su mujer si ella no accedía a sus deseos. Los hermanos intervinieron borrando la memoria a Norma, y habían regalado al tipo, previa limpieza mental, a France.

—Si vuelves a contar los detalles, juro que me ahorco aquí mismo —se quejó Elián.

—Bah, después de acabar con ellos los he tirado al fuego, va a parecer que fue un accidente.



Eso lo dudaba. Pero las autoridades locales nunca aclararían los hechos.

—Al grano, France —ordenó Neoh.

—Parece que Alv está detrás de todo esto.

Y el nombre volvía a aparecer en menos de una hora por segunda vez. Primero Susan, y ahora ellos.

—Hace tiempo que no sé nada de él, ¿pretende reclamar vuestras tierras también?

—No, las tuyas. Si osa hacer algo así con las nuestras, su cabeza terminará clavada en una estaca al principio del camino como reclamo turístico —apuntó Elm.

Debía imaginárselo.

—Tu nombre también salió entre los gritos de esos humanos —explicó France.

—¿Estáis seguros? Yo solo tengo tres pozos, sin embargo atacaron los vuestros... Que desea mis tierras lo sé desde hace tiempo.

—Hemos llegado a la conclusión de que lo que pretende es que te dejemos solo en esto. Tal vez piense que nosotros sospecharíamos de ti.

—¿Lo hacéis?

—No, desde que unimos nuestros clanes tu gente nunca ha dado problemas.

—Eso es cierto, tus hombres son muy sumisos a pesar de ser grandes guerreros— dijo France sacudiendo la mano y ganándose las miradas de todos ellos.

¿Se había acostado con sus hombres? No le apetecía preguntarlo en voz alta.

—Solo vivió un tiempo aquí, ¿eráis amigos? —preguntó Neoh.

—No, nunca lo hemos sido.

—¿Entonces de qué lo conoces?

—Era mi cuñado.

—Tú, ¿tienes compañera? —inquirió Tahiél cabreado—. ¿A qué cojones estás jugando con Susan? Todos hemos sido testigos de vuestro acercamiento.

—Qué manía con acostaros con humanas, cualquier día de estos las vais a partir en dos —argumentó France.

—¡Cállate! —saltaron todos a la vez.

—Vale, solo era un consejo. Qué sensibles.

Storm miró a France, había bajado la cabeza y parecía triste, pero tratándose de ella no se lo acababa de creer, ¿qué cojones le pasaba? Parecía ser el único que veía melancolía en su mirada cuando ella creía que nadie miraba, aunque la ocultaba muy deprisa.

—¿Y? —aseveró Tahiél de nuevo.

—No tengo por qué dar ninguna explicación, pero lo haré por tu compañera, ya que es su amiga.

—Por lo que sea, Susan es humana, si no puede ser tu compañera, sabe demasiado de nosotros.

Storm se pasó la mano por la mandíbula.

—Y aquí huele a sexo —puntualizó France mientras masticaba lo que fuera que había robado de la cocina.

Ya se había recuperado de su lapsus, ese que dejaba ver una debilidad en ella.

—Tengo todos los dones desarrollados.

—Y eso no puede pasar si antes no te has vinculado a una hembra —acusó Elm.

—Exacto.

—¿Dónde está ella? —inquirió Tahiél.

—Murió.

Las caras de asombro no se hicieron esperar.

—¡Venga ya! Deberías haberla seguido. —France manifestó en voz alta lo que todos estaban pensando.

France había conocido a Helga, ¿no sabía que era su compañera?

—Lo sé, y fue una verdadera tortura, sobre todo porque murió por mi culpa.

Joder, recordarlo todo lo estaba matando.

—Pero...

—No tengo una explicación exacta sobre poder tener más de una compañera. —Aunque sospechaba de algo que debería examinar con más profundidad.

—¿Qué ocurrió?

Soltó el aire y se sentó.

—Un naufragio.

—Mierda. —Neoh parecía afectado.

—Sentimos tu pérdida, ¿cuánto hace de eso?— preguntó Elm.

—Unos quinientos años.

—La encontraste pronto...

Se sentó en el sofá y escondió la cabeza entre las manos.

—Sí, y ni siquiera sabía que nuestra raza estuviera también allí —admitió.

—Nosotros siempre hemos sospechado que no estamos todos confinados aquí.

—He conocido a algún noruego de nuestra raza —dijo France.

Tahiél se levantó y se plantó ante él sin dar importancia al apunte de la líder.

—Pero tú sigues vivo, ¿estás seguro de que era tu compañera?

—Ya te lo he dicho...

—Está bien, entonces aléjate de Susan.

—No puedo.

Tahiél levantó una ceja.

—He leído su mente —aclaró.

France saltó de la mesa en donde había estado sentada.

—¡Ja! Esto se pone interesante. —Extrañamente no había abierto la boca hasta ahora—. ¿Quieres decir que puedes tener más de una compañera?

—Eso sería raro —argumentó Elián con cara de pocos amigos.

—¿Creéis que miento?

—No podrías mentir sobre algo así —concedió Neoh—. ¿Qué tiene que ver Alv en todo esto? Aparte de ser el hermano de Helga...

—Me culpó, puso a toda su familia en mi contra, y exigió parte de mis tierras como compensación.

—Maldito idiota, déjame a mí —pidió France.

—No, esto es asunto mío.

—Y nuestro, ¿sabes las pérdidas que hemos tenido? —exclamó Elián.

—Lo entiendo. Pero debo advertiros de que es peligroso y un bocazas.

—Pues aún no he oído su voz por estos lares —soltó France—. Y a ver si dejáis de joderme la diversión.

La volvieron a mirar.

—¿Los humanos te han sabido a poco? —inquirió Elián divertido.

—No han aguantado ni un asalto, nuestra raza tolera bien la tortura.

Algunos resoplaron, pero no hicieron más comentarios.

—¿Un bocazas? —inquirió Neoh.

—Susan sabe algo sobre nosotros...

—Eso es imposible, Aisha nunca diría nada... —Tahiel salió en defensa de su compañera.

—No, Aisha no ha sido. Alv estuvo liado con su abuela.

—¡No jodas! —saltó Elián—. ¿Le habló de nosotros?

—No lo sé exactamente, pero la mujer percibió que no era humano. Lógicamente la tomaron por loca. Él fingió morir y fin de la historia.

—Pero se lo contó a Susan... —adivinó Elm.

—Fue la única que escuchó sus vivencias. Yo también me he sorprendido.

—Tío, tienes un buen marrón entre manos.

—Eso también lo sé, Elián.

—Deberías solucionarlo. ¿Has hablado con Susan? —preguntó de nuevo Neoh.

—No.

—¿Lo vas a hacer?

—Sí, es mi compañera.

No vio escepticismo en las miradas de los hermanos, pero sí en la de France.

—Sabes lo que pienso de que os enredéis con humanas. Asegúrate de que es tu compañera o te cortaré los huevos. Hablo en serio.

—No me amenes, nena. Puedes salir perdiendo. ¿Debo recordarte que tienes a un humano como juguete sexual?

—Del que me desharé en cuanto me canse. Vosotros tendéis a enamoraros como unas malditas nenazas.

—France... —comenzó Neoh.

—Estás jodiendo lo de hacer vida social —advirtió él.

—Ah, eso. ¿Y no es practicar, amenazarte con cortarte los huevos?

—No creo que Aisha acepte eso... —advirtió Tahiél.

—Tu compañera es mi amiga y sabrá entenderlo.

No pudieron evitar soltar una carcajada, la mujer no tenía arreglo. Ni tenía amigos ni sabía tenerlos. Punto. Aisha perseguía un imposible.

—Bien —dijo Neoh, sin hacer caso a France—. Tenemos una dirección en Seattle.

—Perfecto, iré a solucionarlo.

—¿Quieres que vayamos contigo? —se ofreció Neoh.

—No, he tratado con él en el pasado. Es un hueso duro de roer, pero siempre me he librado de sus gilipolces. Hace poco que es líder de su clan, intuyo que por eso vuelve a la carga.

—Perfecto.

Los demás asintieron. Todos menos France.

—Sois unos capullos, así no hay manera de divertirse —dijo desapareciendo al instante.

—Sí, lleva a la perfección lo de hacer amigos —comentó Elián levantándose.

—Sin duda —corroboró Storm.

—Habla con Susan, es solo un consejo, si me lo permites. —Neoh siempre era el más asentado en todos los sentidos, valía la pena escucharlo, no estaba donde estaba sin una buena razón detrás.

—Lo haré.

Cuando todos desaparecieron, se sentó de nuevo. Su cabeza estaba hecha un lío. Tenía una conversación pendiente con Alv y otra con Susan.

## Capítulo 8

Susan estaba tomándose un descanso en la parte de atrás de la cafetería, hacía frío, pero necesitaba respirar el aire fresco. Miró hacia el horizonte mientras desenvolvía su sándwich y dejaba su batido de chocolate caliente a su lado, en la escalera en la que se había sentado, la nieve lo cubría todo, el sol estaba bajo y el día era triste, aun así estaba a gusto allí.

Solo faltaba una semana para San Valentín y Matilde ya había adornado la cafetería con grandes corazones, cupidos en pañales y bombones gigantes, tanto ella como Alan, el hijo de la cocinera, habían tenido que involucrarse en el asunto. La cara de fastidio era tan evidente, que Matilde se había carcajeado a su costa antes de abrir el establecimiento al público.

De pronto, tres hombres se materializaron a solo cinco metros de distancia delante de ella. Nunca los había visto. Y esa manera de presentarse..., solo podían ser hombres como Storm.

—Joder, tú no puedes ser. Así que deduzco que eres una descendiente.

Susan se levantó y miró al que había hablado. El tipo era muy alto, quizás alcanzaba los dos metros y era espectacularmente rubio y con unos intensos ojos azules.

—¿De qué estás hablando? ¿Quiénes sois?

—La pregunta es, ¿qué haces tú con Storm?

—¿Con Storm? —preguntó sin saber a qué se referían exactamente.

—¿Estás sorda? Es una afección común en los humanos —dijo el hombre que estaba al lado derecho del tipo alto, este no lo era tanto.

—Es joven, debería oírnos bien —dijo el otro rubio al otro lado.

De hecho, los tres eran rubios.



—¡Callaos, joder!— ordenó el primero que había hablado.

—Storm es un amigo —aclaró ella.

—Nosotros no tenemos amigos.

Le dieron ganas de reír a pesar de las circunstancias.

—¿Y eso debería importarme?

—Maldita sea, me recuerdas tanto a ella. Igual de impertinente.

Ella arrugó la frente.

—¿Puedo saber de quién estamos hablando?

—De Elizabeth —murmuró.

¿En serio?

—Así se llamaba mi abuela —dijo en voz alta casi sin darse cuenta.

—¿Tu abuela? Creí que sería tu madre...

—Alv, han pasado muchos años, si haces cuentas...

¡Alv! Era él. No, no podía ser.

El hombre dio un empujón al que había hablado.

—Céntrate, no te lo repetiré de nuevo.

—Ella salió con un tal Alv, que dudo que seas tú. Ese hombre murió —  
dijo ella pensativamente.

—Ah, sí. Un pequeño problema que tuve que resolver..., era buena en la  
cama.

Susan se encendió, maldito imbécil.

—Oye, idiota, estás hablando de mi abuela, ten un poco más de respeto.

Los otros hombres se carcajearon ante su pulla.

—Es bonita y poca cosa. Pero los tiene cuadrados, tío —dijo uno desternillándose de risa.

—Vuelve a hablarme en ese tono y tus familiares no van a ser capaces de reconocerte ni por tu dentadura, te he hecho una pregunta —dijo en un tono de voz nada amistoso.

Susan se pegó a la puerta trasera de la cafetería, ¿le daría tiempo a entrar?

—No recuerdo la pregunta. —Solo intentaba ganar unos segundos.

—¿Eres la compañera de Storm? —preguntó centrándose de nuevo en ella.

—No.

—¿Pero Storm, no estaba con Helga? —preguntó de nuevo el de su derecha.

¿Helga? ¿Quién era Helga?

—Sí, y ahora cállate.

—Te repetiré la pregunta, ¿eres o no eres la compañera de Storm?

—¿Su mujer? No.

Alv se pasó la mano por la frente.

—Bien, en seguida lo sabremos.

Susan no lo vio venir, el hombre se había movido demasiado rápido y puso una mano en su cuello apretando con ganas, el flujo de aire se cortó y sus pulmones estaban empezando a arder.

Mierda.

\*\*\*

Faltaban dos horas para que Susan terminara su turno, Storm miró el reloj de su teléfono móvil por enésima vez. No tenía que haber retrasado esa conversación. Si Susan resultaba ser su compañera, debía saberlo.

Él nunca había dejado de amar a Helga, lloró su muerte y la de su hijo. Pero los años habían apaciguado su alma rota y solo al conocer a Susan, aquella noche de fin de año, había visto la luz al final del túnel. Nunca olvidaría a su compañera, pero deseaba volver a vivir, tener a alguien de quien preocuparse. Quizás podría ser padre. No, eso no sería posible con Susan, ella era humana. Aun así le daba igual, esa chica se había filtrado bajo su piel.

La noche pasada había sido una prueba de ello, ella era delicada como un pétalo. Pero era consciente de por lo que Susan había pasado, debía conseguir que poco a poco confiara en él en cuanto al sexo. Quería protegerla y cuidarla. Y que ningún otro hombre pusiera sus manazas encima de su chica o las consecuencias serían catastróficas. Sentir su dolor lo había puesto de rodillas, aunque intentó por todos los medios ocultarlo.

Ull se sentó a su lado, su estado de ánimo estaba afectando al animal. Acarició su enorme cabeza e intentó calmarlo. Calmarlos a los dos. Que Alv estuviera en la ciudad o cerca, no podía vaticinar nada bueno.

De repente le faltaba el aire, se llevó las manos al cuello para intentar solucionarlo, pero cada vez le costaba más respirar.

De pronto supo la razón. ¡Susan! Ella estaba en peligro.

Se desmaterializó y apareció detrás de la cafetería, supuso que el vínculo con ella se había hecho más fuerte y podía seguir su esencia.

Lo primero que vio fue a Alv con la mano en el cuello de Susan, ella

luchaba por respirar con los ojos muy abiertos, en aquél momento el hombre aflojó su agarre. Se iba a lanzar sobre él cuando uno de los hombres lo interceptó. No fue un problema, estaba demasiado furioso como para perder el tiempo. Le dio un golpe seco en la garganta y el tipo cayó al suelo intentando coger aire. Al otro, simplemente le dio una patada en el estómago que lo dobló por la mitad. Esos tíos no eran unos contrincantes dignos para él.

Otra cosa era luchar contra Alv, que como líder, tenía la misma fuerza que él.

—Suéltala. Ahora.

—Vaya, pues tenía razón. Es tu compañera.

Puso una mano sobre el hombro de Susan y la obligó a sentarse. Ella no dejaba de toser.

—No la toques. —Sus ojos se encontraron con los de ella—. ¿Susan, estás bien?

La chica asintió y él se sintió aliviado también.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —preguntó dando un paso al frente mientras Alv también se acercaba a él.

—No, Storm. ¿Qué estás haciendo tú? —se cernió el rubio sobre él.

—Vivir mi vida aquí, donde pertenezco.

—Mi familia aún está esperando una compensación por llevarte la vida de Helga.

—No os debo nada...

—¡La mataste, maldita sea! ¡Mataste a tu compañera, y con ella a vuestro hijo! ¡Helga te amaba! Es algo que nunca entendí, pero lo hacía.

Joder, la mirada de Susan dijo muchas cosas, agrandó los ojos y vio cruzar el miedo en ellos. La había asustado y Alv no estaba ayudando.

—Sabes que no fue así. —Tuvo que bajar la mirada, él siempre se sentiría culpable de su muerte.

Se oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Susan había aprovechado la discusión para escapar de ellos, porque él se temía que estaba huyendo de los dos. Probablemente los veía como a unos monstruos.

\*\*\*

¿Con qué tipo de monstruos había terminado relacionándose? Primero la atacaba uno de esos hombres, porque la complexión del tipo era común en esa raza y no dejaba de sospechar que podría haber sido uno de ellos. Y ahora había oído perfectamente como el tío rubio acusaba a Storm de haber matado a su mujer.

Y eso era lo malo, que lo había escuchado todo, y ahora iban a querer cerrarle la boca, ¿debería acudir a la policía? ¿O confiar en que ellos pensarán que ella simplemente había escapado de la situación?

¿Cómo podía Storm haber hecho algo así? La había tratado como si ella fuera de porcelana, le costaba entender que en otro momento hubiera podido hacer daño a alguien.

No dejaba de pensar que Aisha vivía allí, en aquellas montañas, rodeada de esos locos. Tahiél parecía ser un hombre especial y amar locamente a su amiga, igual que sus hermanos, que eran amables y cariñosos con sus respectivas mujeres. Pero ni sabía qué pintaba France en todo esto ni había visto nunca a esos hombres que aparecieron detrás de la cafetería.

Pensándolo de manera objetiva, no toda la humanidad era mala, había personas de buen corazón. ¿No debería ser eso una poderosa razón para pensar que en la raza de Storm podría ser igual?

Pidió a Matilde salir una hora antes. La mujer no puso ningún impedimento cuando le dijo que no se encontraba bien. Y con un, «cuítate, mi niña», la dejó marchar.

Se fue en dirección a su piso, cruzó la calle y después de mirar en todas direcciones por si veía algún hombre cargado de músculos, entró en su portal. No le apetecía ver a nadie. Por suerte, solo se cruzó con unos cuantos transeúntes conocidos para ella; eran vecinos atareados.

Susan se dio una ducha caliente y se sentó mirando su móvil, llevaba dos días encerrada en casa, había una llamada perdida de Aisha, con el ruido del agua no la había oído. No la llamó, Aisha vivía en una nube de felicidad y era bastante probable que no la creyera, o dudara de que ella hubiera oído bien la conversación entre los hombres.

En un conjunto, era todo una verdadera putada. Se había enamorado de Storm, de su forma de ser y de sus atenciones. Esto iba a ser un duro trance.

El timbre sonó insistentemente, ¿sería Storm? Le había explicado que nunca se materializaban en casa de nadie, que eso era invadir la intimidad de una persona y no era aceptable. Qué considerado.

Se miró el cuerpo. Se había puesto una camiseta de manga larga roja y unos pantalones de chándal negro, se recogió el pelo en una coleta alta y se peinó el flequillo con los dedos. Cogió aire y lo soltó lentamente mientras se debatía entre abrir o no. El hombre volvió a insistir.

—¡Nena! Sé que estás ahí. Abre antes de que Tahiél decida subir a por mí y volverme a confinar en la cabaña.

La voz de Aisha atravesó la madera y sintió un gran alivio, aún no tenía que enfrentarse a Storm. No sabía cómo hacerlo, todavía no.

Abrió la puerta y Aisha estaba hablando por teléfono.

—Sí, Tahiél, ya estoy dentro. —Le guiñó un ojo mientras entraba—. Me quedaré un rato con ella, sí. Te llamaré.

Cuando colgó hizo una mueca y sacó la lengua.

—Maldito hombre protector.

—Te quiere, Aisha...

—Pues que me deje respirar. Parezco la única embarazada sobre la tierra.

—Para él lo eres, y tú no deberías haber venido.

Aisha se dejó caer en un sillón, estos eran los muebles que tenía en San Francisco y que ahora se los había regalado a ella. Cuando cambió de piso no quiso llevarse más que la ropa, así que su amiga se los ofreció y ella aceptó de buen grado prometiendo que se los pagaría. Algo que por poco crea un conflicto entre ellas.

—Eso hacen las amigas, Susan. Y con más razón cuando descubren que la persona a la que aprecian está pasando por un mal momento.

Susan fue a por un té a la cocina y le sirvió, no dijo una palabra, pero se encontró con la ceja arqueada de su amiga.

—Aisha, no deseo hablar de Storm.

—Y no vamos a hablar de él.

Alzó las dos cejas, confundida.

—He venido a hablar de mí, soy así de engreída —sonrió ante la cara que debió poner—. En un par de minutos también aparecerá France.

—¿France?

—¿Me llamabas?— Susan se sobresaltó al ver a France.

Esa loca acababa de aparecer en mitad del salón con un top negro y una falda tan corta que casi enseñaba su espléndido culo, los *stiletto* blancos eran de por lo menos quince centímetros, era para llorar, que buena figura tenían algunas.

Y ahora que lo pensaba, ¿ella también podía hacer eso? Menos mal que Aisha parecía tan normal como ella.

—Yo también soy normal —aseguró France.

—¿Acabas de leer mi mente?

—Pues claro, ¿te molesta?

—Bastante, te pediría que no lo hicieras.

France se sentó en otro sillón y miró a Aisha.

—Es una bruja igual que tú —dijo la energúmena, señalándola con el pulgar.

Aisha se removió en su asiento.

—France, acabas de aparecer en su casa, ¿por qué?

—Porque puedo —contestó mirándose las uñas.

Aisha resopló.

—¿Y qué hay de lo que hemos hablado?

—Dices tantas cosas que, la verdad, llega un punto que desconecto. Pero no te llamaré idiota por esta vez.

—Gracias, simpática.

—No, no lo soy, no empieces. No gusto a nadie, aunque no me quita el sueño.



—France... —intentó intervenir Susan.

—¿Qué?

—¿Por qué has venido? —inquirió.

—Aquí la preñada, ha interrumpido una sesión de sexo salvaje para que viniera a decirte cuatro cosas.

Aisha hizo rodar los ojos.

Vaya, esto se estaba poniendo interesante.

## Capítulo 9

Susan decidió ignorar a France y se centró en su amiga.

—¿Has dicho que venías a hablar de ti?

—Sí, eso ha dicho y después me llama narcisista —se quejó France.

—Algunas cosas se pegan —atacó Aisha.

—Pues soluciónalo, eso no va contigo. Eres tan buena que me gustaría pegarte un tiro. Pero creo que a Tahiél no le gustaría.

—Pero, ¿qué dice? —Susan estaba alucinando con la mujer.

—Nada. —Aisha se dispuso a hablar.

—Susan hay cosas de mí que no sabes y me gustaría explicártelas, debo decir en mi favor que yo tampoco las sabía...

—Es así de ignorante. ¿Tienes una cerveza? —preguntó France dirigiéndose a ella.

—Sírvelte tú misma —contestó señalando la nevera.

—A pesar de ser la líder de un clan y de que todos me sirven a mí, lo haré —refunfuñó.

Susan abrió la boca con la sorpresa.

—Sí, nena. Lo es —aseguró su amiga.

¡Joder!

—Empezaré por decirte que cuando llegué aquí yo era una chica escapando de mi ciudad, eso ya lo sabes...

—Sí.

—Bien, resultó que Tahiél y sus hermanos me abrieron los ojos.

—Ya empezamos... —soltó France con el botellín en la mano, sentándose de nuevo.

—No pilla las metáforas, Susan —explicó Aisha, después se dirigió a France—. Te pediría que me dejaras contarle a Susan...

—Sí, sí, sí... hazlo —dijo moviendo la mano en plan diva.

—Bien, ¿recuerdas que te dije que me crie en un orfanato? —continuó.

—Sí.

—Pues después de investigar, supe que mis padres vivían aquí, en realidad lo supo Elián. Mis padres pertenecían a dos clanes diferentes, aun así me tuvieron, pero en estas tierras hubo una serie de asesinatos y a ellos los mataron. Pero antes me escondieron, y un hombre de la ciudad me encontró y me llevó a San Francisco, donde permanecí hasta hace unos meses.

¿Y ella había pensado que Aisha era la única normal aquí?

France se echó a reír, vale, había vuelto a leer su mente.

—No hagas eso, France —advirtió Aisha.

—Solo me estaba divirtiendo —contestó la aludida.

—¿Entonces, tú también eres de la misma raza que ellos? —dijo señalando a France, que ya tenía claro que lo era después de hacer su fantástica aparición.

—Sí, pero aunque a ellos no les gusta oírlo, me siento más humana que otra cosa.

—Me alegra saberlo.

—Susan... no es nada malo pertenecer a otra raza —dijo France condescendiente.

En fin, obviaría eso.

—¿Ninguno sois humanos?

—Nora, Lidia y Ariadna, sí lo son. Sus compañeros y Tahiél, no.

Bien, no estaba sola.

—Y ahora vas a tener un hijo...

—Sí, según France es un niño, aunque yo ya lo sabía —dijo ante el rostro de incredulidad de la líder.

—No, no lo sabías. Lo intuías. Matiza. —France parecía ofendida.

—Bueno, eso.

Volvió a mirarla.

—Debido a los asesinatos de hace treinta años muchos de los hombres que murieron condenaron a sus mujeres, el vínculo funciona así. Si matan a sus lobos, ellos mueren y si matan a sus compañeras también. Ellas, las hembras, mueren poco después, les falta su otra mitad y se consumen.

Oh, mierda, eso era triste.

—No, no lo es —intervino France leyéndola de nuevo—. Lo triste es que antes éramos solo dos mujeres con este linaje; Liliana del clan de Storm y yo, y ahora somos tres, contando a Aisha. Y solo una de ellas va a ser madre. Yo no tengo compañero, tal vez aún no ha nacido ese idiota.

—Creí que estabas con Storm —admitió Susan.

—No, no he tenido ningún inconveniente en acostarme con él en el pasado, el tío es bueno en la cama. Pero ahora es diferente; no hay que mezclar el placer con los negocios. —France fue bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro.

Sintió una punzada tan fuerte en el corazón que creyó que se iba a descomponer allí mismo. Se llevó una mano al pecho.

—Pues sí que está pillada, sí —se apiadó France, recuperándose de lo que parecía una debilidad mal ocultada.

—Te lo dije— contestó Aisha—. Pero no era necesaria la información sexual, France.

—No... —comenzó a decir Susan.

—Y una mierda que no. Sé que te ha jodido que te lo soltase así. Pero era la única manera de saber hasta qué punto estás enamorada.

No podía contestar, si dijera que no, estaría mintiendo.

—Exacto —acordó France leyéndola.

—Ah... ¿Qué negocios? —No seguiría por ese camino.

—¿Es que no sabes nada?! ¿Ese idiota de Storm solo ha sabido follarte?  
—France parecía cabreada con la situación, o con Storm, no lo tenía muy claro.

—Ehhh... no voy a contestar a eso.

Aisha soltó una carcajada.

—La sutileza no es lo suyo, Susan.

—¡Aisha!, con sutilezas, como tú dices, no se llega a ninguna parte.

Ella resopló, tenía un buen lío mental.

—A ver... —France se pellizó el puente de la nariz—. Somos cuatro clanes los que nos unimos después del ataque del que te ha hablado, muchos de los nuestros murieron y decidimos...

—¿Por qué os atacaron?

—Otra bocazas como tú, Aisha. ¿Ella también tiene que ser mi amiga? Porque me parece muy estúpida, entre otras cosas.

—¡France! —gritó Aisha incorporándose de golpe—. ¡No insultes a la

gente!

—Ah, no. Es mejor pensarlo, como hacéis todos —ironizó para sorpresa de Aisha.

—¿Todos pensáis que soy estúpida?

—No, solo yo, los otros te aprecian. Qué capullos.

—Mejor termina de hablar y después te largas —dijo Susan cabreada.

—Ahora nos entendemos. Directa al grano, como a mí me gusta. Y no, no me iré a la mierda.

Aisha sonrió.

—No le veo la ventaja a eso de leer la mente.

—Ahora mismo yo tampoco —admitió France.

—¿Tú también puedes hacerlo? —preguntó desconfiada a su amiga.

—No, solo puedo leer la de Tahiél. Ella es la única que la lee, o debería decir la única que hurga, en la mente de todo el mundo.

—Eso es. —France parecía satisfecha.

—Bien, continúa para que pueda perderte de vista. —La mujer había abierto la caja de Pandora.

France bebió de su cerveza y se dio unos golpecitos en la barbilla con el índice.

—Ah, sí. Nos atacaron porque querían hacerse con el control de los pozos petrolíferos, tanto humanos como otros clanes. No lo consiguieron pero se perdieron muchas vidas. Desde entonces los cuatro líderes tomamos las decisiones en terreno neutral, y siempre poniéndonos de acuerdo democráticamente.

—¿Y quiénes son esos líderes?

—Neoh, Storm, Val y yo misma.

—¿Storm es líder de un clan?

—Eso he dicho...

—No conozco a Val.

—Subió al poder después de que Wallace...

—¿Wallace es también un líder?

—Humana, deja de cortarme, me estás cabreando.

—France, es normal que tenga curiosidad.

—Lo... lo siento. —Por nada del mundo quería ver a esa mujer cabreada, Storm la había advertido.

—Haces bien, Storm es un tipo listo además de guapo.

Soltó el aire. Se estaba cansando de que se metiera en sus pensamientos.

—Pues no pienses.

Perfecto.

—Bien, tú fuiste atacada. ¿Y no recuerdas quién lo hizo verdad?

Y ahora, ¿a qué venía eso?

—Recuerdo todo menos su rostro.

—Borrado selectivo.

¡¿Qué?!

—¿Podéis borrar la mente?

No le gustaba la idea.

—Sí. Das por hecho que fue uno de los nuestros...

—Lo sospecho por su complexión.

Wallace acudió a su mente.

—Wallace, no fue —dijo tan tranquila la líder.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ella lo sabe todo..., no preguntes —dijo Aisha con sarcasmo.

—Exacto. Y voy a aclarar el asunto para que puedas librarte de mí.

—¿Recuerdas haber visto a un tipo grande acompañando a Wallace cuando iban de copas a la ciudad?

—Sí, un tío con el pelo largo y casi blanco.

—Nikolás, ese fue el que te violó y después te dio una paliza.

Susan se tapó la boca.

—Pero, ¿por qué? —Su voz sonó ahogada y Aisha se sentó a su lado pasando un brazo sobre sus hombros, reconfortándola.

—Ansias de poder. Él sabía que Wallace practicaba sexo con mujeres de la ciudad y también sabía que le gustaba atarlas, así que te eligió a ti, eso fue aleatorio. Y después de lo que te hizo, supo que inmediatamente la culpabilidad recaería sobre Wallace. Nosotros nos haríamos cargo del resto, las normas son claras: no se puede tocar a una humana sin su consentimiento.

—Pues él lo hizo. —La rabia se estaba apoderando de ella.

—Y pagó con su vida.

—¿¿Qué?! —Susan la miró incrédula.

—France, espera. Lo de tomaros la ley por vuestra cuenta, no es algo que entendamos las recién llegadas a vuestro mundo —argumentó Aisha.

—Tonterías.

—Deja que yo le explique esta parte, France —pidió Aisha.



—Como se te ocurra adornarlo...

—No lo haré.

Se puso de lado y apoyó las manos en las rodillas de Susan.

—Verás, cielo. France supo que había sido Nicolás y fue a por él, pero Nicolás, al ver que no culpabas a Wallace, lo quitó de en medio.

—Fui a por él porque supe que acababa de matar a Wallace —rectificó France—. A ti te habían raptado por ser híbrida, te querían en su clan para que les dieras cachorros. Tahiél se encargó de ese tema.

Parecía que France aún tenía mucho que decir.

—¿Nicolás mató a Wallace? ¿France fue a por Nicolás? ¿Te secuestraron? ¿Híbrida?

—Sí, por lo que parece, uno de mis progenitores era de su clan, así que Wallace pensó que era su compañera y no entendió que yo lo era de Tahiél. Cuando al fin pareció entenderlo apareció su segundo en escena. Ese Nicolás me encerró en una celda en sus tierras.

—Pero Tahiél te sacó de allí.

—Sí, y también mató a Nikolas... —explicó Aisha.

—Robándome así toda la diversión —se quejó la líder.

—Entonces, ¿los dos están muertos? ¿Y ahora gobierna ese tal Val?

—Es un clan de idiotas, pero son manejables y nos viene bien tenerlos como apoyo en según qué circunstancias —apuntó France.

—Y ese sería un resumen de lo que somos —terminó Aisha.

No contesto, aún estaba asimilando lo que le habían contado.

—El resto se lo dejaremos para Storm —continuó su amiga.

—Si es que aparece...

Ella miró a France.

—¿Cómo?

# Capítulo 10

—Hace dos días que no sabemos nada de él —admitió Aisha.

—Yo tampoco lo he visto, pero creí que no quería verme.

—¿Discutisteis? —preguntó su amiga.

—Algo así. —No diría nada a las chicas hasta haber hablado con él.

—Las apariencias engañan, dale un poco de crédito a ese capullo de Storm.

Y ya había vuelto a leer su mente.

—¿De qué habláis?

France se levantó.

—De nada, Aisha —dijo guiñándole un ojo a Susan.

Eso le hizo gracia.

—Aparecieron unos hombres detrás de la cafetería y me hicieron preguntas sobre mi abuela. Ese tal Alv la conocía, lo cual me parece imposible ya que es demasiado joven...

—Deja que eso te lo aclare Storm —cortó France.

—Está bien. Pero ellos se quedaron allí cuando me fui.

—Perfecto, pueden haberlo cogido como prisionero.

—¿Qué?

Mierda. Y ella se había ido, dejándolo allí solo. Aunque dudaba que fuera de gran ayuda para él.

\*\*\*

Storm se despertó dentro de una habitación; un dormitorio enorme. Sus manos estaban atadas a una especie de arcón antiguo y su culo sentado en el jodido suelo. Podía desmaterializarse, así que no entendía por qué no lo estaban vigilando.

Uno de los hombres que acompañaban a Alv lo había noqueado; él estaba tan concentrado en darle una paliza a Alv y en lo que estaría pensando Susan, que no lo había visto venir. Se sintió un completo idiota por eso.

Intentó salir de allí, pero su cuerpo no respondía.

¿Qué coño? Tiró de las ataduras con fuerza.

—Sigue intentándolo, me diviertes.

Una chica rubia, de unos treinta años en apariencia; por lo que sabía, podía tener trescientos, lo miraba desde el exterior a través de una ventana. Estaba apoyada en el marco con los brazos cruzados por debajo de unos exuberantes pechos.

—Tú debes de ser Storm. Yo soy Kaira. Estrecharía tu mano, pero no creo que sea una buena idea.

—Sí, soy Storm, y ahora, ¿serías tan amable de decirme dónde estoy, Kaira?

Ella dibujó una sonrisa dulce. Era una mujer muy bonita. Pero nadie tenía los ojos de Susan, esos que le hacían buscar en su interior.

—Por supuesto. Estás en las montañas, cerca de Bergen.

Noruega, en donde había vivido con Helga.

Ese cabrón de Alv, ¿qué pretendía?

—Voy a entrar —anunció la chica antes de desaparecer de su vista.

El tirador de la puerta se abrió sin más, ni cerradura ni bloqueo alguno. Estaban muy seguros de que él no podía escapar.

—Ya estoy aquí.

Storm la miró de arriba abajo. Tenía un cuerpo de infarto, el top era corto y enseñaba el ombligo, que lucía un *piercing* en forma de corazón, los pantalones estrechos marcaban su esbelta figura. Aun así, no se sentía atraído por ella.

Ella lo rodeó a una distancia prudencial moviendo las caderas con cada paso.

—No voy a hacerte daño —anunció.

¿En serio? Eso lo hizo sonreír. Ni atado sería capaz de alcanzarlo.

—Ni yo a ti, no acostumbro a atacar a ninguna mujer.

—Me alegra saberlo, has debido de reformarte con los años.

—Nunca he hecho daño a una hembra siendo consciente de ello.

—No es eso lo que tengo entendido.

Ya lo imaginaba.

Ella no dejaba de caminar en círculos, al tercer pase dejó de seguir su trayectoria con la mirada, no iba armada y con solo las manos poco podía herirlo.

El ruido de sus tacones era una buena referencia, si se acercaba la vigilaría de nuevo. De repente sintió que algo tocaba su cuello y se giró.

—¿Qué haces?

—Tocarte —contestó enseñando su dedo índice—. ¿Has sentido algo?

—Sí, que me has tocado. —Era obvio.

Ella se plantó delante poniendo los ojos en blanco.

—Me refiero a si has sentido alguna descarga.

—No, ¿debería?

—Entonces no soy tu compañera, y mi trabajo ha terminado aquí —  
explicó caminando hacia la puerta.

¡¿Qué?!

—¿Cómo?

—Según mi tío, puedes tener varias compañeras y me dijo que lo  
comprobara. —No se volvió para hablar.

—¿Y quién cojones es tu tío? ¿Ese gilipollas de Alv?

Ella volvió a sonreír girando su rostro hacia él.

—Yo no lo habría catalogado mejor. Sí, él es mi tío. Y tú fuiste  
compañero de mi otra tía Helga, pero la mataste, así que no eres mejor que él.  
Aunque yo no la conocí, nació más tarde. Aun así, lo tuyo me parece muy  
rastrero.

Abrió la puerta.

—¡Espera!

—Qué —dijo girándose con voz cansada.

—Yo no la maté, ella tuvo un accidente en el mar.

—No es eso lo que cuenta Alv.

—Pues te aseguro que es cierto.

Ella se apoyó en el marco y volvió a cruzarse de brazos.

—Te voy a decir dos cosas: una —dijo levantando el índice—, en realidad  
mi tío es un idiota integral por hacerme hacer esto. Y dos: no te conozco,

¿por qué debería creerte? —. El dedo corazón siguió al otro.

—Por que estoy diciendo la verdad, deberías saberlo.

—¿Tengo cara de estar vinculada a alguien? No estaría aquí si así fuera. Por lo consiguiente, no, no puedo saber si mientes.

Mierda, ella no había desarrollado aún sus dones, eso solo ocurriría cuando se vinculase con un macho. Todo esto no le dejaba pensar con claridad.

—¿Tienes algún inconveniente en explicarme qué hago aquí?

Ella resopló.

—Tienes suerte de que Alv me caiga como el culo.

—Te escucho.

—Por lo que sé, estaba interesado en unas tierras en Alaska, imagino que tuyas. —Él asintió—. Pero encuentra más divertido usarte como ratón de laboratorio.

—No te jode... ¿Y eso sería?

—Conseguir que te vincules con alguna zorra de aquí. Así te tiene pillado por los huevos.

Vaya vocabulario se gastaba la chica.

—Si intentaras escapar, la asesinaría a sangre fría... y ya sabes lo que viene después —dejó caer a continuación.

Eso sería como vivir con la espada de Damocles sobre su cabeza continuamente.

—Que yo estaría condenado a morir.

—Exacto, no es que me guste la idea, eres mono, pero poco puedo hacer.

—¿Ayudarme a escapar? —probó.

—No puedo escapar ni yo, mucho menos te puedo ayudar a ti.

Se miró las manos. Pegó un tirón fuerte y rompió por fin las bridas. Pero seguía sin poder convertir su cuerpo en pequeñas partículas.

—Vaya, él dijo que esas correas eran muy fuertes...

—¿Qué es lo que me retiene?

Los dos oyeron voces y pasos acercándose.

—Pregúntaselo a él —dijo señalando con el pulgar por encima de su hombro —Yo tengo que irme.

—Puedo sacarte de aquí —dijo a la desesperada, necesitaba un aliado.

—No, no puedes. ¿Quieres un consejo? Esconde tus manos, no tienes poderes ni dones que usar, esa será tu mejor oportunidad.

Y dicho esto, desapareció cerrando la puerta.

Y una mierda, iba a lanzarse a abrirla cuando Alv se adelantó. Escondió las manos detrás, por precaución.

—Storm —dijo a modo de saludo—. Puedo deducir que no ha habido *feeling* con Kaira. Pero no te preocupes, tengo más candidatas.

—Eres un puto enfermo. ¡¿Cómo tengo que decirte que Helga murió en un desgraciado accidente?!

—Causado por tu culpa.

¡Joder! Eso ya lo sabía.

—¿Se puede saber qué pretendes? —No descubriría a Kaira, quería oírlo de su boca.

—Arrancarte cachorritos y después matarlos ante tus narices.

Sí, lo acababa de confirmar, el tío estaba como una maldita cabra. Y los planes eran más extensos de lo que su sobrina pensaba.



—¿Y qué solucionaría eso?

—Nada, supongo. —Se encogió de hombros—. Pero yo me divertiría viéndote sufrir.

No pudo más, se lanzó al cuello del hombre. Notó ciertas dificultades para moverse pero sus manos atraparon al idiota.

Alv sonrió y una descarga eléctrica recorrió su cuerpo con tanta fuerza que salió catapultado hacia atrás impactando directamente con una pared, trozos de madera volaron a su alrededor. Sacudió la cabeza y vio una taser en la mano de Alv.

—Ochocientos voltios, el doble de lo que aguantaría un humano, no está nada mal. —dijo Alv admirando su arma.

Intentó levantarse pero aún se sentía bastante aturdido.

—Bien —continuó—. Reunid a las mujeres.

Una fila de chicas pasaron ante él unos minutos más tarde, después de que volvieran a atarlo. Alv estaba sentado a su lado en el sofá y se aseguraba de que hubiera contacto con ellas mientras lo apuntaba con la taser.

Las mujeres lo miraban con acritud, probablemente sabían la versión de su líder sobre la muerte de Helga, y debían estar encomiándose a todos los dioses para que ellas no fueran las compañeras de un asesino.

Nada dio resultado, así que miró a su antiguo cuñado levantando una ceja. Si no había compañera, no habría niños que matar.

—Son todas las que hemos reunido, señor, no hay más —informó uno de los hombres que habían venido con Alv.

—Sabes que era una idea descabellada, ¿verdad? —intervino él.

Alv se levantó y se paseó por la habitación dándose golpecitos con la taser

en la cabeza. Y ahora se daba cuenta de que iba vestido como un soldado. ¿A qué estaba jugando? ¿Le había declarado la guerra a alguien?

—Señor...

—¿Qué?! —gritó haciendo que el hombre que acababa de entrar diera un respingo.

—¿Pueden irse las mujeres?

—Sí, pero enciérralas, quiero tenerlas cerca.

Maldita sea, era un puto dictador. Esa no era la manera en la que gobernaría un líder de su raza. En cuanto pudiera pondría remedio a eso, su linaje necesitaba libertad, no cadenas.

—Bien. Esto no ha funcionado —dedujo el lumbreras mirando a otro de sus hombres.

El hombre no movió ni un músculo de su rostro.

—Reúne a tus hombres y viajad a Alaska. Deberéis buscar a su compañera, Susan. Puede que esa sea la razón por la que esto no esté dando resultado. Matadla y volved.

Storm sintió que la sangre abandonaba su rostro. Se levantó y cargó contra Alv con todas sus fuerzas, haciendo que este perdiera el equilibrio y su cabeza golpeará la pared.

—Como uno de esos tipos toque un solo cabello de mi chica, vas a desear no haber dado esa orden.

Lo último que sintió fue otra descarga sobre su cuerpo, y dos más siguieron a la primera. Estaba perdiendo el mundo de vista.

# Capítulo 11

Ya sumaban tres días y nadie había visto a Storm, Susan se estaba volviendo loca. Había ido hasta su casa dos veces y, según Tahiel, el lobo de Storm estaba demasiado inquieto. Oyó comentar a los hermanos que ellos no podían estar separados de sus lobos por mucho tiempo, no entendió muy bien la razón. Pero era cierto que Ull no dejaba de rondar la casa y cercanías. La puerta de la casa siempre estaba abierta y el lobo entraba y salía a su libre albedrío. Dudaba que algún ladrón se aventurara a subir para robar, y después estaba el hecho de que encontrarse con un lobo del tamaño de Ull, debía ser suficiente como para disuadir a cualquier necio. Sin embargo, al lobo no parecía molestarle su presencia allí.

—¿Dónde estás, Storm? —preguntó a la nada en voz alta, sentada en el sofá.

No dejaba de pensar en la compañera de Storm, esa que tuvo y que, por lo visto, murió. Tal como la miró France cuando ella intentó sacar el tema, dedujo que él no había tenido nada que ver con su muerte. «Las apariencias engañan», había dicho la líder.

—Hola mamá —contestó cuando vio el número en la pantalla del móvil.

—Hola, nena. ¿Dónde estás?

Si le soltaba que estaba en casa de Storm, en las montañas, no lo iba a entender.

—He venido a ver a Aisha.

—Ah, ¿cómo se encuentra?

—Bien, ya casi no tiene nauseas.

—Dale un beso de mi parte —pidió su madre cariñosamente.

—Lo haré. ¿Querías algo?

—No, solo asegurarme de qué turno llevas para pasar a verte por la cafetería, si tú no vienes...

—Lo siento, he estado liada...

—Ya, pues vendremos nosotros.

—Está bien, estaré hasta las tres de la tarde.

—Bien. Hasta mañana.

—Adiós, dale un beso a papá.

¿Cómo podía haber olvidado que los martes iba a ver a sus padres un rato? Todos los acontecimientos vividos la estaban distraendo.

Tal vez era cierto que Storm debía estar solucionando sus asuntos como había dicho Neoh. Pero, ¿sin despedirse siquiera?

«Si no te hubieras largado de esa manera...», se recriminó a sí misma. Pero oír de la boca del rubio ese que Storm había matado a su compañera...

Perfecto, debería largarse. Tenía el número de teléfono de Storm, Tahiél se lo había facilitado. Había llamado un par de veces y nada. La casa estaba congelada pero había descartado encender la chimenea. Ull no tenía frío y allí no había nadie más. Cerró la puerta.

El gran lobo estaba tumbado sobre una alfombra y mantenía su mirada en la entrada, parecía esperar que de un momento a otro entrara su dueño, líder, amo..., o lo que fuera Storm para él.

Unos golpes la despertaron, ¿se había quedado dormida? Miró a Ull que no hizo ningún gesto. Eso solo podía significar que quien estuviera al otro lado de la puerta era alguien conocido. ¿Los lobos hacían eso?

Abrió con cautela; ya era tarde. Se encontró con un hombre alto de pelo

negro, casi rapado al cero, y una larga barba acabada en punta bien cuidada. Sus ojos negros parecían sonreír.

—Hola, tú debes de ser Susan.

—Sí, ¿te conozco? —Miró nerviosamente a Ull, pero seguía tumbado.

Maldito saco de pulgas.

—Soy Otto, amigo de Storm y su segundo al mando del clan.

Otro que no era humano, suponía.

—Hola Otto. Storm no está.

—Lo sé, acabo de recibir una llamada telefónica bastante inquietante, llevo un buen rato buscándote. Storm me ha pedido que me asegurase de que estabas bien.

Había empezado a nevar y los copos entraban arremolinándose en sus pies.

—¿Puedo pasar? El tiempo está cada vez peor.

—Oh, disculpa. —Se apartó para dejarle entrar—. ¿Me has estado buscando? —preguntó inquieta.

—Sí, y al final he caído en la cuenta de que podrías estar aquí.

—Storm, ¿está bien?

—Está en Noruega.

Sublime.

Se acercó a la cafetera pensativa, ¿se había ido de viaje, pero estaba preocupado por ella? ¿Necesitaba una niñera? ¿Desde cuándo?

—Ull, sal fuera.

Ella se giró mientras ponía café en un par de tazas de la cocina de Storm.

—¿Por qué lo estás echando?

—Hela, la loba de France lo está buscando, hay tensión sexual, se nota en el aire.

El hombre hablaba en serio. Ni una sonrisa asomó a su boca.

—Gracias por el café —dijo al ver que ella dejaba una taza delante de él —. Por favor, toma asiento, tenemos que hablar.

—Sí, eso creo. ¿Qué hace Storm en Noruega? Yo... creí que le había pasado algo. —No pudo evitar sonar furiosa.

—Créeme, no ha sido voluntario. Siempre ha tenido problemas con Alv.

—Eso sospechaba...

—Me ha llamado una tal Kaira desde Bergen. Me ha dicho que Storm está preso y que debería ayudarlo.

Ella se puso de pie.

—¿Y qué haces aquí? ¿No deberíamos hacer algo?

—Estás en peligro, por eso te estaba buscando.

—¿Yo?

—Esa mujer me ha dicho que te protegiera, no sé la razón. Storm debe de estar en un buen lío si él, personalmente, no puede hacerlo.

Cogió su teléfono móvil para llamar a Aisha, tal vez Tahiél y sus hermanos podían ayudar.

—Espera, no creo que Storm esté de acuerdo con eso —dijo Otto adivinando sus intenciones.

—¿Tú puedes desplazarte...eh, desplazamiento molecular? —preguntó recordando las palabras de Storm.

—No estoy vinculado. —El hombre parecía avergonzado.

—Tienes un lobo...

—Vinculado a una hembra —aclaró.

—Ahhh.

—Niña, esa pregunta es ofensiva e inapropiada, además de una falta de respeto —espetó France que acababa de aparecer sentada en el sofá como si fuera la dueña de la casa.

—Oh, lo siento. —Miró a Otto—. No pretendía...

—No te preocupes. Si hablamos de faltas de respeto, France se lleva el premio gordo.

—Idioteces —contestó la aludida atusándose su larga melena negra—. Ponedme al día.

—Esto no te incumbe —soltó Otto levantándose.

—Oh, sí lo hace. Storm está bloqueado en alguna parte, eso puedo intuirlo.

Susan cayó en la cuenta de que France podía desplazarse y, que ella supiera, no estaba vinculada. ¿También sería una falta de respeto si preguntaba?

Ull entró soltando pequeños quejidos y mirando a la mujer, en sus ojos había rabia. Pero France ni se inmutó.

—Te dije que dejaras en paz a Hela, hay otras lobas para montar, maldito tarado —atacó la loca.

—¿Cómo sabes eso?

—Fácil, los he visto ahí afuera en pleno desenfreno sexual.

Susan puso los ojos en blanco.

—Que cómo sabes que Storm está bloqueado.

—Ah, eso. Porque puedo sentirlo.

—¿Y no lo has hecho hasta ahora?

—No me había concentrado lo suficiente, podría estar por ahí tirándose a cualquier fulana.

Esas palabras la atravesaron como un cuchillo.

—¿Y por qué puedes sentirlo?

¿Porque se había acostado con él anteriormente?

—¿Vas a dejar de hacer preguntas y explicarme lo que pasa?

Otto le explicó lo de la llamada de la tal Kaira.

—¿Bergen? Él vivió allí durante un tiempo —puntualizó la líder cuando el hombre terminó de hablar.

—Eso ya lo sé —dijo Otto.

—Pues yo no...

—Susan, créeme, ahora no es el momento —apuntó Otto.

Tenían razón, ¿y qué podían hacer?

—Acabo de cargarme a tres tíos a unos cuatro kilómetros de aquí. Eran noruegos, estoy segura de que venían a por ti —espetó France mirándola.

—¿Quieren hacer daño a Storm a través de mí?

—Eso parece —afirmó.

—Por eso Storm hizo que esa chica llamara —añadió Otto.

\*\*\*

Atado como un perro, así estaba Storm dentro de esa habitación, una cadena le daba cierta movilidad pero no podía ir muy lejos.



Estaba aún intentando discernir qué era lo que le impedía utilizar sus dones. Alv y sus hombres también iban y venían andando, por lo consiguiente, ellos también estaban impedidos. Alv tenía compañera y aun así, no los usaba.

Había plomo en algún lugar, pero no podía sentirlo. Las cadenas no eran. Ese metal era el único que podía dejarlo sin sus poderes.

Pensó en Susan, esperaba que el mensaje que le había dado a Kaira llegara a tiempo hasta Otto. Tal vez podía apartar su orgullo a un lado y dejar que los hermanos del otro clan la protegieran. Maldita sea, era él el que debería estar a su lado.

Kaira venía de vez en cuando, la chica no estaba de acuerdo con las locuras de su tío y había accedido a ayudarlo si ella también se podía largar de allí. Al fin la había convencido. Era una buena chica, a pesar de llevar los genes de Alv.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí? Cada vez estaba más debilitado. La distancia y esta mierda de lugar habían roto el vínculo con su lobo, no aguantaría mucho más. En su piel ya se apreciaban los cortes, la sangre pugnaba por abandonar su cuerpo. Esta sería una muerte lenta y dolorosa.

En su linaje, solo dos razones los mantenían con vida, sus lobos y sus compañeras, y él no tenía ni lo uno ni lo otro cerca.

—Joder, estás hecho una mierda.

La voz de France lo sacó de sus pesimistas pensamientos.

—¿Cómo coño has entrado? —Storm se sorprendió de verla allí tan tranquila.

—Por la puerta grande como siempre.

France nunca cambiaría.

—Me alegra verte.

—A mí no, das asco, la verdad.

—Gracias, ¿serías tan amable de explicarme por qué no te afecta lo que sea que haya aquí?

La mujer puso los brazos en jarras y se inclinó hacia delante dándole un buen vistazo de su escote.

—Hay muchas cosas de mí que nadie sabe y por mí, puede seguir así.

Maravilloso.

—¿Le llegó el mensaje a Otto? —cada vez estaba más cansado.

—¿Por qué sino iba a estar aquí? Esto apesta —dijo haciendo una mueca.

Perfecto, France era France.

—¿Quién es esa que viene por ahí? —cuestionó la mujer mirando por la ventana.

No se levantó del suelo. Pero supo de quién hablaba.

—Debe de ser Kaira. La sobrina de Alv.

—Bonito ejemplar.

France nunca hacía ascos a nada, igual le podía gustar una hembra que un macho.

—Bien, ahora podemos irnos —apuntó solo en caso de que France hubiera olvidado cuál era su objetivo en Bergen.

—¿Me la puedo quedar?

—¿A Kaira? No sé, pregúntaselo a ella. Me ha pedido volver conmigo a Alaska.

—¿Y cómo coño pensabas hacer eso?

No contestó. No tenía ni la más remota idea de cómo lo habría hecho, pero su orgullo de macho le impediría decirlo.

—Oh —dijo una sorprendida Kaira al entrar.

—Hola, preciosa —dijo Storm—. Esta es France, de Alaska. —Miró a France—. Ella es Kaira.

—Me gusta cómo vistes —soltó Kaira.

—Bien, puedo llevarte de compras algún día...

—Chicas... —advirtió.

Si se ponían a hablar de moda terminaría ahorcándose con la puta cadena.

## Capítulo 12

—Mi tío va a volver de un momento a otro.

—Lo sé, ella nos sacará de aquí —dijo señalando a France con la barbilla.

—¿Y qué obtengo a cambio? —inquirió la aludida.

—¿Podemos hablarlo más tarde? —respondió a su vez.

—¿A ti no te afecta el entramado? —preguntó Kaira.

—¿Es un entramado lo que nos tiene impedidos? —cuestionó él.

—Sí, hay un ingeniero que inventó la manera de mantener a los prisioneros en este lugar sin tener que vigilarlos continuamente.

—¿Plomo? —preguntó aun sabiendo que era de eso de lo que se trataba.

—Por supuesto.

—Qué cabrones.

—¿Dónde? —preguntó France.

—Bajo tierra y unos finos hilos, casi invisibles, sobre nuestras cabezas.

—Tenemos que atravesarlos para salir —afirmó Storm.

—Sí —dijo haciendo una mueca.

—Esto va a doler. ¿De verdad quieres hacerlo? —preguntó a Kaira.

—Sí, prefiero eso a quedarme, hay cosas que no sabes sobre mi tío. Las mujeres aquí sufren el despotismo de los machos.

—Lo sé. —Esas mujeres estaban aterrorizadas de él y de Alv.

—A ti no te ha afectado... —dijo Kaira.

—No, hay pocas cosas que lo hagan, no soy ninguna humana enclenque.

—Joder, France, se refiere al plomo.

—¿Ves alguna herida en mi cuerpo?

*Touché.*

—Ahí vienen —anunció Kaira nerviosa.

—¿Puedes soltar a las mujeres? Están encerradas en alguna parte —pidió Storm.

—Eso ya lo he hecho antes de entrar aquí, percibía su sufrimiento.

Él sabía que a pesar de su actitud, France ayudaba siempre que podía.

—Deberíamos partir ya —avisó Kaira mirando por la ventana.

—Os puedo cubrir el rostro, pero el resto de vuestros cuerpos sufrirá —advirtió France.

—De acuerdo —dijo Kaira.

—Vamos quítate esa cadena, te ves patético.

Maldita France, sabía que no podía hacerlo, pero incluso en estos momentos tenía que cachondearse de él.

—Sabes que no puedo, mujer.

France soltó una carcajada que debió llamar la atención de Alv ya que oyó a los hombres correr hacia ellos. Las cadenas cayeron al suelo con solo un movimiento de su mano.

France abrazó a Kaira contra su pecho y plantó su cara contra uno de sus senos. Hizo lo mismo con él. Bonita forma de cubrir sus rostros. Se disolvieron en partículas justamente cuando Alv entraba por la puerta, lo último que él y los hombres debieron oír fueron las carcajadas de la tarada de France.

Un dolor inmenso atravesó su cuerpo, parecía que le estaban arrancando la

piel a tiras, tal vez no era solo una sensación. Kaira gritó.

\*\*\*

—¿Entonces, según France, nosotros somos el plan B?— preguntó Neoh contrariado.

—Eso ha dicho —aclaró Otto—. También dijo que la esperaríamos aquí.

—¿Qué es este lugar?— preguntó Susan.

—Es donde hacemos nuestras asambleas —contestó Elián.

Se habían reunido los cuatro hermanos, Otto y ella. Y un tipo llamado Val de otro clan, el que había nombrado France.

—¿Desde cuándo recibimos órdenes de esa loca? —cuestionó Val.

—Desde que uno de los líderes está en peligro. Ella se ofreció a ayudar.

—No preguntó, simplemente se fue —apuntó Elm desganado.

—Ella es así —dijo Elián—. Es difícil que cambie.

—También soy líder y no creo que lo hubiera hecho por mí —expuso Val.

—Ni yo. —Se carcajeó Elián que se ganó una mirada de desaprobación de su hermano mayor Neoh, el líder de su clan, según tenía entendido.

¿Por qué Aisha no había confiado en ella para explicarle esto?

De repente un grito de mujer rasgó el aire y France cayó de pie en el centro de la gran sala con Storm a un lado y una chica rubia al otro, los dos se desplomaron al momento y un charco de sangre apareció bajo sus cuerpos.

—Mierda. —Neoh fue el primero en reaccionar y corrió hacia ellos, los demás los siguieron.

—Fue el plomo —informó France levantando el cuerpo de la chica y acunándola contra su pecho.

Tenía los brazos y las piernas en carne viva y se había desmayado. Storm estaba mucho peor, y estaba perdiendo mucha sangre.

—Storm —susurró agachándose a su lado, tenía los ojos cerrados y apenas respiraba.

No quería tocarlo y hacerle más daño, pero acarició su mejilla que parecía no haber sufrido como el resto de su cuerpo.

—Susan, deja que me ocupe de él —pidió Neoh apartándola suavemente.

Él iba a morir, ninguna persona podía superar haberse quedado prácticamente sin piel, las infecciones invadirían su cuerpo, solo su rostro parecía intacto. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras dejaba paso a los hombres.

—Quiero a todo el mundo asegurado aquí —ordenó Neoh.

—Otto, asume tus funciones y reúne a tus hombres —ordenó a su vez Elián, su tono era de preocupación —.Val, trae también a tu clan.

—Yo reuniré a los nuestros y traeré a nuestras compañeras —Se ofreció Elm.

Elián asintió.

—Todos los lobos también deberían estar aquí.

—No hay problema —aseguró Tahiél.

—Susan, síguenos —advirtió Neoh cargando a Storm en sus brazos sin apenas esfuerzo—. Que alguien busque a ese tarado de Helios.

France iba delante con la chica también. Pasaron por al lado de unos tronos semejantes a los de los reyes europeos, y apartaron unas grandes

cortinas justo detrás.

Un largo pasillo polvoriento dentro de una especie de cueva los estaba adentrando en la profundidad, ¿estaban bajo tierra? Olía a moho y sus zapatos hacían el ruido característico de pisar piedras sueltas. ¿Adónde iban? Storm necesitaba atención médica y la chica también. ¿Quién era ella?

Accedieron a una cámara con cuatro montículos de roca que parecían imitar unas camillas, tanto Neoh como France depositaron a los heridos en las dos más cercanas a la entrada, y empezaron a encender velas e incienso.

¿En serio? No habían avanzado en el tiempo ni un poquito.

—Aquí lo tengo —Un hombre joven llevaba agarrado de la pechera a un hombre que parecía un mendigo, la capucha no le dejaba ver bien su rostro, pero una larga barba rubia asomaba por debajo. Olía a alcohol. Y llevaba una especie de capa larga hasta los pies.

—Helios, haz tu magia, están muy graves —Ordenó de nuevo Neoh.

—¿Quién es? —preguntó alterada.

—El curandero —aclaró France—. Aunque no lo parezca.

¿Y no era eso inquietante?

—¡Está borracho! ¿Os habéis vuelto locos? Ellos necesitan un médico urgentemente —estalló.

Nadie hizo caso de sus palabras.

—A él lo ayudaré, a ella no. —La voz rota del hombre de la capucha resonó ahí adentro.

—Te arrancaré los huevos o lo que sea que escondes ahí debajo como no la ayudes, ¿entendido? —amenazó France.

—No pertenece a estas tierras.



—Ahora, sí. No me lo hagas repetir.

El curandero se quitó la capucha dejándola caer sobre sus hombros. No era mayor tal como había pensado, debía tener unos treinta años. Su cabeza afeitada, y llena de intrincados tatuajes, brillaba a la luz de las velas.

—Vaya, parece que alguien tiene un nuevo juguete —intervino Val.

—No te importa. —France estaba realmente cabreada.

—Salid. —¿El curandero acababa de echarlos a todos?

Todos empezaron a desfilarse de vuelta a la gran sala, ella no se movió.

—Vamos, Susan.

—Yo me quedo con Storm.

—No puedes —aseguró Neoh.

—Oh, sí. Lo voy a hacer.

No quería separarse de Storm, que a pesar de ser un hombre grande se veía vulnerable sobre esa roca. El aire estaba empezando a impregnarse de diferentes fragancias y la garganta había empezado a picarle.

—Obedece, humana. —El curandero ni siquiera se giró para mirarla.

—Ven. No puede ayudarlos si estamos aquí.

Se dejó llevar y Neoh cerró una cortina negra dejando a Storm a merced de ese borracho.

—¿Cómo puedes hacer esto? ¿Has oído a ese tío?

—Shhh, no grites. El alcohol no nos afecta, no está borracho —aclaró Otto cogiéndola del brazo.

Ni siquiera esas palabras consiguieron dejarla tranquila. De repente un grito hizo eco en la cueva. Y ese era su hombre.

—Oh, Dios mío.

Se giró para volver corriendo, pero los hombres se lo impidieron.

—Se pondrá bien —aseguró Neoh, pero le vio cruzar una significativa mirada con su hermano Elm.

Cuando salieron del pasillo la obligaron a sentarse en uno de los tronos, France, Neoh y Val ocupaban los otros tres. Ahora estaba lleno de gente, todo hombres, y una sección de los que estaban sentados en una especie de gradas se levantó, y mirándola, inclinaron sus cabezas en señal de respeto. ¿A ella?

—¿Pero, qué...

—Eres la compañera de Storm, y ellos te aceptan como tal —explicó Neoh a su lado.

—Deberías saludarlos —advirtió France, que parecía menos cabreada.

—Solo levántate y haz lo mismo —aleccionó de nuevo Neoh.

—Esto es ridículo... —Se cortó al ver la ceja levantada de Neoh —. Está bien.

Salió de ese trono e imitó a los que la habían saludado. Se sentía como una completa idiota.

—Yo no soy la compañera de Storm —siseó en dirección a Neoh sentándose de nuevo.

—Sí, lo eres —afirmó France ceñuda.

Tenía el oído fino la mujer.

—Sí, aparte de otras maravillosas aptitudes.

—No empieces...

¿Por qué seguía haciendo eso de leer su mente?

—Lo que tú digas.

De repente dio dos palmadas en el aire y se levantó, haciendo que ella diera un respingo.

—Después de lo que ha pasado hoy, puedo aseguraros que va a empezar una guerra entre nosotros y el clan noruego —clamó dirigiéndose a las gradas.

Varios hombres cerraron sus puños, no había ninguna mujer entre los asistentes. Sí, había una sentada enfrente de ella.

—¿Dónde están las mujeres?

—No hay. Murieron hace unos años.

Debió ser en el ataque que le había contado France. Se giró pero solo pudo ver la gran cortina que ocultaba el pasillo para llegar hasta él.

—Enseguida sabremos algo, no te distraigas —advirtió Neoh.

Elm apareció con Nora, Ariadna y Lidia.

—¿Y Aisha y Tahiél?

—En su estado no puede viajar... a nuestra manera, enseguida llegarán.

Necesitaba ver una cara amiga, necesitaba a Aisha.

—Los enfrentaremos, ellos atacaron a Storm, vuestro líder— anunció señalando al grupo de unos veinte hombres, los mismos que la habían saludado.

Neoh también se levantó.

—Ese clan boicoteó nuestras instalaciones, haciendo que se perdiera una buena parte de nuestro crudo. Defenderemos lo que es nuestro.

Los hombres vitorearon, pero no todos. France y Neoh se giraron a mirar a Val.

—¿Tienes algo que decir? —inquirió el líder.

Val se levantó.

—Ni Storm es nuestro líder, ni tenemos pozos de petróleo, ¿por qué debería llevar a mi gente a una guerra?

Neoh endureció su rostro y France le lanzó una mirada que podría atravesar el acero.

—Porque os unisteis a nosotros. —Empezó a decir Neoh—. Os ayudamos a salir de la miseria después de los ataques, también os habéis beneficiado de nuestros pozos...

—... Y sobre todo porque hicisteis un juramento —terminó France que ahora volvía a estar furiosa—. ¿Es que no hay nadie con dos dedos de frente en tu clan? Primero Wallace, después Nikolás, ¿y ahora tú?

—No insultes a mi linaje.

—Pues compórtate como un líder y demuestra tu valía. —La mujer no se achantaba ante un tipo lleno de músculos, pero a Susan ya nada le sorprendía.

Los lobos se movían inquietos entre los hombres. Parecían querer enfrentarse unos con otros.

—¿Dónde está Ull? —preguntó en voz baja a Otto, que permanecía de pie detrás de ella.

—Con Storm —contestó, y en sus ojos vio la preocupación por su líder.

—¿Cuándo podré ir a verlo?

—Cuando el curandero nos lo haga saber.

Mierda, y esos seguían discutiendo.

# Capítulo 13

El dolor había desaparecido, Storm abrió los ojos y en seguida reconoció el lugar. En todos los años que había vivido, y eran muchos, nunca había necesitado estar aquí.

Recorrió con la mirada su cuerpo, estaba lleno de una especie de cataplasmas, olía a hierbas frescas y también refrescaban su cuerpo. Un movimiento a su izquierda llamó su atención.

—Helios...

—Storm, no te muevas, estás sanando aún.

La lúgubre voz del sanador sonó estrangulada.

Miró a su derecha y vio a Kaira, ella no tenía nada sobre su piel, y parecía estar sufriendo.

—¿Está muy mal?— preguntó arrastrando las palabras.

—Está muriéndose.

—¿No puedes hacer nada por ella? —Tenía la garganta seca.

Helios no contestó, puso una mano en su nuca y le ayudó a beber un mejunje de lo más agrio.

—Esto te ayudará en tu recuperación.

—Helios...

—No, no voy a hacer nada por ella...

—Ella me ayudó. Te pido que lo hagas por mí.

—No.

Storm sabía que el curandero odiaba a los otros clanes, los hacía culpables

de las muertes de sus familiares.

—Ella es una chica joven, en la flor de la vida. No tuvo nada que ver...

—He dicho que no haré nada por esa hembra, que se pudra en el infierno, no me importa.

¡Joder!

—¿Sabes lo que te ocurrirá si yo muero? ¿O no sano bien?

Que alguien arrancaría su maldita cabeza.

—Tú no vas a morir.

—No, pero no querrás que un líder quede lisiado de por vida, ¿no?

Él tenía a Susan, por nada del mundo iba a dejar una curación a medias, quería una vida eterna con ella, con su compañera, con la completa facultad de sus capacidades, y no dejaría sufrir a Ull tampoco. Pero eso Helios no tenía por qué saberlo.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer eso?

Empezó a levantarse, varios trapos de los que cubrían su cuerpo cayeron al suelo.

—Eh, eh, eh. Espera.

—¡Haz algo por ella! —gritó forzando la voz.

Helios miró a la chica e hizo una mueca.

—Está bien.

Al cabo de lo que debió ser una media hora, ella también lucía como una jodida momia.

—Gracias, se llama Kaira y tiene aún mucho por lo que vivir —dijo con la voz más modulada.

Helios no contestó por lo que parecieron unos largos minutos.

—¿Crees que no sé lo de tu compañera? No te hagas la víctima. Esa humana ha estado despotricando y pidiendo un médico humano; una bonita manera de ofenderme.

—Entonces, ¿ella está bien?

—Si estar bien significa insultar al curandero, sí, está bien.

Storm sonrió; Susan parecía tímida, pero, por lo que parecía, sacaba las garras cuando era necesario.

—¿Puede entrar?

—No.

—Pero...

—No voy a ceder en esto. Me gusta trabajar sin curiosos alrededor, tengo que cambiarte las hierbas y me temo que las de esa —señaló a Kaira con la barbilla peluda—, también. Te estás regenerando. En unas horas podrás levantarte.

Toda una espectacular frase larga para tratarse de él.

—Está bien.

\*\*\*

—¡Aisha!

—¡Susan! No sabes cuánto me alegra verte aquí.

Se abrazaron y se sentaron en las gradas, ella no pintaba nada sentada en un trono y simplemente se fue, a pesar de los rostros severos de Neoh y France.

—Ya sabéis cuáles son vuestras cámaras, hay sitio de sobras, nadie saldrá

de aquí sin el consentimiento de uno de los líderes —decretó Neoh en aquél momento.

—¿De qué está hablando? —preguntó no queriendo saber la respuesta,

—Por lo que me ha explicado Tahiel, desde que los pillaron por sorpresa en el último ataque, decidieron acondicionar este lugar, hay un intrincado pasillo lleno de cuevas convertidas en habitaciones. Es difícil acceder desde fuera.

—Pero, ¿y mi familia?

—No te preocupes, he llamado a tu madre y le he dicho que te recogería de la cafetería para ir de compras.

Susan soltó el aire.

—¿Ellos, pueden estar en peligro?

—No, las guerras entre clanes nunca han llegado hasta los humanos, a no ser que ellos decidan ir contra los hombres de las montañas, como ocurrió en el pasado.

Se tocó la frente.

—Explicame cómo me he visto involucrada en esto, porque te juro que no lo entiendo. Estos locos dicen que soy la compañera de Storm.

Aisha cogió sus manos.

—Lo eres, según parece.

—Pues claro que lo eres —intervino Ariadna.

—Sin duda —dijo Nora.

—¿Y en qué os basáis?

—En cómo te miraba la noche de las explosiones —decretó Lidia como si se tratara de ciencia pura.



La misma noche que descubrió lo que era él. Bien, había mucho por demostrar aún.

—No han querido llevarlo a un médico...

Su amiga la miró con ternura.

—¿Te imaginas lo que pasaría con ellos si un médico descubre lo que son?  
—preguntó Aisha.

—Se convertirían en monos de feria, lo entiendo. —Pero ver a Storm en carne viva...

Levantó la cabeza para mirar hacia la cortina por enésima vez y sus ojos se cruzaron con los del curandero.

—Voy a preguntarle a ese loco —anunció levantándose.

Caminó entre la gente y subió las escaleras que conducían a los tronos, pasó entre ellos y llegó hasta el tal Helios.

—¿Cómo está? —preguntó a bocajarro, el hombre le caía mal.

—Vivo.

«Idiota».

—Puedes pasar la noche con él, mañana estará mejor.

¿Mañana?

—Tiene heridas muy graves...

—No subestimes a nuestra raza, humana. Tenéis mucho que aprender de nosotros.

Resopló mientras lo seguía de vuelta al lugar donde había visto a Storm por última vez.

Tenía un cosquilleo en el estómago, las ganas de saber de él empezaban a ahogarla y para su vergüenza, las lágrimas pugnaban por volver a salir. Él

debía estar sufriendo.

—Te daré algunas directrices para que cuides de él, ¿crees que podrás hacerlo?

—Podría ser que mi intelecto no diera para tanto, explícamelo despacio, solo por si acaso— contestó completamente cabreada.

El curandero se giró para mirarla mientras abría la cortina y de repente una risa profunda llegó a sus oídos. ¡Era Storm! Y se estaba riendo, eso era una buena señal, ¿no?

—Te está bien empleado, Helios. Tratas a los humanos como si fueran idiotas. Procura no hacerlo con Susan en adelante. —La última frase sonó bastante cortante.

—Olvídame. —El hombre parecía un tanto ofuscado.

Observó a Storm y se maravilló, parecía estar muy recuperado, aunque su cuerpo estaba lleno de alguna especie de barro. Ull, estaba tumbado en el suelo, a un lado de la roca que sostenía al hombre.

—¿Cómo...

—Ven aquí, temía por ti —confesó él.

Se acercó y tocó su mejilla. Si dejaba ir una sola lágrima no podría parar de llorar.

«¿Estás segura de que no te has enamorado? Porque luces bastante patética». Se dijo a sí misma.

—Eh, nena. Estoy bien, no...

—Lo siento, supongo que no esperaba encontrarte así, quiero decir...

—Bésame.

—¡Un momento! Tengo que salir de aquí —soltó el curandero bastante

alterado.

¿Qué le pasaba a ese capullo?

Se acercó a sus labios y lo besó, un beso suave, no queriendo incomodarlo.

—Helios, explícame lo que tengo que hacer y después puedes ir a insultar humanos —dijo alto y claro en cuanto se separó de Storm.

El hombre se giró y sin mirarla se inclinó sobre una mesa pequeña.

—Tienes que cambiar las cataplasmas cada hora, la amasas y se la pones; las usadas, puedes ponerlas aquí. —Le mostró un cubo—. No las tires al suelo, podrías mancillar la cueva.

Ella levantó una ceja, allá él con sus divagaciones.

—¿Y la chica? —preguntó.

—¿Vas a hacerte cargo de ella también?

—¿Crees que podré? —La ironía impregnando su voz.

Este hombre estaba sacando lo peor de ella.

—Exactamente igual, es importante que pongas aquí...

—Las usadas. —Terminó por él—. Lo he pillado, curandero. No parece muy complicado.

El hombre se giró, y salió tan rápido que la cortina voló hasta casi tocar el techo.

—No se lo tengas en cuenta... —dijo Storm.

—No lo hago, pero debería cortarse un poco.

—Bueno, no le ha venido mal un poco de su propia medicina.

—No.

—Se nota que estás acostumbrada a tratar con personas de toda clase.

Miró a la chica en la otra roca, era muy bonita y... aún no había vuelto en sí.

—¿Quién es?— preguntó a Storm.

—Es la sobrina de Alv, el rubio que viste detrás de la cafetería. Se llama Kaira.

—¿Pero ella no es de su clan?

—Me ayudó, estaba harta de la esclavitud a los que los tiene sometidos su líder.

—¿Confías en ella?

—Sí, Kaira sabía por lo que iba a pasar si escapaba, aun así lo hizo.

—Ya veo. Llegasteis muy mal heridos.

—El plomo nos afecta, nos deja sin poderes. Cuando France nos sacó de allí tuvimos que atravesar un entramado de ese metal.

—¿A France no le afecta?

—No, en su clan tienen muchos secretos, empiezo a pensar que son más fuertes que todos nosotros, además tienen todos sus poderes, tengan compañero o no.

—Si no tienen compañero, no los tienen. Otto me lo ha explicado, más o menos.

—Exacto.

—Pero tú sí tienes todos tus poderes, ¿verdad?

—Sí.

Él apartó la mirada, parecía estar muy lejos. Imaginaba que recordando o tal vez pensando en cómo debía contar su historia.

# Capítulo 14

Storm se transportó a aquél nefasto día.

—Helga era mi compañera, pertenecía a las tierras frías, exactamente vivía en Bergen, Noruega. En uno de mis viajes la conocí y tuve todos los síntomas, mis poderes se desarrollaron y podía leer su mente, me enamoré de ella. Mi familia estaba aquí, así que nos desplazábamos a menudo a Alaska. —Los acontecimientos se agolpaban en su mente—. Alguien atacó al lobo de uno de mis hermanos y él murió. Mi madre estaba destrozada y cuando mi padre vino a verme, ya que yo vivía la mayor parte del tiempo con ella, decidí volver para estar al lado de mi familia en esos momentos tan duros.

—¿Ella era de vuestra raza?

—Sí.

—Continua —susurró.

—Estaba embarazada.

—Oh, lo siento.

—No podía hacer un desplazamiento molecular debido a su estado y yo tenía prisa por estar con los míos. Así que decidimos que yo volvería en unos días, pero ella quiso seguirme y se escapó del cuidado de su familia. Convenció a un navegante para que la dejara en nuestra costa, pero el barco naufragó a pocos kilómetros de su tierra.

—Dios mío...

—Su cuerpo apareció una semana después en una playa. Creí volverme loco, tenía la esperanza de que el hombre se hubiera desorientado en el mar, y que por eso no aparecían en ninguna de las dos costas, pero no fue así.

—Debió ser muy duro para ti.

—Lo fue, nunca llegué a conocer a mi hijo. Ya teníamos nombre para él, se llamaría Tollak. A ella le gustaba.

—¿Y si hubiera sido niña?

—Ese lo hubiera elegido yo. Me gustaba Ylva, significa loba en noruego.

Ella acarició su rostro con el dorso de la mano, se veía triste.

—¿Has dicho que tu hermano murió porque atacaron a su lobo?

Storm cerró los ojos, su hermano Ash, había sido un muchacho alegre, siempre dispuesto a ayudar a los demás, era el más abierto de sus hermanos. Y todos ellos murieron treinta años antes.

—Habrás podido comprobar que todos tenemos un lobo, ellos son de vital importancia para nosotros, en toda la extensión de la palabra —La miró—. Están vinculados a nosotros desde la niñez, ellos nos encuentran a nosotros y nunca más nos separamos, si ellos mueren nosotros también y al revés. Ull y yo nos conocimos cuando yo tenía cuatro años.

—Pero...

—Susan, somos una raza inmortal.

—¿En serio? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Totalmente, en teoría podemos vivir sin pareja pero tenemos a alguien que es nuestra compañera de vida y cuando el vínculo se completa nada puede romperlo. Y pasa lo mismo que con los lobos, si un compañero muere su pareja le sigue a los pocos días.

—Me alegro de que sigas aquí entonces...

—No es voluntario, Susan. Ni siquiera sé porque no seguí a mi compañera. He estado todo el tiempo preguntándomelo. Hace poco caí en la cuenta de algo. Mi madre me habló una vez de un familiar lejano que había

tenido más de una compañera, quizás sea un desorden genético o tal vez, no. Lo estoy comparando con una familia en la que nacen gemelos, los descendientes tendrán la posibilidad de que nazcan otros gemelos, pero no siempre es así.

—Entiendo.

Los dos se quedaron pensativos.

—¿Cuántos años tienes?

—Setecientos aproximadamente, no hay ningún registro. Ull tiene los mismos, creo.

Ella cogió un taburete y se sentó por fin. Estaba seguro de que si agudizaba su sentido del oído podría oír los engranajes en su cabeza, porque aunque podía leer en su mente, no lo haría.

—Vaya...

—Sí, todo un vejstorio.

—No lo aparentas, si eso te sirve.

Él se rio.

—A los treinta años dejamos de envejecer. Eres mi compañera y si cerramos el vínculo, tú también dejarás de hacerlo.

—¿Y si no lo soy?

—Te puedo afirmar que sí lo eres.

—¿Tan seguro estás?

—Leí tu mente.

Ella resopló.

«Bueno en algún momento tiene que dejar de creerte», pensó abatido.

—¿Tú también?

Eso no se lo esperaba, pero si lo recordaba bien, Susan se lo había pasado genial cuando la transportó de un lugar a otro de Europa. A veces tenía la impresión de que ella aceptaba lo que le explicaba o lo hacía gracias a las historias de su abuela.

—¿Alguien más ha leído tus pensamientos?

—Sí, France. Todo el tiempo.

—Le voy a partir el cuello, maldita zorra tarada.

Ahora fue ella la que se rio, una risa musical que encandiló sus oídos.

—No es para tanto...

—No debería invadir tu mente.

—Lo sé, pero supongo que lo hace para molestarme, no me cae tan mal, después de todo, te ayudó.

—Sí, puedo incluso darle las gracias.

Ella sonrió y miró a Kaira.

—¿Puedo preguntarte algo? Después te dejaré descansar.

—No estoy cansado, podría levantarme y llevarte de nuevo a Florencia.

—Oh, no, no lo harás, tienes que recuperarte —dijo frunciendo su bonita frente.

—Está bien. ¿Qué quieres preguntar?

—¿Aún la quieres?

—¿A Helga?

Ella asintió volviendo a mirar a Kaira.

—Quiero ser sincero contigo. No la he olvidado, la amé y me sentí



culpable de su muerte, aún me siento así. Pero ha pasado mucho tiempo, y aunque ahora ocupes tú mi corazón, no desearía olvidarla, ni al niño que llevaba en su vientre.

—Lo entiendo.

—Gracias, significa mucho para mí.

—¿Has dicho que ocupó tu corazón? —preguntó con una bella sonrisa en sus labios.

—Desde la noche de fin de año. Pero tengo que decir que llamabas mi atención cada vez que te veía en la ciudad. Y como ya te dije, me hubiera gustado matar a ese idiota de Nikolás.

—¿Lo sabías?

No le diría que había visto lo que pasó en su mente, eso sería vil por su parte.

—Lo supe después. France me lo explicó la misma noche en que coincidimos en casa de Neoh y Ariadna —levantó su mano haciendo caer el ungüento y acarició su angelical rostro.

Ella miró su brazo, parecía recuperado.

—¡Tu piel! Eras una llaga.

—Nos regeneramos rápido, nena.

—Ya veo. Y eso me alegra.

—Entonces mi abuela no estaba loca. Ese Alv es el mismo que ella conoció. —Era una afirmación.

—Sí, me temo que sí.

—Gracias por confiar en mí, Storm.

Se acercó para darle otro beso en los labios.

—Quiero más —se quejó él.

—Eres un mal paciente, aunque si yo estuviera sobre una roca, no creo que me sintiera muy cómoda.

—El contacto con la naturaleza acelera nuestra curación.

Ella arrugó la nariz.

—Sois raritos en realidad.

—Pero te gusto —dijo guiñando un ojo.

—Demasiado.

Se rio de nuevo.

—Voy a ver cómo está Kaira y le cambiaré el ungüento.

—Está bien.

Estuvo atareada, la chica también estaba sanando, su piel parecía crecer ante sus ojos antes de volver a cubrirla con esa especie de barro. Imaginó que Storm se habría dormido, ya que no decía nada. Pero unas manos rodearon su cintura desde atrás.

—¿Sabes que tengo una cámara propia aquí abajo? Y la cama es enorme.

—Storm, no...

La giró y dio un paso atrás.

—Mírame, estoy bien. —Carraspeó—. Y encantado de saludarte.

Estaba completamente desnudo y con una magnífica erección.

—No me lo puedo creer.

—Sabía que era impresionante —dijo señalando su pene.

—Hablabas de..., déjalo.

—Acabas de hacer las curas a Kaira. Vamos, te mostraré mis aposentos.

Cogió su mano y la arrastró fuera de la cortina.

—¡Storm! Vas desnudo, y... y...

—Y contento de tenerte cerca, sí. Ningún problema, nena.

Ella tiró de su mano.

—¿Y si nos cruzamos con alguien?

—La mayoría son hombres, ¿crees que no saben lo que es una erección?

—Pero van a saber...

—¿Lo que vamos a hacer? —Terminó la frase.

—Sí...no. No puedes.

Se paró en seco.

—Me estás insultando, Susan. Sí puedo, solo déjame demostrártelo.

—No, espera. —Se soltó de su mano y se quitó la chaqueta fina que llevaba.

—¿Qué haces?

Se la colocó en la cintura, y ató las mangas a su espalda. No le cubría el trasero, y parecía un delantal.

—Creo que la cosa ha empeorado sustancialmente —se quejó él mirándose.

Le dio un manotazo en el hombro, aún maravillada por su rápida recuperación, ¿Cuánto habían pasado, seis horas?

—Al menos no vas con tus partes al aire, eres un exhibicionista.

—No me avergüenzo de mi cuerpo, mujer —argumentó levantándole la barbilla con un solo dedo. Se acercó lentamente a ella.

—¡Oh, joder! Estás francamente ridículo.

France los miraba a un par de metros de distancia en el pasillo.

—Lo sé.

Susan lo adelantó, y se tiró literalmente a los brazos de France. Mierda, no le había dado tiempo a pararla.

—Gracias por ayudar a Storm y a Kaira, eres una buena líder. —Y sin más, le plantó un beso en la mejilla.

—Vale, vale, vale —. France se la quitó de encima con cara de asco, y Susan la miró extrañada.

—Oh, lo siento, pero tenía...

—Storm, dile a tu chica que en adelante se abstenga de tocarme. Mierda, no soporto a estas humanas llenas de hormonas alteradas.

Susan entrecerró los ojos.

—No hay para tanto, France. Dar las gracias es algo natural —dijo en tono seco.

—¿Qué hay de la vida social que tenías programada? —preguntó él con guasa.

—A la mierda. No hay nada que hacer, lo he intentado.

—No has puesto demasiado de tu parte.

—No voy a discutir eso contigo. Id a follar y olvidadme.

Susan abrió los ojos con la sorpresa y se puso roja.

—¿Ves? Todo las altera —señaló France.

—Realmente eres odiosa —soltó su compañera.

Pero la líder ni se inmutó.

—Voy a ver a Kaira.

Susan se tapó la boca, cuando France se alejó un poco, y después empezó a reírse.

—¿Qué pasa?

—Ha suavizado la voz cuando ha pronunciado su nombre —susurró.

—¡Sí, ha sido amor a primera vista! —gritó France desde la distancia.

—Upss, tiene buen oído —murmuró Susan.

—¡Y un buen culo, pero eso Storm ya lo sabe!

¿Pretendía poner celosa a Susan?

—¡Que te jodan! —contestó cabreado.

—¡Creo que eso te lo van a hacer a ti! —decretó la líder.

—A la mierda. Vamos, nena.

Y como seguía sin entender las reacciones de Susan, ya no le extrañó que se estuviera riendo a carcajadas cuando tiró de ella.

Giraron en un pasillo y abrió la puerta de su cámara.

# Capítulo 15

Susan dio un repaso rápido a la habitación, no estaba mal para ser una cueva dentro de otra enorme cueva. De lo que estaba segura, era de que si deambulase sola por esos pasillos, acabaría perdiéndose.

Una enorme cama estaba en el centro, con dosel incluido. Había un sofá delante de un gran televisor, una mesa con dos sillas y muchas alfombras blancas. La estancia era casi más grande que la cabaña de Tahiel.

—Está genial —dijo quitándose las botas; no quería manchar las alfombras.

—Sí, de vez en cuando vengo a traer suministros, nunca se sabe cuánto tiempo podemos permanecer aquí. Aunque tengo que admitir que es la primera vez que lo usamos desde que lo construimos.

—¿Tu familia murió también en aquél ataque?

—Sí, nos masacraron, pretendían quedarse con estas tierras.

—Me alegro de que no consiguieran arrebataroslas, pero siento que para eso murieran tantos inocentes.

—Lo sé —dijo con semblante triste

Ella se sentó en el sofá con una pierna doblada debajo de su trasero.

—Voy a darme una ducha —anunció quitándose la chaqueta que lo cubría.

—Ajá. —Sus ojos fueron a su miembro sin poder evitarlo, ya no estaba firme. Enseguida miró su teléfono móvil, no tenía cobertura, pero quería desviar sus ojos antes de que él se diera cuenta de su escrutinio. Ese cuerpo no podría olvidarlo en mucho tiempo.

Unos fuertes brazos la levantaron del sofá unos segundos después.

—¡Storm!

—No me gusta ducharme solo —se excusó.

Abrazó su cuello sintiendo como los músculos del hombre se tensaban y contraían, dando una sensación de seguridad que jamás había sentido.

—Yo... nunca me he duchado con nadie.

Él sonrió.

—Me alegra oír eso. Vas a comprobar lo divertido que puede ser.

Después de apartar una cortina entraron en el baño, que no era más que una excavación en la dura roca. Ver un espejo colgado sobre la superficie rugosa era bastante poco usual, pero daba un aspecto bastante original. El resto de muebles y el inodoro eran metálicos, incluido el plato de ducha, que solo tenía un estante donde había varios botes de gel y champú.

Y ahora que analizaba su última frase, se preguntaba con cuántas se habría metido él bajo la ducha.

La dejó sobre un suelo brillante, extrañamente pulido, pero al mismo tiempo antideslizante sobre la roca.

—Deja que me ocupe de ti.

Le quitó el grueso jersey pasándolo por su cabeza, después se deshizo de sus pantalones y con una rodilla apoyada en el suelo la miró.

—¿Sabes que eres una mujer preciosa? —Y eso alejó todos sus recelos, ellos estaban aquí y ahora, lo que hubieran tenido en el pasado con otras personas debía quedar ahí, justamente en el pasado.

—Que tú me veas así ya es suficiente.

Sus ojos oscuros brillaron y a ella le faltó el aliento cuando sus labios se posaron en su sexo a través de la tela de las bragas. Fue solo un beso, pero

sentir el calor que emanaba de él la excitó. Sus pulgares engancharon la goma de la ropa interior y la deslizó por los muslos.

Levantó un pie y luego el otro. Estaba segura de que él vería la humedad que se había reunido en su entrepierna.

Cuando se levantó la besó, su lengua recorrió su boca demandando una reacción que no tardó en llegar. Sintió sus manos buscando en su espalda el broche del sujetador y sin dejar de besarla lo deslizó por sus hombros y se deshizo de él.

Ahora estaban piel con piel, todo su cuerpo pegado al de él. Sin despegarse de ella, acarició un pecho y excitó su pezón. Ella deslizó su mano entre sus cuerpos y tanteó su pene haciendo que Storm soltara un gruñido contra su boca.

—Eso se siente bien, nena. —Su voz era más ronca de lo habitual.

Storm era suave, y era consciente de que lo hacía por ella.

—Quiero que me lo des todo, que te muestres tal como eres.

Él la miró a los ojos con expresión seria.

—Y a mí me gustaría ir poco a poco contigo. Ya has pasado por...

—No. Eres tú el que está aquí, solo nosotros, no dejaré que interfiera nadie más.

Alejaría los fantasmas de su mente. No podía dejar que una nefasta experiencia lo arruinara todo.

—Eres una mujer fuerte.

—No. No lo soy, pero intento seguir adelante. Y tú me estás ayudando.

La levantó del suelo y ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas.

—Siempre puedes contar conmigo —dijo mientras accedía al plato de



ducha.

Abrió el grifo y el agua cayó sobre ellos a una temperatura ideal.

—Oh, está deliciosa.

—No tanto como tú.

Ella sonrió, el hombre sabía utilizar sus encantos.

—Proviene de un pequeño lago subterráneo de aguas termales —continuó.

—Oh.

Él besó su cuello y la llevó hasta el estante de piedra, sentándola al lado de los botes. Ahora el agua resbalaba por sus cuerpos con menos fuerza, era una suave lluvia bienvenida en aquél momento. Cerró los ojos rindiéndose a las caricias de sus manos que viajaban hacia el sur.

Acarició su clítoris e introdujo dos dedos en su interior, preparándola para acogerlo después. No quería llegar al orgasmo solo lo quería compartir, pero era difícil con la maestría que estaba demostrando que tenía Storm.

—Storm —dijo contra sus labios.

—No hables, solo siente.

Ella gimió.

—Te necesito, ahora.

—Lo sé, pero déjame disfrutar un poco más de ti.

Apoyó las manos en su pecho mientras él seguía torturándola, recorrió los pectorales y dejó besos siguiendo el mismo camino, cuando llegó a la pequeña protuberancia masculina la rastrilló con los dientes, haciendo que se endureciera y reaccionara, él siseó y ella sonrió sin dejar de pasar su lengua.

Si pudiera guardar su esencia en una botella, probablemente la olería antes de dormirse cada noche, ni siquiera el agua la cubría, el hombre olía a... una

mezcla entre lluvia y bosque.

Giró los dedos en su interior y ella creyó explotar, apoyó la frente en su pecho y volvió a gemir.

—Eres tan suave... —dijo él en su oído—. Mírame. Quiero verte cuando te corras para mí.

Y como si solo hubiera necesitado esas palabras, una suave corriente subió por su espalda hasta hacer estallar sus sentidos.

—Así, mi Susan. Eres como un pedazo de cielo.

No podía hablar pero acunó su rostro y lo besó con ferocidad. En ese mismo instante entró en ella y gruñó, gimió, y apretó su cintura con fuerza empezando a moverse. Sus ojos no dejaban de mirarla, los parpados entrecerrados y su boca algo abierta daban la perfecta imagen de la masculinidad. Las ondulaciones de sus músculos hacían que ella se perdiera en su cuerpo, aumentando de nuevo el placer.

Él dejó sus ojos para pasear la vista por sus pechos que se movían al ritmo de las embestidas. Era una imagen erótica ver su pene entrando y saliendo de ella. Tanto, que cuando alcanzó el orgasmo de nuevo no se lo esperaba y un grito salió de su boca.

Storm entró y salió un par de veces más, y llegó al clímax con fuerza, quedando enterrado en ella mientras apretaba los dientes y tensaba los tendones de su cuello. Dijo varias veces su nombre y ella lo abrazó, dejando que sus respiraciones volvieran a su ritmo normal.

—Si siempre va a ser así, nunca renunciaré a esto.

Él soltó una carcajada al oírla.

—Estamos cerrando un vínculo, Susan. ¿Sabes lo que significa eso? —preguntó volviendo su rostro grave.

Ella lo miró, Aisha le había explicado lo del vínculo, antes de que ella entrara en la cueva para ver cómo estaba.

—Creo que sí...

—Vivirás tantos años como yo y eso puede ser eterno —aclaró.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y se supone que un hombre tan atractivo como tú va a querer eso?

Su semblante se volvió rígido. La seriedad hizo su aparición y se retiró para salir de su interior. Apoyó las manos a ambos costados, en el estante tallado en la roca, encerrando su cuerpo.

—¿Lo quieres tú? Porque una vez se complete, nada más que la muerte nos podrá separar. No voy a volver a pasar por eso, Susan. Quiero que estés segura. Amar a una mujer que no está a mi lado... Eso sería una terrible tortura.

Acarició su rostro con la esperanza de suavizarlo.

—¿Cuándo se completará? —preguntó.

—Cuando puedas sentirme, cuando puedas sentir también a Ull...

Arrugó la frente.

—¿A Ull?

—Sí, él te protegerá igual que hace conmigo, ha dormido en esa cueva, lo habrás visto. Él me ha transmitido su fuerza. Tienes que estar segura sobre esto, ¿lo estás?

Bajó la mirada, no sabía muy bien qué contestar a eso, ¿Lo estaba? La vida de los hombres de las montañas, como eran conocidos en la ciudad, no tenía nada que ver con la suya. Eran seres que tenían sus propias leyes. Había oído a los líderes decir que empezaría una guerra contra el clan noruego. Eso

era algo que costaba digerir. Su vida era muy tranquila, antes de que Nicolás la atacara, e intentaba volver a la normalidad.

Se enjabonó y salió de la ducha bajo la atenta mirada de Storm. Cogió una toalla de una estantería metálica, y salió del baño. Se quedó mirando su ropa, no estaba demasiado limpia después de haberla llevado puesta durante dos días.

Al cabo de unos minutos él también salió con una toalla enrollada en las caderas.

—Creí que teníamos algo, tal vez me equivoqué. —Storm parecía consternado.

Se giró para mirarlo.

—Me gustas mucho. Eres el hombre que alguna vez he soñado. Pero todo esto..., tu forma de vida es complicada. Ahí afuera han dicho que va a haber una guerra, es para eso para lo que no estoy preparada. Es como si estuviera a punto de dar un salto atrás en el tiempo.

Y ella no quería perder a sus padres; eran mayores, y terminarían necesiéndola en un futuro no muy lejano.

Storm empezó a vestirse sin decir ni una palabra. Los pantalones de cuero, una camiseta con el nombre de un grupo de rock y su eterna cazadora también de cuero, era su atuendo habitual. Se sentó y se ató las botas de motorista.

—¿Te vas?

Levantó la cabeza para mirarla un instante.

—Soy el líder de mi clan, tengo que organizar a mis hombres, es lo que se espera de mí y eso no lo puedo cambiar. Sí, también espero que Alv aparezca con sus hombres y quiera vengarse por mi huida. Y no lo voy a adornar,

Susan. Si cae en mis manos acabaré con él.

Ella abrió los ojos con la sorpresa, mientras él se dirigía hacia la puerta.

—En ese cajón hay algo de ropa, usa lo que quieras.

—Espera, Storm...

—Preferiría que te quedases aquí hasta que este conflicto se resuelva. Después te llevaré a tu casa, y si así lo deseas, no volverás a saber de mí. —Y salió de la habitación.

Las últimas palabras la dejaron en estado de *shock* y no atinó a decir nada coherente.

Se puso ropa interior que encontró en un cajón, a estas alturas no le importaba utilizar un bóxer. Había unos pantalones de chándal o quizás era un pijama, pero era negro, y se lo puso remangando los bajos. Una camiseta gris enorme y se colocó su abrigo encima.

Iría a buscarlo y aclararía las cosas, el mundo no era blanco o negro, había matices en medio, y eso, Storm, debería tenerlo en cuenta.

—¿Susan?

Era la voz de Aisha.

—Pasa, estoy aquí.

—Por fin he encontrado algo a la primera, he dado muchas vueltas, quería comer algo. Ni siquiera sé cómo volver a mi habitación y aún no he encontrado el comedor —dijo apartando la cortina para entrar.

Susan sonrió sin ganas, pero la entendía, ella se sentía igual de perdida en este lugar.

—Ahora iba a salir, y estaba pensando lo mismo.

Su amiga frunció el ceño.

—¿De qué vas disfrazada?

—Aisha, no tengo ropa aquí —dijo como si no fuera evidente.

—Cierto, después te dejaré algo. ¿Vienes conmigo a darle un bocado a algo? Será el embarazo, pero tengo hambre de verdad. Y los hombres están reunidos.

—Sí, vamos a buscar la isla del tesoro.

Aisha se rio con ganas caminando por el pasillo.

Las palabras de Aisha resonaron en su mente. *Embarazo...*, no acababa de tener relaciones sexuales con Storm sin protección, ¿verdad?

«Sí, idiota».

# Capítulo 16

Storm no sabía si su reacción había sido desmesurada o simplemente se negaba a ver lo evidente. Susan no pertenecía a su mundo, no era como Helga, que ya sabía a lo que se enfrentaba. Si mirara las cosas desde el punto de vista de un humano, tal vez lo vería todo desde el otro ángulo, uno que tampoco le gustaría para él.

Los humanos eran seres frágiles que tenían una facilidad extraordinaria para morir. Un accidente de coche, una bala perdida, una enfermedad, incluso un maldito atragantamiento podía terminar con ellos. Tal vez ella se sentía demasiado expuesta, quizás tenía miedo de lo que su raza era capaz de hacer. Pero tenía que entender que ellos no peleaban por nada. Que lo que defendían era su honor y sus tierras. Y había querido decirle lo que haría con Alv.

—Storm, ¿estás con nosotros? —preguntó Neoh desde su trono.

Despejó su cabeza y asintió.

—Es un capullo enamorado, nada que hacer con él —decretó France con acritud.

Su mirada furiosa cayó sobre ella.

—¿Sabes? Esos neandertales nórdicos deben de estar preparándose para arrasarse con todos nosotros, para lo cual necesitan tiempo para organizarse. ¿No deberías ir a jugar con tu perrito o lo que sea que hagáis en la intimidad, mientras tanto?

—Storm... —advirtió Neoh.

—No, Neoh. Deja que hable, está celoso porque ya no juego con él. Eric es obediente, tú no.

—Debe de ser eso, sin duda —contestó sarcástico.

Elián, que estaba sentado en la primera fila de las gradas junto a Elm y Tahiel, soltó un jadeo de sorpresa. Los hombres detrás de ellos se rieron; eran todos los guerreros de los cuatro clanes.

—¿Tú también?

—Hay cosas que nunca cambiarán. France torturando a hombres y Storm tirándose a France. —Val se lo estaba pasando en grande.

—Pobrecito Val, nunca hemos jugado, ¿verdad? Hazte a la idea de que eso no ocurrirá, en tu clan estáis demasiado tarados, lo pude comprobar. —France descruzó las piernas para volverlas a cruzar cambiando el trasero de posición.

Elián se echó a reír a carcajadas. Todos sospechaban que se había estado tirando a Wallace, aunque los involucrados creían que nadie estaba al tanto.

—Ahórrate lo que ibas a decir, Elián. Volvamos al asunto que nos ocupa —cortó Neoh.

—Los lobos darán la voz de alarma —dijo Storm—. Deberíamos intentar una negociación antes de ocuparnos de Alv y sus hombres. A pesar de que tengo algo personal con él que pienso solucionar.

—Estoy de acuerdo —concedió Neoh.

—Pues yo voto por aplastarlos sin preguntar, si se atreven a presentarse en nuestro territorio, eso en sí mismo ya es una declaración de guerra —sostuvo France.

—Creo que todos hemos evolucionado lo suficiente como para evitar, en la medida de lo posible, un baño de sangre —argumentó Storm.

—Bien, iremos los cuatro, supongo —expuso Val.

—No es que me agrade la idea, pero a pesar de todo, eres uno de los líderes —dijo France con fastidio.



\*\*\*

—¿Cómo vas a zamparte todo eso? —preguntó Susan a su amiga.

Un plato con unos seis bocadillos pequeños con diferentes embutidos estaba delante de Aisha, y un batido de fresa de tamaño industrial entre sus manos del que bebía con una pajita.

—Te digo que tengo hambre y no me crees...

—Oh, ahora ya sí.

Aisha se echó a reír cogiendo uno de los bocadillos.

—¿Qué te preocupa? —preguntó antes de darle el primer bocado.

—Que te pongas como una foca y tus niveles de colesterol se disparen.

La carcajada que soltó su amiga se escuchó en todo el comedor, pero estaban solas.

—Vamos, Susan...

—Está bien, he tenido relaciones sexuales con Storm —susurró mirando hacia la entrada.

—¿Y? Esas cosas ocurren, no hay nada de malo en ello...

—Sin protección.

Aisha no se inmutó, dejó el bocadillo mordido en el plato y la miró fijamente con esos preciosos ojos verdes.

—¿Es que ese idiota no te ha explicado nada?

—Sí, me lo ha explicado todo. Las cosas que hace vuestra raza, que yo me convertiré en inmortal si me vinculo a él...

Aisha bufó haciendo volar su flequillo.

—Pues parece que se ha dejado algo importante por explicar.

—¿Es estéril?

Vio la tristeza en el rostro de Aisha.

—No se trata de eso.

Susan esperó a que continuara, pero Aisha parecía estar buscando las palabras adecuadas.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó perdiendo la paciencia.

—Creo que esto te lo tenía que haber dicho él, yo no...

—Aisha, simplemente suéltalo.

—Sois de diferentes razas, no podréis tener hijos —soltó reacia.

Y eso la dejó noqueada, si se unía a él, ¿nunca podría tener un bebé? De repente cayó en la cuenta.

—Dijiste que Lidia, Nora y Ariadna eran humanas. ¿Es por eso que no tienen hijos?

—Exacto, ellas eligieron seguir con ellos a pesar de saberlo. De hecho, todas están deseando que nazca el pequeño, sé que van a ser unas tías maravillosas para Alistair.

Y ella no lo dudaba. Aisha había pasado la mayor parte de su vida sin saber que pertenecía a la misma raza que Tahiél, sus padres habían muerto asesinados y ella acabó en un orfanato. Cuando conoció a Tahiél, él y sus hermanos supieron ver lo que ella era después de investigar un poco, por eso estaba ahora embarazada. Aisha sí podría ser madre.

Tal cómo Storm le había preguntado un rato antes, ¿estaba preparada para esto?

—¿Has leído la mente de Storm?

—No, ya me ha aclarado lo de completar el vínculo.

—Bien, no lo completes si no estás segura, eso podría ser terrible para Storm.

Susan ya sabía eso también.

—Estás a tiempo de irte y no vincularte a él...

Susan la miró.

—¿Y qué pasará con Storm si me voy ahora?

Los ojos de Aisha se volvieron vidriosos.

—Está unido a ti desde la primera vez que se acostó contigo. Si tú no cierras el círculo y te vas, él sufrirá; no morirá, pero tendrá una vida vacía. Si te vas más tarde él puede morir.

—No murió cuando su primera compañera...

—El otro día lo estuvimos hablando en casa de Neoh —la cortó Aisha—. No se sabe si Storm podría superar una segunda ronda.

—¿Qué clase de sufrimiento tendría en este punto?

Aisha arrugó la frente.

—¿En serio quieres saberlo?

—Sí, quiero saber a qué lo condenaría si decido marcharme.

—¿No estás bien con Storm?

—Aisha, dímelo.

—Ya no podría encontrar a otra compañera, perdería parte de sus dones. En definitiva, se volvería débil y se expondría a que cualquier enemigo acabara con él. No un humano, por supuesto, pero sí alguien de su raza.

Mierda.

—Susan. —La mano de Aisha cubrió las suyas apoyadas en la mesa.

Ella solo levantó la mirada.

—¿Estás enamorada de él?

«Claro que lo estás», se dijo a sí misma.

—Voy a ser sincera, lo estoy. Pero no sé si podré vivir a su manera, entre clanes y guerras absurdas.

Aisha asintió con entendimiento.

—Sé por lo que estás pasando, a mí me pasó igual, ¿recuerdas cuando venías a mi piso y me preguntabas qué me pasaba? Yo te dije que habíamos discutido. Pero, en realidad, estaba en la misma tesitura que tú. Después me enteré de que estaba embarazada y supongo que eso me hizo tomar una decisión. A día de hoy te puedo asegurar que fue la correcta y no me arrepiento. Tahiél cuidará de nosotros —dijo poniendo su mano en su aún inexistente barriga—, y soy feliz a su lado, eso es lo único que importa.

—Me alegro por ti, lo sabes. Pero, ¿qué hay de mis padres? ¿Tendré que dejar de verlos?

Aisha, levantó una ceja.

—No, ¿de dónde ha salido eso? A Ariadna y a Lidia ya no les queda ningún miembro de su familia vivo. Pero a Nora sí, y los visita con regularidad. Solamente hay un pero; ellos no pueden saber nada de esta raza.

—Pero no envejeceré, ni Storm...

—No te preocupes por eso, ellas te guiarán, créeme, son expertas en maquillaje.

Y ahora todo le parecía surrealista. ¿Maquillaje? ¿En serio?

—Cuando todo esto de los noruegos quede aclarado, habla con él.

Ella asintió con un nudo en la garganta. Storm tendría la errónea impresión de que no quería estar con él, de que no le amaba. La realidad era que ella estaba muy unida a su familia, y ahora, gracias a Aisha, lo veía de otra manera, no tendría que dejarlos ir. Lo de no poder tener hijos también era algo a tener en cuenta, pero sabía que eso no sería un impedimento si estaba enamorada. Y lo estaba, una voz en su interior le gritaba que nunca podría enamorarse de otro que no fuera Storm.

—¡Hola chicas! —dijo con voz alegre Ariadna.

Ella, Lidia y Nora habían entrado en el comedor y avanzaban hacia su mesa.

—Aisha, Tahiél viene hacia aquí. Los hombres están a punto de salir — anunció Lidia.

—¿Ya? —La mirada de Aisha fue hacia la entrada y en aquél momento, todas vieron al compañero de la chica.

Alto, atractivo, con su pelo atado en un moño alto y su abrigo de cuero volando tras él.

Aisha se levantó y fue hacia él, que la abrazó y la besó. Susan los observó mientras apoyaban sus frentes uno contra otro y hablaban en susurros.

Desvió los ojos para darles intimidad y miró a las chicas.

—¿Qué ha pasado?

—Los lobos estaban inquietos. Puede que esos locos ya pululen por aquí —explicó Nora.

Abrió los ojos con la sorpresa.

—Creí que tardarían más.

—Los que tengan ya sus poderes desarrollados no habrán perdido el tiempo, por lo que me ha explicado Neoh, sienten que Storm les ha hecho una afrenta grave —aclaró Ariadna.

—¿Venir aquí no es en sí una afrenta también?

—Por supuesto, no pueden pisar estas tierras sin haber sido invitados. Y eso es lo que hace que esto sea peligroso, esos capullos no saben lo que están provocando. —Lidia lo dijo con la voz teñida de desdén.

—¿No os preocupa que les pueda pasar algo a vuestras parejas?

—Sí, pero saben lo que hacen. No puedes interferir en sus decisiones y terminas tomándotelo con filosofía. —Ariadna lo dijo con una sonrisa, pero a ella no la engañaba, estaba preocupada seriamente.

Tahiél se fue y Aisha volvió a sentarse a su lado con semblante triste.

—Aisha, ellos tienen que defender sus intereses. Todo saldrá bien.

Nora, que estaba sentada al otro lado de su amiga, había pasado los brazos por encima de sus hombros para confortarla.

—Ese líder está loco si pretende salir airoso de la situación —continuó.

Storm se había ido y ni siquiera se habían despedido, esperaba que todo fuera bien, tal como decía Nora, porque si no era así no se lo iba a perdonar. Tenía que haber corrido a aclararle las cosas.

—Voy a por bebidas, ¿traigo té y café?

Todas asintieron.

—Te ayudaré. —Se ofreció ella.

Tenía que mantenerse ocupada para no pensar.

La chica rubia que Storm presentó como Kaira entró y se quedó mirándola. Parecía recuperada y su piel volvía a lucir sana.

—Kaira —la llamó.

—Hola, ¿tú eres Susan?

—Sí, ¿me recuerdas? —preguntó frunciendo el ceño.

—No físicamente, pero recuerdo tu voz. Has estado hablándome mientras me curabas.

—Ven siéntate con nosotras. Chicas os presento a Kaira, es noruega, y vino con Storm. Ellas son, Lidia, Ariadna, Nora y Aisha.

Las mujeres la miraron recelosas.

—Ella ayudó a escapar a Storm, creo que merece una oportunidad —dijo algo cabreada al ver sus rostros.

—No, déjalo. Solo quería darte las gracias y beber un poco de agua.

Ariadna se levantó y trajo otra silla.

—Discúlpanos, Kaira. Por favor, toma asiento. No era nuestra intención hacerte sentir mal.

La chica pareció pensárselo un poco, pero al final accedió.

—Aquí tienes —Susan dejó una botella de agua delante de ella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Aisha.

—Bien, ya recuperada. ¿Dónde está, France?

Todas se miraron entre sí. Que alguien se interesara por France era bastante extraño, todo el mundo se mantenía a distancia, menos Aisha.

—Parece que tu tío ha hecho acto de presencia.

—Ese loco... espero que vuestro clan acabe con él. Ha matado a su compañera, la madre de sus hijos.

Aisha jadeó y las otras se quedaron congeladas.

—Pero... —empezó Ariadna.

—Debe de estar muy seguro de que no va a morir —aclaró.

—¿Cómo lo sabes? —interrogó Lidia.

—France me ha llevado a casa, quiero decir a Noruega. Quería tranquilizar a mis padres y he hablado con ellos durante unos minutos. — Bajó la mirada—. También les he pedido que se oculten durante un tiempo. Conozco a mi tío, puede tomarlos como moneda de cambio.

—Ese tipo está muy mal —decretó Susan.

—Sí. Quería prevenir a Storm sobre algo que me ha explicado mi madre, pero creo que no he llegado a tiempo.

—Después podrás verlo —dijo ella llena de curiosidad.

No preguntaría, seguramente era algo sobre Alv y a ella no le incumbía meterse en la familia de Kaira. Solo quería ver a Storm sano y salvo después de esto.



## Capítulo 17

—¿Sabes que desertar de un clan te condena? —preguntó Nora.

—Sí, pero era algo que ya tenía pensado. Alv es un déspota.

—Debería darte las gracias por ayudar a Storm, técnicamente es tu tío también.

La chica clavó sus claros ojos azules en ella.

—Mi tía Helga murió, ya nada me une a Storm.

Susan la miró levantando una ceja.

—No me malinterpretes, lo poco que lo he conocido me ha dado una buena pista para saber que mi tío ha estado mintiendo sobre él. Pero en realidad, no somos familia.

—No, supongo que no —concedió.

—¿Es tu compañero?

—Sí, a pesar de que él ya tuvo a Helga, sí lo es.

—Siento haberla nombrado, te habré incomodado.

—No, él me habló de ella. Y de que la ha sobrevivido sin saber muy bien cómo.

Kaira arrugó la frente.

—En mi clan..., mi antiguo clan —rectificó—, se han dado varios casos.

Todas abrieron la boca con la sorpresa.

—¿En serio? Por aquí no pasa eso, lo comprobamos en el pasado, de la peor manera —argumentó Ariadna.

—¿Y Alv lo ha sabido todo el tiempo? —inquirió Susan.

—Sí, claro. Pero imagino que no pudo hacer nada hasta ahora porque no tenía el poder, pero que Storm siga vivo es algo con lo que no puede vivir y quiere venganza. Gracias a varios sobornos llegó a ser líder pasando por encima de su padre, lo acusó de negligente, de ser demasiado mayor, y minó la confianza de nuestro pueblo en el hombre.

—Imagino que tú sabes lo que quiere...

—En todas las reuniones a las que nos obligaba a asistir hablaba de su hermana con una gran pena, después empezó a hablar de vuestro petróleo y finalmente todos nos dimos cuenta de que esa era su intención, apoderarse de vuestras tierras. Pienso que, en realidad, le importa poco lo que le pasó a su hermana. Era él el que debía haberla protegido durante la ausencia de Storm, y no lo hizo; la dejó marchar en aquél barco. Yo no había nacido aún, pero las mujeres me explicaron que ellos nunca culparon a Storm, era un buen compañero, según decían, y amaba a su familia. Todos comprendieron que él quisiera ver a su familia de Alaska cuando su hermano murió. En definitiva; Alv culpó a Storm para calmar su alma herida, y muchos de sus hombres creyeron sus mentiras.

—Maldito tarado —susurró Susan.

La mano de Aisha acarició su antebrazo arriba y abajo.

—Debería ayudar. Pero France no me lo ha permitido —se quejó Kaira.

—Aún estás débil, supongo que ha sido por eso, ya sabes que tienden a proteger a las mujeres —argumentó Nora.

—En mi pueblo luchamos desde pequeñas; nos enseñan a defendernos y a proteger a los más débiles.

Susan pudo ver la admiración en los rostros de las mujeres.

—Eso es envidiable —dijo Ariadna.

\*\*\*

—¿Están todos los hombres apostados? —preguntó Neoh.

Storm, France, Tahiél, Elm y Elián, asintieron.

—¿Y esa cara de estreñimiento, Val? —preguntó France.

Todos se giraron para mirar a Val que fruncía el ceño.

—¿Qué ocurre? —Esta vez la pregunta vino de Storm.

—No logro establecer contacto con mis hombres, no logro captar sus mentes.

Aunque no podían hablar telepáticamente, los miembros de un mismo clan podían saber dónde encontrarlos; era como estar en una misma onda de radio.

—No se han escuchado aullidos, no han sido atacados —aclaró Elm.

—Inténtalo solamente con Zac —propuso France.

—¿Crees que soy idiota?

—No quieres saber la respuesta.

Él resopló.

—Tampoco logro situarlo.

Mierda, eso no le gustó a Storm. Si habían sido atacados, los hombres de Alv habían sido muy silenciosos.

De pronto, Alv y dos hombres, los mismos que había visto en Bergen, aparecieron ante ellos.

—Saludos a la comitiva —soltó Alv con aplomo.

—Te recuerdo que no has sido invitado, estas poniendo los pies sobre este

lugar y contaminando nuestras tierras —dijo Elián con tono cortante.

—En otros tiempos fui bienvenido. Incluso adorado por vuestras mujeres. Por cierto, ¿cómo lo llevan vuestros hombres? Deben de estar muy desesperados, ninguna de vuestras zorras sobrevivió, ¿no?

Storm sintió como la sangre le hervía. Dio un paso adelante.

—¿Has venido aquí a insultar? Ten un poco de consideración. No creo que nos superéis en número, así que te estamos dando una oportunidad para retirarte.

Alv estalló en carcajadas y después miró a sus hombres que tuvieron que reírse a su compás, y no parecían muy contentos por tener que hacerlo.

—Y cuida esa boca —advirtió France.

—Ah, tu eres la puta que ayudó a Storm, ¿cierto?

—Y tú el pollafloja que necesita parte de estas tierras para ser más macho.

Alv avanzó y se plantó ante France.

—Cuidado, apártate —advirtió Neoh.

—Ninguna puta del tres al cuarto osa hablarme así, no negociaré con ella aquí.

Storm se puso al lado de France que sonreía aunque no dijo nada.

—No estamos aquí para negociar, que quede claro, Alv. La muerte de mi compañera no te da ningún derecho sobre estas tierras. Solo aclárame una cosa, ¿por qué ahora?

France seguía sin moverse, sus pechos casi rozaban al líder de noruega.

—Apártate. —La mano de Alv se movió para tocarla, pero France fue más rápida.

Solo puso una mano en su pecho y el hombre voló unos diez metros

aterrizando en un claro del bosque.

—¡Ahora, Storm! —gritó.

Storm se materializó junto a Alv y al momento una cúpula de cristal se posicionó sobre ellos. Los hombres de Alv corrieron hasta ella e intentaron romperla golpeándola con los puños y después disparando al cristal.

Las balas rebotaban y algunas pasaron sobre sus cabezas. France levantó la mano y las pistolas volaron por el aire haciéndose añicos en el proceso.

—Estaos quietos niños, los mayores estamos hablando.

Sus cabezas golpearon contra la cúpula y quedaron en el suelo inconscientes.

—¿Qué coño? —preguntó Elián.

Neoh sonrió.

—Tenía que haberlo visto venir.

Elm asintió con entendimiento y Elián cayó en la cuenta.

—¡Bastardo orgulloso! Storm lo quería para él solo.

Val carraspeó.

—¿Alguien sería tan amable de explicármelo?

—Storm no quería meternos en esto, lo dijo desde el principio y France le ha facilitado la tarea —resumió Neoh.

—Básicamente, lo siento. —Todos sabían que no lo sentía ni un poco—. Pero Storm quería arreglar esto por su cuenta, se trata de una mierda de esas de machos. Antes de sacarlo de Noruega me obligó a prometer que os mantendría a salvo.

—¿A nosotros? ¿Necesitamos que tú nos mantengas a salvo? —preguntó Elián, levantando una ceja.

—Deja que Storm tenga esa percepción —contestó ella, que a veces parecía hasta normal, dentro de lo que se podía entender por normal en su raza.

—Joder, me hubiera gustado darle una paliza a ese cabrón —exclamó Tahiel.

Storm, que lo estaba oyendo todo a pesar de los gritos de Alv, les echó una mirada desde dentro, guiñó un ojo, y después encaró al nórdico.

—Aquí estamos, Alv. Si gano, abandonarás estas tierras de inmediato.

—¿Crees que puedes ganarme?

—Estoy bastante seguro —dijo de modo arrogante.

—Tus tierras serán mías.

Storm sonrió.

—De acuerdo, pero para eso debes vencerme.

Alv se elevó en el aire y antes de que pudiera aterrizar sobre Storm, este se ascendió también; sus cuerpos chocaron con tal fuerza, que la cúpula se desplazó un par de metros.

Los lobos rodearon el cristal, y Ull y el lobo de Alv se retaban con la mirada entre gruñidos.

—Chicos, no es por joderos la diversión. Pero mientras esos dos terminan el concurso de meadas, deberíamos atrapar a los hombres de Alv —expuso France.

—Eso es cierto, pero no percibo nada cercano y me niego a creer que este tipo haya venido solo con esos dos. —Neoh señaló a los idiotas amontonados en el suelo.

—¿Sigues sin saber de tus hombres? —volvió a preguntar Elm a Val.

—No, y no lo entiendo.

—Bien, después de todo vamos a tener nuestro momento de gloria. Esos tipos deben de estar usando algún tipo de encubrimiento —argumentó France.

—¿Mis hombres habrán sido atacados?

—Parece probable —dijo la líder.

—Mierda.

—Buena descripción —concedió Tahiel.

—Vamos —ordenó Neoh.

Echaron una última mirada a Storm, el hombre parecía controlar la situación. Otto, el segundo de Storm, apareció ante ellos y se quedó mirando a los hombres dentro de la cúpula, seguían enzarzados en la pelea y juraría que se había escuchado algún sonido de huesos rotos. Neoh esperaba que fueran los de Alv.

—¿Qué hay, Otto? —preguntó el líder.

—La montaña está tranquila —explicó sin hacer alusión a la pelea—. ¿Debería preocuparnos eso?

—No, pero está claro que algo no encaja con respecto a los nórdicos —dijo Neoh con preocupación.

—No se percibe ningún sonido ni presencia extraña —expuso Elm.

France golpeó su barbilla con el índice, algo que hacía a menudo.

—A no ser que estén bajo tierra —conjeturó.

—Magnifico, ¿están escondidos como cobardes?

Todos se miraron.

—Eso parece —admitió Val—. Podría ser que mis hombres hayan

acabado luchando con ellos en algún lugar subterráneo.

—Eso déjame dudarlo. —France miraba a Val con acritud.

—Esto está lleno de cuevas...

Un quejido lastimero de Ull llamó la atención de todos. Storm no estaba herido y estaba completamente involucrado en la pelea. De hecho, a Alv no le quedaban demasiadas fuerzas. Y los lobos aún no habían empezado su propio enfrentamiento.

—¿Susan? —susurró Elm.

—Mierda —Elián desapareció.

—Otto, quédate aquí. Voy a quitar esa cúpula —ordenó France.

—De acuerdo.

Uno por uno, fueron desapareciendo.

Cuando volvieron a aparecer lo hicieron en la entrada a su lugar de asambleas, y France no estaba.

Pero había un tipo rubio, alto y con el rostro lleno de cicatrices, haciendo movimientos con las manos.

—¡Joder!

—Mierda.

—Pero, ¿qué?

Todos tenían diferentes quemaduras en la piel y no habían logrado entrar, saliendo rebotados al chocar con alguna especie de malla.

—Vaya, vaya, aquí tenemos al ingeniero.

France apareció justo detrás de él.



## Capítulo 18

—¿Quién eres? —Neoh cogió por la pechera al incauto. A pesar de ser un tío enorme, no parecía buscar escaparse.

—Yo..., no debería estar aquí —balbuceó el ingeniero.

—Eso ya lo sabemos.

¿Habían descubierto la cueva?

—Es el tipo que hace inventos para Alv, él fue el que hizo el entramado del que Storm no podía escapar en Bergen.

—Joder, esto duele —se quejó Val tocándose una pierna medio quemada.

—No lloriquees, ¿ahora tienes una jodida vagina? —azuzó France.

—Vete a la mierda.

—Bien, terminemos con esto.

France se puso delante del ingeniero apartando a Neoh y le arrancó la tráquea con una sola mano.

—Ya encontraré a tu lobo —amenazó.

—¡France! ¿Cómo pretendes que entremos ahora? —inquirió Elm.

—¿Tengo cara de idiota? He leído su mente, sé cómo lo hace y además se cómo deshacer el entramado.

—Me temía algo así —confesó Neoh—. ¿Tiene alguna fisura?

—Sé por dónde vas.

—Si están dentro, ellos tampoco podrán salir —adivinó Elm.

—Exacto —dijo Neoh.

—Venid, hay algún lugar por la parte de atrás, después podréis entrar.

Ella podía hacerlo de todas formas, pero necesitaban de su ayuda.

\*\*\*

—Solo espero que esto termine pronto —dijo Ariadna mientras levantaba su taza para tomar un sorbo de café.

—No creo que ese Alv sea un gran rival para nuestros hombres —murmuró Nora.

—El único peligro que puede tener ese hombre es que es impredecible —argumentó Kaira.

Lidia la miró.

—No conoce tanto las tierras como nuestros compañeros.

—Eso es cierto —dijo Aisha.

—Quiero verlos entrar sin un solo rasguño —susurró Susan.

—Lo harán —aseguró Ariadna.

Unos golpes, y el grito de varios hombres y lobos, las sobresaltaron. Kaira saltó de su silla y cuando se dirigía hacia la entrada varios hombres accedieron al comedor. Susan no conocía a ninguno y los rostros de sus compañeras le decían que ellas tampoco.

Eran diez, todos altos y espectacularmente rubios, de grandes músculos y armados con hachas y cuchillos; debían ser los noruegos y los habían encontrado. Los hombres de Neoh que vigilaban la cueva, debían haber sido abatidos; algunas de las armas goteaban con sangre todavía, eran unos auténticos vikingos.

Ariadna se posicionó al lado de Kaira.

—¡Desertora!

—¡Traidora!

—¡Puta!

Los gritos se intensificaron mientras se enfrentaban a Kaira.

—Cuánto entusiasmo, Sander, ¿los has amaestrado? —dijo la aludida con aplomo.

—Mereces morir —bramó el que parecía ser el líder del grupo.

—¿Cómo habéis entrado? —preguntó Ariadna.

—Digamos que tenemos amigos en estas tierras.

«Traidores», pensó Susan. Pero, ¿quién o quiénes?

—Cógela, es la compañera del líder Neoh.

De pronto entró un hombre de pelo negro y abundante.

—¡No! Ella es mía —decretó—. Neoh hará lo que queramos si la tenemos en nuestro poder.

—¿Zac? —Ariadna dio unos pasos atrás, tambaleándose—. ¿Cómo has podido traicionar a tu pueblo?

—Cállate —ordenó.

—¿Dónde está tu líder? —inquirió Lidia yendo hacia Ariadna.

—¿Ese cobarde de Val? Lamiéndole el culo a vuestros compañeros.

Susan no lo conocía tampoco, pero parecía que el tipo iba a terminar mal si se le ocurría tocar a una sola de las compañeras de los hombres de las montañas.

—Ven aquí. —ordenó Zac alargando la mano para coger a Ariadna. Kaira lanzó una patada a sus partes blandas que lo dobló por la mitad.

—¿Debimos haberle advertido? —preguntó uno de los noruegos riéndose de Zac.

—Ahora ya lo sabe, y parece haber entendido que nuestras mujeres también saben defenderse. —Se carcajeó Sander.

—Cabrones —se quejó Zac con voz ronca y forzada.

—Kaira, siempre he pensado que una mujer como tú debía ser una fiera en la cama —dijo otro hombre rubio.

Kaira se puso delante de Lidia y Ariadna, escudándolas con su cuerpo.

—Eso nunca lo sabrás, imbécil.

—Céntrate, idiota —advirtió el líder—. Y tú, Kaira, es imposible que puedas con todos, así que sal de mi camino.

—No las tocarás, Sander.

Por suerte todos hablaban el mismo idioma y podían entenderlos.

—¿Vamos a hacernos daño? —preguntó él levantando una ceja.

—Que así sea.

Kaira atacó a uno de los hombres y después de robarle su hacha le rebanó el cuello. Todas se quedaron impresionadas con los movimientos gráciles de la chica.

—¡Estás loca, mujer! —bramó Sander.

Pero Kaira siguió su camino y ya eran tres los hombres abatidos. Lidia, Ariadna, Nora y ella misma, se armaron con cuchillos de la cocina. Nora los lanzó desde detrás de la barra, y se dispusieron a defenderse unas a otras, empezando por Kaira que no podría aguantar mucho.

—Aisha, quédate en donde estás, no puedes ser herida de ninguna manera —advirtió Nora.

—Pero...

—Sin peros, no discutas ahora —le dijo a su cuñada.

—No os dejaré solas —decretó.

Susan se enfrentó a un hombre que debía sobrepasarla unos treinta centímetros. Él le quitó el cuchillo con tanta facilidad que ni siquiera tuvo tiempo de esquivar el puñetazo que conectó con su pómulo, un lacerante dolor golpeó su cabeza cuando cayó al suelo.

—¡Susan! —El grito de Aisha llegó amortiguado, le pitaban los oídos.

Solo a ella se le ocurriría meterse en esto sin saber cómo debía luchar.

Unos brazos la levantaron del suelo para estamparla contra la rocosa pared. Su espalda absorbió el impacto y juraría que vio las estrellas.

Los gritos de las chicas y tal como las veía a través de su visión borrosa, no le daban muy buena espina. Malditos hombres.

—¡Dejad de pelear! —ordenó el líder a sus hombres.

Lo cierto es que esos tipos hubieran podido acabar con ellas, pero solo las golpeaban un poco como advertencia. Kaira era la única que parecía no estar herida, pero sí exhausta.

Las mujeres volvieron hasta la mesa donde estaba Aisha. Susan no consentiría que ninguno de ellos se acercase lo suficiente para tocarla.

Más hombres llegaron corriendo.

—Es todo el maldito clan de Val —murmuró Lidia dolorida.

¿Todo un clan los había traicionado?

—Pagaréis por esto, Zac —amenazó Lidia.

—Vuestros compañeros nunca han contado con nosotros para nada, ¿qué esperabais? ¿Qué nos conformáramos? Ellos tienen compañeras, os tienen a

vosotras.

—¿Y qué tiene que ver eso con que nos traiciones? ¿Crees que con estos tarados sí vas a contar para algo?

—Solo recibimos vuestras migajas, ya va siendo hora de que dejemos de depender de vosotros.

—¿Para depender de ellos?

—Cierra la boca —ordenó Sander.

Los lobos emitieron aullidos y los hombres se pusieron en guardia.

—Creo que esto os va a salir muy mal.

Neoh, Tahiél, Elián, Val y una cabreadísima France aparecieron delante de ellas haciendo de barrera contra noruegos y traidores.

—Te lo dije, Val —advirtió France.

El hombre miraba a su segundo con los ojos entrecerrados.

—¡Zac! ¡Nunca debiste empezar esto! —bramó Val yendo a por él.

No se lo pensaron demasiado para atacar a los noruegos. Ellas retrocedieron y como si se tratara de una batalla, los puños, espadas y hachas volaron por doquier.

—¿Habéis tocado a nuestras compañeras? —gruñó Neoh.

—Estáis muertos —sentenció Elián.

¿Dónde estaba Storm? Una gran angustia invadió su cuerpo. Storm no estaba bien.

—Oh. Dios. ¡Tengo que salir!

—¿Qué ocurre, Susan? —preguntó Aisha preocupada.

—¡Es él! Puedo sentirlo, está mal.

—Espera a que te ayuden los hombres... —pidió Ariadna.

—Será demasiado tarde. —Se apresuró a alcanzar la puerta.

—¡No! Susan.

Las chicas gritaban a su espalda, alguien corría tras ella, pero no se paró a mirar. Esquivó a algunos hombres y siguió corriendo, ser bajita tenía que servir de algo.

Cuando salió al pasillo intentó situarse.

—¡A la derecha! —gritó Ariadna.

—¡Mantente cerca de tu hombre! Encontraré a Storm, puedo hacerlo.

—Deja que te guie hasta la salida.

Las dos respiraban con dificultad, aun así no dejaron de correr. Al llegar a la sala central vieron a varios lobos encerrados en una jaula.

—Son los lobos de los noruegos —aclaró Ariadna.

Los animales se lanzaron contra los barrotes nada más verlas. Sus cuerpos enormes y sus grandes fauces las aterraron.

—¿Y si escapan?

—Esperemos que no. —Ariadna los miraba de reojo.

Cuando la chica pasó delante, después de pasar varios pasillos más, se detuvo en una puerta que parecía hecha en la edad medieval, grande y pesada.

—Espera. Ponte mi abrigo.

Se lo dio y después enroscó un pañuelo alrededor de su cuello. Apretó unos botones en el lateral. El contraste entre lo antiguo y lo moderno la sorprendió.

—Bien, tu intuición te guiará. Pero ve con cuidado, no sabemos si hay más tipos noruegos ahí afuera.

—De acuerdo, gracias por tu ayuda.

—Solo cuida de ti misma, no corras riesgos. Avisaré a los hombres en cuanto la situación esté controlada.

Miró hacia la oscuridad, lo cierto es que le daba respeto. Decidida, atravesó las puertas y salió al claro. Sus ojos no tardarían mucho en acostumbrarse. Gracias a la conexión que tenía con Storm se guio a través del bosque.

No tenía ni la más remota idea de la distancia a la que se encontraba de Storm. Ull no aparecía por ninguna parte.

Apartó ramas que terminaron por rasparle las manos y aunque le costaba caminar a través de la nieve acumulada, en algún punto pudo correr. Aún le dolía la espalda y el pómulo le palpitaba.

Otro cúmulo de sensaciones la obligó a parar. Storm sufría. ¿Qué estaba pasando?

Retrocedió tocándose el pecho, era un dolor sordo. Un aullido lejano la hizo reaccionar y volvió a emprender la marcha, no sabía si habían pasado horas o solamente unos minutos desde que había sido consciente de que era Storm, o la situación en la que se encontraba él, lo que la había alterado tanto.

Llegó hasta otro claro y allí estaba Storm, herido, pero no por eso se mostraba menos agresivo. Alv también estaba sangrando, pero acababa de darle un buen golpe a Storm, este respondió con una patada en el pecho del hombre que lo envió volando hasta el tronco de un árbol.



# Capítulo 19

—¡Storm! —La voz de Susan le llegó clara.

La vio aparecer corriendo, y tropezando, cayó de rodillas al lado de Ull, que estaba herido.

—¡Susan! ¿Estás bien? —gritó aprovechado que Alv no se había recuperado del golpe.

—Sí.

Su precioso rostro no decía lo mismo, alguien la había golpeado y en cuanto acabara con el idiota de su antiguo cuñado se encargaría del asunto.

Uno de los hermosos ojos azules de su chica también estaba hinchado y eso le dio tanta rabia, que a pesar de estar débil por las heridas de Ull, que había terminado enfrentándose al otro lobo, se enfocó en Alv. Tenía que terminar con él.

—¡Ull! ¿Qué te ha pasado? —susurró Susan.

El lobo del líder noruego, no estaba tan mal como el suyo. Pero inició un ataque contra Susan. Ull se interpuso en su camino.

Alv volvió a la carga y cuando Ull se dio la vuelta para atacar al lobo de Alv, él le rompió el cuello al hombre. Los dientes de Ull se clavaron al mismo tiempo en el cuello del animal y sacudió la cabeza haciendo que también cayera derrotado.

Tanto Storm como Ull, se desplomaron en el suelo.

Susan gritó y corrió hacia él.

—Ocúpate de Ull, está perdiendo mucha sangre —gritó él parándola en seco.

Ella se sacó el pañuelo que llevaba al cuello y taponó la herida de la pata trasera del animal. Los dos estaban cada vez más débiles. Sabía que entre los golpes que había recibido Susan, y los que había recibido Ull, sumados a los suyos propios, le habían puesto en una mala posición.

—¿Están muertos? —susurró ella.

—Era él o yo —contestó incorporándose.

Si Ull no perdiera tanta sangre se recuperarían los dos. Se acercó a ella cojeando y se sentó a su lado.

Cogió su barbilla y observó su rostro de cerca.

—¿Quién te ha hecho esto?

Ella apartó la cara para mirar su mano apoyada en Ull. Y eso le dolió, Susan parecía decidida a no seguir con él. Tendría que dejarla marchar.

—Los hombres de Val os han traicionado, se han unido a los noruegos.

No se estaba incluyendo; esa frase acababa de confirmar que no deseaba estar entre ellos. Debería borrarle la memoria. Nunca le recordaría.

Sin embargo, él tendría que vivir con su recuerdo, tal como le había pasado con Helga. Volvería a vivir con esa tortura, y no estaba seguro de si podría superarlo.

—¿Dónde están todos? —preguntó alarmado.

—En la cueva.

Frunció el ceño.

—¿Nadie te protegió? ¿Cómo es que has podido salir?

—Storm, no sé muy bien cómo funciona esto del vínculo, pero pude sentir tu dolor, o tal vez el de Ull. Pero mientras la cueva se ha convertido en un campo de batalla, Ariadna me ayudó a salir para encontraros.

No era el momento de hablar de eso. Tenía que ayudar.

—¡Estáis aquí! —Otto apareció con todos los hombres de su clan tras él.

—No me he ido a ninguna parte.

—Te deshiciste de ese. —Otto señaló el cuerpo de Alv con la barbilla.

—Sí, ¿está todo bien en las montañas?

Su segundo asintió.

—Nos hemos ocupado de ellos, merodeaban cerca.

Storm se levantó; estaba mejor aunque no al cien por cien. Ayudó a Susan a levantarse ofreciéndole su mano. Ull tenía ya la herida cerrada gracias a ella, que taponándola había acelerado el proceso de curación.

—Susan dice que han entrado en la cueva con la ayuda de los hombres de Val. Hay más nórdicos de lo que creíamos.

—Val, ¿nos ha traicionado? —preguntó uno de los hombres detrás de Otto.

—Ha parecido tan sorprendido cómo los demás... —apuntó ella.

—Joder, ese clan está destinado a desaparecer —amenazó otro hombre.

Storm no soltó la mano de Susan.

—Bien, somos los refuerzos —ordenó—. Vamos a aplastarlos.

—No, espera. —Susan tiró de su mano—. La cueva está cubierta del entramado ese de plomo —advirtió.

Mierda.

—Pero Neoh y los demás han entrado...

Con ayuda de France.

—No creo que France esté por la labor de ayudarnos, y si lo atravesamos

de poco serviremos —dijo Otto.

Estaba pensando en la manera de acceder. ¿Cómo diablos habían hecho el entramado en tan poco tiempo?

—Yo puedo entrar, el plomo no me afecta —se ofreció Susan.

—Ni hablar...

—Storm, soy vuestra única oportunidad. Los hombres están luchando, pero también manteniendo a salvo a sus compañeras. Aisha está embarazada, pueden herirla y herir al bebé...

—No te pondré en peligro —gruñó.

Ella soltó su mano y señaló su pecho con un dedo.

—¡Basta! Lo voy a hacer de todas formas y no se te ocurra impedírmelo. Tengo a unas buenas amigas ahí metidas, y lo menos que puedo hacer es ayudarlas. No me digas lo que tengo que hacer, aún te falta mucho para eso.

Se dio la vuelta y empezó a caminar adentrándose en el bosque. Algunas sonrisas y risas apagadas salieron de las bocas de sus hombres.

Maldita sea, a él nadie le hablaba así.

—¡No soy uno de esos camioneros con los que acostumbras a tratar en la cafetería, mujer!

Ella se dio la vuelta.

—¿No? Pues me pareces igual de cavernícola que algunos de ellos.

Las carcajadas ya no se intentaron disimular.

—¡¿Qué coño os divierte tanto?! —bramó haciéndolos callar de golpe—. Vamos.

Apareció detrás de Susan y la levantó del suelo cogiéndola por la cintura. Cuando la volvió a dejar sobre sus pies, estaban de pie en la entrada de la

cueva.

—Bien, ¿y qué propones? —Sus hombres tardarían unos diez minutos en llegar, ninguno podía desmaterializarse.

—Entro y busco a France, ella os dará vía libre.

Puso una mano en la nuca y bajó la mirada resoplando.

—¿Y si te atacan antes de que la encuentres?

Susan lo miró y torció su preciosa boca.

—Intenta entrar.

Desapareció y volvió a aparecer al momento. Su cuerpo era incapaz de disolverse, tal como le había pasado en Bergen. Y se acababa de quemar el codo.

—¿Ves? —dijo ella.

—Comprobado. Pero, no sabes cómo están las cosas ahí adentro....

—Y yo no voy a perder más el tiempo. Para cuando lleguen tus hombres habré dado con France.

Él la abrazó.

—Esto va contra mis principios.

Susan acarició su rostro y besó sus labios.

—Todo irá bien.

Ella intentó soltarse, pero él no la dejaba marchar.

—¡Storm!

¡Joder!

—Vale, ve con mucho cuidado —dijo por enésima vez, ¿o tal vez solo lo repetía en su mente? Soltó su agarre reticente.

Ella resopló y lo empujó por el pecho; tenía la fuerza de una mosca.

—Eso ya lo sé.

Cuando ella entró, su corazón se encogió. Si la atacaban ahora, no podría entrar para ayudarla. Un macho de su especie nunca pondría en peligro a su compañera, no le extrañaría que ella terminara huyendo de él después de todo. Estaba claro que si lograba entrar, volvería a ser un cuerpo hecho de pulpa sangrienta y no serviría de nada.

Se estaba volviendo loco cuando Otto y los demás aparecieron en el claro.

—Vaya, parece que la humana tiene agallas.

Iba a acabar retorciéndole el pescuezo a uno de los suyos.

—Más que muchos de vosotros, y ahora a callar.

\*\*\*

Susan era consciente del enorme esfuerzo que había hecho Storm para no atarla a un tronco y entrar sin ella. Pero daba la casualidad de que no podía hacerlo, así que podía meterse su ego masculino por allí donde nunca daba el sol.

Maldito hombre. Resopló mentalmente.

Se pegó a las paredes, no estaba segura de recordar el camino de vuelta, pero aún se oían gritos y ahora que se fijaba, había hombres en las gradas, parecían estar muertos pero sin un solo rasguño. ¿La muerte de sus lobos?

Se metió tras la cortina grande y siguió por el pasillo.

—Susan. —Susurró alguien a su espalda

Se giró despacio y se encontró con Ariadna, que en aquél momento la

cogió de la mano y la llevó con ella.

—Espera, tengo que buscar a France. Storm está fuera con sus hombres.

—¿Sí? ¿Storm está bien?

—Estaba herido pero ya no lo está.

—Entiendo, espero que tú también —dijo guiñando un ojo.

—A estas alturas ya nada me sorprende.

Ariadna tocó su pómulo hinchado. Ella tenía un corte en la barbilla.

—Buen golpe.

—Tú también estás muy mona.

Se rieron en voz baja.

—Perfecto, vamos a por France.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Susan por fin.

—Hemos salido del comedor en cuanto hemos podido, temíamos por Aisha.

—Ah. ¿Qué ha sido de los noruegos?

—Los del comedor, reducidos, ahora están peinando la zona. Por eso hablo en este tono.

—¿Hay más?

—Eso parece.

—¡Vete! —gritó en un susurro—. Lo haré yo sola. Eres la compañera de Neoh, si te cogen...

Ariadna se giró.

—No voy a decirte lo harta que estoy de oír eso. Estamos cerca, no tienen que vernos.

Los pasillos, que antes habían estado iluminados por pequeñas antorchas colgadas en la pared, ahora estaban en penumbra; muchas habían caído y pocas iluminaban la zona. Unos pasos acelerados iban hacia ellas. Ariadna la empujó hacia atrás y se escondieron en una esquina.

—¿Quién era?

—No he logrado verlo —susurró Ariadna.

Las dos se quedaron en silencio. Todo parecía tranquilo hasta que un grito de hombre rasgó el aire.

—Creo que a alguien le están sacando la mierda a golpes —dijo Ariadna, y no parecía contenta con eso.

—Ya veo. A partir de aquí voy sola.

—No, vamos.

Abrieron la cortina del comedor y se encontraron con muchos de los noruegos atados con cadenas.

—¡Neoh!

—¡Joder, nena! Te he dicho que no entraras aquí.

Ella hizo rodar los ojos.

—Storm está fuera.

—¡France! ¿Podrías...

—Estoy en ello —contestó la aludida.

\*\*\*

Storm y sus hombres aterrizaron en un montón. Storm tuvo que apoyar la



rodilla en el suelo además de los puños para no partirse los dientes.

—¡Joder! —exclamó Storm.

Sus ojos buscaron a Susan que lo contemplaba pagada de sí misma. Por suerte, estaba bien.

—¿Te has hecho pupa? —preguntó France con una mueca.

—Eres una jodida sádica —contestó furioso.

—De nada, a mí también me alegra verte —dijo cruzando los brazos bajo su pecho y golpeando el suelo con un zapato de tacón.

Neoh se plantó delante de Storm y puso una mano sobre su hombro.

—¿Te has deshecho de él? Me alegra ver que estás bien.

—Sí, aunque su lobo atacó a Ull.

Storm miró a los hombres a su alrededor, todos estaban golpeados, algunos tenían huesos rotos y se quejaban por dolor y por estar atados a un enorme tubo de plomo, aunque los de Alaska no estaban mucho mejor.

—Ya veo que no habéis llegado a un acuerdo.

—No...

—¡Soltadlos o le rebano el cuello a la humana! —gritó un hombre cogiendo a Susan.

Neoh corrió a cubrir a Ariadna.

—¡Suéltala! —ordenó Neoh.

—France, ni te muevas —amenazó Storm.

—Sois todos iguales, siempre queriendo ser los héroes.

—Ya me has oído.

Storm no apartó la mirada ni una sola vez del hombre que tenía atrapada a

Susan. Debía darle crédito, ella parecía tranquila, aunque sabía que no lo estaba.

## Capítulo 20

—Si ese cuchillo deja una sola marca en su cuello, te arrancaré la cabeza con mis propias manos.

Susan abrió más los ojos.

—¿Es tu compañera? Suéltalos y no le pasará nada.

—Suéltala y no te pasará nada a ti.

Storm se movió como un borrón y Susan fue catapultada a los fuertes brazos de Neoh que la sostuvieron con firmeza.

—¿Sabes? Ya me estáis cansando, putos noruegos.

Le pegó un empujón y acabó a los pies de su líder, Sander.

—¿Tú? —exclamó Susan.

—¿Lo conoces?

—Es el que la ha puesto así de bonita —explicó France.

Storm no se lo pensó, lo cogió por la nuca y aplastó su cara contra la tubería de plomo. Los gritos del hombre hicieron eco por toda la cueva, para cuando lo soltó, su rostro estaba desfigurado y seguía gritando.

Fue a abrazar a Susan.

—Nena, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Así que los hombres de Val? —preguntó a Neoh, como si nada hubiera pasado.

—Sí, ayudarlos con parte de nuestras ganancias no era suficiente y se aliaron con estos.

—La noche de las explosiones vi al lobo de Zac en el camino cerca de mi cabaña, no hice la conexión. Pero estoy seguro de que fue él el que guio a los humanos.

—Bastante probable.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Elm.

—Yo voto por meterlos en un carguero y hacerlo estallar en alta mar. — France, dando ideas, era única.

—Decidid lo que os parezca mejor. Voy a ver a las chicas. Puede haber alguno más por ahí —dijo Tahiel.

—De acuerdo —concedió Neoh.

Kaira, que estaba al lado de France, dio un paso adelante.

—Quisiera hablar, si me lo permitís.

Neoh hizo un gesto con la mano para darle la palabra.

—Ha llegado a Bergen un macho que es todo lo opuesto a Alv, ha estado fuera aunque nació en Noruega. Él podría ser el nuevo líder y defender nuestros derechos.

—¿Confías en él? —preguntó Storm.

—Sí, creo que deberías conocerlo. He sabido cosas sobre él... quise hablar contigo antes pero ya te habías ido. Es mejor que lo veas con tus propios ojos.

Storm levantó una ceja.

—France, ¿te importaría traerlo aquí? Vamos a asegurarnos de que ese hombre es el adecuado. No quiero más conflictos con Noruega —pidió Neoh—. Y deshazte del entramado.

—Di la palabra mágica, Neoh. No estoy a tus órdenes.

Neoh, sonrió.

—¿Por favor?

—Está bien. —Cogió la mano de Kaira y con la otra acarició su rostro—. Ella tiene que venir.

Eric, que estaba en una esquina agazapado, soltó un sollozo.

—France se ha cansado de su juguete, no le doy a Eric ni dos días de vida —susurró Elián.

—Es su problema —soltó Elm.

Storm lo habría matado antes, al fin y al cabo no era más que un débil maltratador de mujeres, pero no se pronunció.

De pronto France volvió a aterrizar con Kaira y un hombre de espaldas a ellos. France miró al chico y después a Storm.

—Esto se pone interesante.

Cuando el hombre se giró todos se quedaron petrificados. Era de piel bronceada y pelo demasiado oscuro para ser noruego, también era alto y atractivo, su mirada oscura aterrizó en Storm y a él... le pareció estar delante de un espejo.

—¿Quién eres? —preguntó sin poder creer que podía ser...

—Soy tu hijo, mi madre se llamaba Helga.

—¿Cómo... —Mierda no le salían las palabras. Se llevó la mano al pecho; sentía un dolor sordo justo debajo del esternón.

—Hace dos días me metieron en la prisión y supe que Alv, mi tío, emitió una orden; si él moría, yo debía morir también.

—Hijo de puta —exclamó Elián—. Se quería vengar de ti aún después de morir.

Storm miró a Kaira.

—¡Tú! ¡Maldita zorra! ¿Lo has sabido todo este tiempo?

—Cuidado Storm, mide tus palabras —advirtió France.

Kaira, se adelantó y se puso al lado de su hijo. Storm se sentía mareado.

—No voy a tener en cuenta tus palabras dada la situación. Deja que te explique. Se llama Tollak y no vivía en Bergen. Mi tío nunca nos habló de él. France me llevó a mi país cuando me recuperé de las heridas. Quería despedirme de mis padres durante un tiempo porque quiero empezar una nueva vida en Estados Unidos. Les hablé de ti y ellos me explicaron lo de tu hijo. Lógicamente temían a Alv, por eso callaron.

Storm se acercó a Tollak y puso las manos sobre los hombros de su hijo, lo miró a los ojos sintiendo cómo se le aceleraba el corazón. Este era su hijo, de él y de Helga; su querida Helga.

—Tu madre y yo siempre quisimos ese nombre para ti —Tiró de él, y puso la frente de su hijo sobre su pecho, después besó su coronilla, así se demostraba el amor fraternal en su raza—. Lo siento, Tollak, si lo hubiera sabido te habría buscado...

—Lo sé, padre.

*Padre.* Storm atesoró la palabra en su corazón.

—¿Qué ocurrió?

—¿De verdad quieres saberlo? No creo...

—Quiero toda la verdad.

Tollak lucía triste.

—Alv encontró a mi madre en la playa, aún estaba viva, pero murió poco después; me sacó de su vientre, solo faltaba un mes para mi nacimiento. Se encargó de que recibiera los cuidados adecuados por unos curanderos en

Suiza; dijo que era su hijo y después me mantuvo allí estudiando. Siempre he vivido en ese país, allí encontré a mi compañera y ahora tengo siete hijos. Toda esta historia la he sabido ahora y me ha sorprendido tanto como a ti.

—Pero yo encontré a Helga...

—Todo lo preparó Alv, te hacía culpable por haberte ido y de su posterior muerte, dejó el cadáver de Helga allí de nuevo, cuando tú la encontraste embarazada y muerta, no podías saber que ese bulto no era yo. Las mujeres se encargaron de preparar su cadáver y mi tío las mató poco después para que no hablaran. Yo también le odié en cuanto me enteré de todo esto.

—¡Maldito cabrón! —gritó apretando los dientes.

—Tú tenías que morir poco después, pero no lo hiciste, y eso lo cabré demasiado. Alv tenía las manos atadas; no era líder, y si empezaba una guerra por atacarte..., bueno ya sabes, lo hubieran juzgado y decapitado junto a su lobo.

—Mierda.

Sintió como si mil cuchillos atravesaran su corazón.

Unos cuantos *flashes* golpearon en su cabeza en forma de recuerdos. Helga era tan hermosa y estaba tan llena de vida, que él era feliz solo con mirarla. Era una mujer fuerte y lo amaba tanto como él a ella y ahora, después de tantos años, le había dado el mejor de los regalos. Tollak era una realidad, su amado y deseado hijo estaba ante sus vidriosos ojos.

«Te amo, Helga. Nunca dejaré de hacerlo». «Perdóname por intentar ser feliz de nuevo, creo que Susan te gustará, es una mujer maravillosa, tanto como tú. Por eso sé que sabrás entenderlo allá donde estés. Gracias por darme a Tollak».

—Te tengo, padre —La voz de su hijo llegó para apartar sus recuerdos.

Estaba abrazado a su hijo y se negaba a soltarlo, le fallaban las rodillas. Ese hijo de puta de Alv le había robado la infancia de Tollak, pero nunca más podría hacer daño a su familia.

—Tollak, quiero que conozcas a alguien —dijo intentando recuperarse.

Se giró para buscar a Susan, pero ella no estaba allí.

\*\*\*

Susan corrió tan rápido como pudo. Storm no había dejado de amar a Helga, y el destino había escogido ese preciso instante para que ella escuchara claramente las palabras de Storm en su mente.

*«Te amo, Helga. Nunca dejaré de hacerlo».*

Después había huido y las siguientes palabras se disiparon, ya no quiso saber nada más, era un hombre enamorado de su compañera muerta y no tenía por qué saber hasta qué punto, no se torturaría así. Se había enamorado de un hombre que nunca sería suyo completamente. El fantasma de su mujer siempre estaría entre ellos. Era imposible competir con eso.

No supo muy bien cómo, pero llegó hasta la casa de Neoh, vio el todo terreno en la entrada y probó a abrir la puerta; tuvo suerte. Buscó alguna llave y la encontró debajo del asiento. No era tan extraño, ¿quién iba a querer robar un coche a estos hombres?

Arrancó y bajó por el camino a toda velocidad, la nieve era abundante, pero nada la frenaría. Necesitaba desaparecer.

Al cabo de una hora estaba abrazada a su madre. La única persona, aparte



de su abuela, con la que amaba estar.

—Tranquila mi niña. Todo se arreglará.

No le había explicado nada, pero su madre siempre la consolaba, pasara lo que pasase.

—Mamá, ¿recuerdas que me hablaste de un trabajo en Seattle?

—Sí, ¿lo vas a aceptar?

—Sí, necesito cambiar de aires.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Algún día me lo contarás?

Sabía que si contaba la verdad la tomarían por loca, tal como habían hecho con su abuela. Pero tenía tiempo para pensar, ya se le ocurriría algo.

—Voy a sacar un billete de avión —dijo levantándose.

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

No iría a su piso a buscar ropa. Haría una simple maleta con las ropas que aún tenía en casa de sus padres; un par de vaqueros, jerséis y un vestido para la entrevista, sería suficiente.

Se tumbó en la cama de su vieja habitación y lloró.

\*\*\*

*Un año después.*

Seattle.

—¡Oh, no me lo puedo creer! —exclamó Anna, su vecina de mesa.

Un chico traía un ramo de flores, una caja de bombones en forma de corazón y una tarjeta enorme.

—¿Señorita Jones?

—¡Sí! ¡Soy yo! —gritó Anna.

Susan sonrió al ver como daba pequeños saltitos al salir de detrás de su mesa. Cuando el chico se lo entregó todo, se fue. Anna abrió la tarjeta de manera apresurada.

—Feliz día de San Valentín, ¿quieres comer conmigo? Solo asómate, y di que sí —leyó en voz alta.

Susan cogió un rotulador negro de punta ancha y escribió «SÍ» en un folio. Anna ya estaba atravesando la oficina para correr hacia la ventana.

—Espera, Anna. Esto te ayudará —dijo extendiendo el folio hacia ella.

—Oh, sí. Gracias, estás en todo, Susan.

Ella se rio y miró fuera de la ventana por detrás de su compañera de trabajo. Un hombre rubio y guapo estaba apoyado en un Audi negro con los brazos abiertos, vestía un traje que le quedaba genial, la gente que pasaba por la acera lo miraba sonriendo.

Cuando Anna plantó el folio en la ventana, él levantó los puños como si acabara de ganar un combate de boxeo. Se rieron las dos a carcajadas.

—Es un hombre maravilloso, Anna.

—Lo es. —Miró su reloj—. Van a ser los diez minutos más largos de mi vida.

—Vete. Yo entregaré los informes de ventas. No te preocupes —se ofreció.

—¿Sí? ¿Harías eso por mí? —preguntó esperanzada.

—Pues claro, anda ve con tu Romeo.

—¡Gracias!

Anna la abrazó y besó su mejilla. Se puso el abrigo y salió corriendo de la oficina. No habían pasado ni tres minutos cuando la vio abrazada a su novio. Hacían buena pareja.

Repasó los informes en la mesa de Anna y recogió los suyos. Los viernes, su jefe desaparecía del mapa, así que los dejó sobre su mesa y cerró la puerta al salir. Se puso el abrigo y saludó al hombre mayor que ya entraba con su carro para hacer la limpieza.

Le esperaba un largo fin de semana por delante, los viernes por la tarde no trabajaba. Pero tenía a alguien esperando en casa, alguien que le había robado el corazón. Los sábados limpiaba, hacía coladas, leía y veía películas; comedias en su mayoría. Las películas románticas las dejaba de lado, igual que los libros de ese género. Los domingos salía a pasear por el parque acompañada de su amor.

Le apetecía comer *sushi*, así que paró en un restaurante japonés de camino a casa. Tal día como hoy, un año atrás, huyó de esas montañas. Huyó de Storm el día de San Valentín.

No lo había olvidado, nunca lo haría. Ningún hombre estaría nunca a su altura, pero ella debía seguir con su vida.

Quería ser honesta y llamarlo. Hablarle de algo que tenía derecho a saber.

Supo por su madre que él la había buscado durante un tiempo y había insistido yendo a casa de sus padres. Hablaba con Aisha de manera regular, Alistair, estaba cada vez más regordete y era un niño guapísimo, su amiga le enviaba fotos a menudo. Prometió a Aisha que iría a conocerlo, pero era

como ir cuesta arriba, se le hacía un mundo volver a esas tierras.

# Capítulo 21

Storm la vio salir de la oficina en donde trabajaba. Su cabello negro era ahora más largo y le cubría la espalda terminando en pico, era un corte de pelo moderno, suponía, y estaba preciosa. Sus ojos azules barrieron la calle, pero él sabía cómo pasar desapercibido a pesar de su tamaño.

No se había perdido la pantomima del tipo del Audi, ¿eso hacían los humanos para hacer felices a sus compañeras? Se había salvado de que eso no iba por Susan.

La siguió a una distancia prudencial. Solo hacía unas horas que por fin había convencido a sus padres de que iba en serio y de que deseaba reconquistarla. Su madre había resultado ser una romántica empedernida y su padre había amenazado con descerrajarle un tiro con la recortada, el hombre era todo sonrisas. Fantástico.

Susan entró en un restaurante japonés y al ver que no tomaba asiento esperó. Al poco rato salió con una bolsa de papel y siguió andando. De vez en cuando miraba esos escaparates llenos de cajas rojas. San Valentín era un día muy celebrado por los humanos. Pero él no lo era, aunque había tomado nota.

Después de caminar unos diez minutos y estar a punto de estrangular a varios tíos que se giraron para admirar el trasero de Susan, ella se paró en un portal. Ese era su momento. Mientras se acercaba a ella admiró su ropa, llevaba una falda estrecha que terminaba justo encima de sus rodillas y los tacones la hacían más esbelta.

Suponía que estaba buscando las llaves en su bolso, ya que lo apoyó sobre una rodilla levantada.

—Susan. —La voz le salió más ronca de lo habitual.

Ella dio un respingo y clavó sus ojos en él, dejando caer su bolso al suelo.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó recogiendo el bolso a sus pies.

—¿Storm?

—Por fin te he encontrado. —Levantó la mano para acariciar su mejilla, pero la dejó a medio camino cuando ella se apartó.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —preguntó a pesar de la sorpresa.

—Alguien que te quiere quiso ayudarme.

—Mi madre —adivinó—. Esa mujer necesita unas palabras...

—No te enfades con ella, fui muy insistente. Y si te sirve de consuelo, tu padre amenazó con dispararme si te hacía daño.

Ella sonrió, pero fue una sonrisa triste. El daño ya estaba hecho.

—¿Puedo subir a tu casa? Desearía hablar contigo...

—No, habla aquí. De todas formas iba a llamarte... un día de estos.

Susan sacó su teléfono móvil y marcó un número.

—Hola cielo, estoy abajo, te llamo para que no te extrañes si no subo enseguida, ¿puedes esperar?

Storm se quedó clavado en el sitio. ¿Tenía a alguien en su vida? ¿Acababa de decir que iba a contactar con él?

—De acuerdo, gracias.

Cuando colgó el teléfono lo miró.

—Vamos a ese parque, allí podremos hablar.

No tenía muy claro qué decirle ahora. Ella había conocido a un hombre y él se quedaba fuera.

Cruzaron la calle caminando uno al lado del otro, y al llegar, ella regaló su comida a una mujer que estaba sentada en un banco.

—Gracias, mi niña —dijo la señora, que iba bastante sucia.

Se sentaron en un banco unos metros más allá.

\*\*\*

Susan no se había desmayado al verlo, pero poco había faltado. Storm estaba más delgado, aunque más fornido que cualquier humano. Llevaba el pelo algo más corto y sus hermosos ojos negros estaban tristes. Vestía unos vaqueros oscuros que se ceñían a sus musculosas piernas y un jersey negro de cuello vuelto que marcaba su amplio pecho. La cazadora de cuero, era de tres cuartos y sus botas de motero lo complementaban perfectamente.

—¿Cómo está Tollak?

—Bien, es el líder del clan en Noruega, se ha trasladado allí con toda su familia. Conocí a mi nuera y a todos mis nietos.

Ella sonrió.

—Eres un abuelo joven.

—No creas, con tanto niño rodeándome acabé algo loco los primeros días, pero contento de tenerlos. ¿Y a ti, cómo te va?

—Bien, conseguí este trabajo y llevo en él desde que vine a Seattle. Mi jefe es un amigo íntimo de mi padre, así que no significó ningún esfuerzo para mí.

—Entiendo.

Se quedaron callados unos minutos, no sabía muy bien cómo preguntar

por su vida. ¿Tendría una nueva compañera? ¿O seguiría viviendo del recuerdo de la madre de su hijo?

—¿Por qué te fuiste, Susan? —preguntó él al fin.

Ella soltó el aire.

—Storm, el día que supiste que tu hijo estaba vivo yo pude oírte en mi mente. Decías lo mucho que amabas a Helga, hablabas con ella y yo sentí que estaba demás allí.

Él frunció el ceño.

—Si no recuerdo mal, también le hablé de ti. Era una costumbre que tenía, era mi manera de mantener su recuerdo vivo. Ese día me despedí de Helga, y le dije lo preciosa que eras y lo mucho que te quería.

—¿Sigues hablando con ella? —preguntó sorprendida por la revelación.

—No lo he vuelto a hacer. Tú siempre ocupas mi mente, Susan. Y lo he pasado mal, nuestro vínculo no era tan fuerte como para poder localizarte a tanta distancia, pero sí como para hacer mi vida miserable. Tus amigas decidieron convertirse en tumbas y tus padres también.

—No quería que me localizaras, estaba resentida contigo. No deseaba estar entre Helga y tú.

—Nunca has estado en esa posición. Te amo, nena. Helga es el pasado, y es ahí donde seguirá estando.

Susan se miró las manos, ahora venía lo más difícil. Si él decía que la amaba podría dejar de hacerlo en cuanto ella hablara.

—Pero he llegado tarde, ¿verdad? —susurró él—. Me gustaría poder hacer desaparecer a esa persona y ocupar su lugar. Pero no creo que estés de acuerdo con eso.



Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Es un tipo con suerte. —Se levantó—. Ya he hecho bastantes barbaridades durante mi existencia, si le amas, no voy a inmiscuirme más en tu vida.

—¿Y quién ha dicho que es un hombre? Vamos, te quiero presentar a alguien.

\*\*\*

Mierda, ¿a Susan también le iban las mujeres? Joder, eso sí que no se lo esperaba. Esta mujer tenía una cualidad innata para dejarlo perplejo.

—No Susan, no creo que sea una buena idea...

—Storm eres un líder, demuéstalo y enfrenta esto. Vas a subir a casa, y después puedes irte, si así lo deseas.

La siguió como un autómata. No tenía muy claro si eso era lo que quería. Pero también tenía curiosidad, su vida era una verdadera mierda, si añadía un poco más no lo mataría.

Para cuando ella metió la llave en la puerta de su piso, ya estaba a punto de volver a meterse en el ascensor y huir. Pero ella entró y llamó a alguien sin alzar demasiado la voz.

—¿Vanessa?

—Estoy aquí.

Una chica de unos veinte años apareció por un pasillo, era morena con grandes ojos, no demasiado alta y muy bonita. Mierda era cierto, ella tenía pareja y era una mujer.

—Hola cariño, siento haberte hecho esperar. —Se giró y lo señaló. —Él es Storm.

Vanessa lo escudriño de arriba abajo y pudo ver la apreciación en sus bonitos ojos.

—¿Es él?

—Sí.

La chica alargó su mano y él se la estrechó.

—Encantada, Susan me ha hablado de ti.

¿En serio?

—No sé qué contestar a eso —dijo sinceramente.

La chica compuso una amplia sonrisa y después de darle un beso en la mejilla a Susan, se despidió.

—El lunes volveré a la misma hora, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias, Vanessa, que pases un buen fin de semana.

—Igualmente —contestó guiñando un ojo en dirección a él.

No estaba entendiendo nada. ¿Tenían una relación abierta? No, él no aceptaría eso. No compartiría a Susan.

—Puedo oír los engranajes en tu cabeza.

—¿Qué? ¿Ella es.... Por qué se va? ¿No vive aquí?

—No, vive con su novio.

¿Qué más podía pasar?

—Sígueme —pidió Susan mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en un perchero junto a su bolso.

Ella se dirigía a una habitación. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Encontrarse a un

tipo durmiendo a pierna suelta?

—¡Susan, espera! Lo he captado y creo que es suficiente. No hay sitio para mí en tu vida. La cagué y lo comprendo, pero esto me supera.

—Shhh, no grites, la vas a despertar.

¿Otra mujer?

No se movió de donde estaba. No quería continuar aquí pero tampoco quería marcharse. Seguía enamorado de ella y le costaba dejarla atrás. ¿Por qué su madre no lo había puesto en antecedentes?

—Hombre testarudo. Está bien. No te muevas de ahí, enseguida vuelvo.

Debería largarse, esto no iba a salir bien. Primero esa Vanessa y ahora otra tía iba a salir por ese pasillo.

Se dio la vuelta dispuesto a largarse, podía desplazarse hasta Alaska, pero no quería eso. Quizás volvería a ese parque y terminaría de lamerse las heridas.

—Storm, ella es la razón por la que te hubiera llamado tarde o temprano.

Giró sobre sí mismo y vio a Susan con un bebé en brazos.

—¿Eres madre? —preguntó confuso.

—Gracias por no leer mi mente...

—¿Crees que he tenido ocasión? Me estás bombardeando con tu nueva vida.

Sonrió y miró la cara del bebé.

—Ella es Ylva, y es tu hija.

Ylva, loba en noruego. El nombre que le hubiera gustado poner a una hija suya. ¿Pero, cómo podía ser?

—Pero tú eres humana.

—¿De verdad? —preguntó con ironía.

—Se suponía que no podíamos tener hijos, ni siquiera se había cerrado el vínculo.

Se acercó a ella para verla. Susan alargó los brazos y él la cogió. En aquel momento la pequeña abrió los ojos y lo miró. Su regordetas manitas aferraron su dedo y él casi babeó mirando su bonito rostro con sus sonrosados mofletes.

—Es preciosa. Es como tú.

—Tiene tus ojos.

Sí, los tenía y..., tenía que sentarse. Se fue al sofá que había visto al entrar y tomo asiento con la pequeña en su regazo.

—¿Creías que Vanessa era mi amante, que tenía a otra mujer en la habitación y que era una especie de hippie de los setenta haciendo acopio del amor libre?

—Tú sí has leído mi mente...

—Solo los diez últimos minutos. Y he tenido que hacer un gran esfuerzo para no reírme.

—Qué graciosa.

Ella sonrió.

—También sé que me amas.

—No he dejado de hacerlo en todo este tiempo.

Miró a su hija. Y frunció el ceño.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque hubiera sido demasiado para los dos, tú aún estabas digiriendo la noticia de que Tollak estaba vivo. No temas, no te lo iba ocultar por más

tiempo.

—Me hubiera gustado estar a tu lado.

—Storm, no estaba preparada. No te enfades, no pretendía herirte con esto.

—Verte y conocer a Ylva, ha disipado cualquier atisbo de enfado. No creas que no me vengaré.

Ella se sentó a su lado y puso una mano sobre la cabecita de la pequeña, sonriendo.

—Tiene tres meses y le hablo de ti continuamente. Le he explicado lo maravilloso que es su padre y le prometí que te conocería pronto.

—Tú eres maravillosa, acabas de hacerme el hombre más feliz de la tierra, gracias por recordar el nombre.

—Me gustó cuando lo dijiste.

Storm se quedó pensativo.

—Esto no tiene explicación, ¿sabes?

—Hay muy pocas cosas en tu mundo que la tengan. Pero ella está aquí y eso es suficiente para mí.

—¿Lo sabe Aisha?

—No, no hubiera podido ocultárselo a Tahiél. No quería ponerla en ese compromiso. Los únicos que lo saben son mis padres. Y debo aclarar que Vanessa es la chica que se hace cargo de Ylva cuando estoy trabajando. Le encantan los niños y le tengo un gran aprecio, ha sido de gran ayuda. No podía permitirme estar más tiempo por baja maternal, tenía que volver a trabajar.

—Comprendo.

Giró su rostro y besó sus labios.

—Te he echado de menos. Siento todo lo que pasó en la cueva.

—Te quiero, Storm. Debí quedarme y hablar contigo, pero simplemente no pude.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

—Estoy de acuerdo.

Hablaban con los labios pegados bajo la atenta mirada de su hija. Aún no se lo podía creer, alguien intentaba provocarle un paro cardíaco.

—Eres un hombre fuerte, nadie va a conseguir terminar contigo.

—Vaya, ¿y tú te quejabas de France?

Ella soltó una carcajada. No controlaba muy bien eso de leer la mente.

—Es la novedad, será por tenerte tan cerca.

## Capítulo 22

—¡Oh! Storm, es impresionante.

Habían dejado a Ylva al cuidado de sus padres y Storm la había transportado a Florencia. Estaban en un hotel y muchos globos rojos y cajas de bombones adornaban la estancia.

—No podía dejar de regalarte tu día de San Valentín.

—Gracias.

Cuando él abrió su mano, una gargantilla de oro con brillantes incrustados estaba sobre su palma.

—Esto es para ti.

—Es preciosa —dijo besando su boca.

—Deja que te la ponga.

Se dio la vuelta y apartó su cabello para facilitar la tarea.

—Quiero verte con esto... y nada más. —Storm habló posando los labios sobre su cuello mientras bajaba la cremallera del vestido de noche.

Habían ido a cenar y a pasear por la ciudad bajo un manto de estrellas nocturnas. Susan no podría estar más contenta. Al fin estaban juntos, y lo podían disfrutar. Sus padres habían demostrado que siempre podrían contar con ellos. Querían a Ylva y ya conocían a Storm. Su madre le dijo que ese hombre la amaba y que no lo soltara. Se rio cuando le dijo eso en un susurro nada disimulado.

Storm le propuso un nuevo trabajo en su oficina que ella aceptó encantada. Llevar la contabilidad de la empresa de su compañero era algo que estaba muy unido a su preparación en la universidad.

—Tu piel me vuelve loco —dijo, cuando sus manos viajaron por su cintura.

No llevaba sujetador, solo las braguitas de encaje que habían comprado, antes de ir a cenar, junto al vestido y los zapatos. Él también se había comprado un traje de tres piezas.

Gimió cuando sus dedos acariciaron la base de sus pechos, siguiendo un camino ascendente. Disfrutaba de la sensación de tenerlo pegado a su espalda y podía sentir su erección, así que solo le faltó llorar por la pérdida cuando él dejó de acariciarla para ir a por su ropa interior y bajarla por sus muslos, dejando un reguero de besos en su espalda.

La giró por sus hombros y la miró fijamente a los ojos.

—No más separaciones, nena. Te necesito a mi lado, eres un regalo para mí y no creo que pueda superar volverte a perder.

Estar desnuda ante un hombre vestido no debería ser tan excitante, pero lo era. Enganchó las solapas de su chaqueta y la hizo caer por los amplios hombros.

—No me volverás a perder —sonrió—. No lo he pasado mucho mejor que tú.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar las noches interminables al principio de su traslado a Seattle. Después del nacimiento de su hija había estado tan ocupada que caía rendida, siempre con la imagen de Storm en la mente. Imaginándolo con su pequeña en brazos. Llegó a pensar que eso nunca ocurriría. Ya le habían negado ver crecer a su hijo mayor y ella no estaba actuando honestamente tampoco. Fue cuando tomó la decisión de decírselo cuanto antes, ellos podían no estar juntos, pero Storm merecía conocer a su hija.



—Nena, no llores, sé que has pasado por muchas cosas tú sola, y eso no volverá a ocurrir. Quiero que lo vivamos todo juntos, que nuestra hija se haga adulta ante nuestra mirada, y nuestros otros hijos también.

Ella levantó una ceja mientras también deslizaba la camisa por sus musculosos brazos.

—¿Vamos a tener más hijos?

—Sí, si tú quieres.

—Soy hija única y sé lo que es eso. Claro que quiero tener más hijos.

Cuando el torso masculino se mostró ante ella sus manos dibujaron un patrón a través de su pectorales bajando hacia la cintura de los pantalones. Los desabrochó y bajó, junto con el bóxer, y se arrodilló ante él.

—Déjame demostrarte cuánto te he echado de menos, Storm.

—Te recuerdo que hace un año que no toco a una mujer y tenerte ahí va a terminar conmigo.

Y esas palabras hincharon el corazón de Susan. Él había sido fiel. Y ella, solo con pensar que otro hombre la tocara, ya hacía que desechara la idea de salir con alguien.

\*\*\*

Su boca era puro fuego. Storm no podría aguantar mucho tiempo si ella seguía torturándole de esta manera, pero sentir su lengua alrededor de su glándula era demasiado bueno. Una de sus manos acarició los testículos y él creyó estallar. Cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones.

—Sí, Susan...

Ella siguió elevándolo a lo más alto y se dejó llevar pronunciando su nombre. Susan había demostrado que sabía cómo jugar con él, y su amor por ella aumentó, si eso era posible, muchos grados más. Susan dejó de limpiarlo con su lengua justo en el momento en que él la miró.

Sus ojos azules sonreían. La ayudó a incorporarse y la atrajo hacia él.

Aparecieron en una playa de Cuba en plena noche, aunque no sabía la hora. Susan jadeó.

—Nos van a ver.

La música de algún bar de copas cercano llegó hasta ellos.

—Está oscuro y... no estamos solos. Hay más parejas dispersas por aquí.

La tumbó en el suelo.

—Todos ocupados —terminó.

—Oh.

Sus labios buscaron su boca y la besó como si el mundo se fuera a acabar.

—Déjame hacerte sentir bien.

Tocó su centro, y lo encontró húmedo y preparado para él. Su pene reaccionó al instante sin importar el poco tiempo que hacía que se había corrido en su boca.

Se posicionó y la penetró de una embestida, al mismo tiempo que formaba una mampara que los cubría de miradas ajenas. Sabía que ella no apreciaría que alguien pasara por su lado.

—Storm, hace demasiado tiempo...

—¿Te duele?

—No, no —se apresuró a aclarar—. Tenía necesidad de ti.

Gruñó saliendo y volviendo a penetrar su cuerpo. Su boca encontró un

pezón y lo mordisqueó arrancando de ella suaves gemidos.

—No pares...

—No pensaba...hacerlo.

Ella cada vez estaba más cerca del orgasmo, podía sentirlo.

—Dámelo, necesito sentirte, nena.

Y Susan se dejó ir mientras él absorbía sus pequeños gritos en su boca. Estaba tan excitado que las contracciones en los músculos interiores de su vagina lo lanzaron de lleno a un orgasmo demoledor. Sus respiraciones erráticas se mezclaron y la abrazó con fuerza.

—Te amo —dijo ella cerca de su oído.

—Te amo, Susan —contestó acariciando su mejilla con la punta de la nariz—. Y te amaré siempre, prometo ser un buen compañero y un mejor padre para Ylva, nuestra preciosa niña. Voy a disfrutar cada día de mi vida de la suerte de teneros conmigo.

—Lo sé. Eres el mejor compañero que una mujer podría desear.

Se relajaron un rato mirando las estrellas antes de volver al hotel y dormir un rato.

A la mañana siguiente fueron a buscar a Ylva y, después de charlar un rato con sus padres, visitaron a Aisha y a Tahiél. Alistair era un bebé guapísimo también al natural, y cuando abrazó a su amiga le dijo lo mucho que la había echado de menos y se disculpó por no haber ido antes. Aisha la comprendía, aun así necesitaba decírselo.

—Se me están cayendo todos los esquemas, esto hay que investigarlo —soltó Elián cuando se presentaron todos los hermanos y sus compañeras en la cabaña de Tahiél, que ahora era más amplia y tenía dos plantas.

Aisha puso los ojos en blanco.

—Tú y tus investigaciones.

—¿Quién sabe? A lo mejor Susan tampoco es humana, al menos no del todo —contestó el aludido, que había buscado los orígenes de Aisha en el pasado.

—Lo es, ¿quieres apostar algo? —intervino Storm.

—Paso, vas con ventaja.

Todos se rieron. Los habían felicitado y ahora estaban cenando delante de la chimenea en una inmensa mesa. Storm estaba seguro de que se podría ampliar la familia. Susan y él lo harían posible.

Muchas mujeres de su linaje habían venido de Noruega, y a pesar de que ya sumaban un buen número en Alaska, pocas habían encontrado un compañero. Nacerían más niños y su raza saldría adelante.

—¿Qué fue de los noruegos? Los que nos atacaron.

—Fueron sentenciados a muerte por traición, Tollak tomó la decisión acertada, supo que muchos de ellos habían estado de acuerdo con Alv en asesinarle —explicó Storm.

—¿Y sus compañeras?

—Tollak se ha asegurado de que los que la tenían, pasen un largo periodo en la prisión de Bergen. Podríamos estar hablando de siglos.

Su hijo nunca condenaría a una hembra vinculada, se había convertido en un buen líder.

—¡Hola, Susan! —France apareció dentro del salón de Tahiél y Aisha.

Llevaba a Kaira cogida por la cintura. Susan levantó una ceja.

—France, ¿qué tal?

—Magnífica, ¿no lo ves?

Desde luego, France estaba encantada de conocerse y muy pagada de sí misma.

—Lo veo —dijo con una media sonrisa.

—¡Habéis traído un bebé! —gritó Kaira entusiasmada—. ¿Puedo cogerlo?

—Sí, claro.

Cuando la chica acunó a Ylva en sus brazos, France se asomó a su regazo como si estuviera viendo un alien.

—Tiene babas y para mi gusto es demasiado delicado —decretó apartándose.

—Deberías tener uno.

—Somos una raza especial y la mejor que pueda existir sobre la tierra, pero al igual que los humanos dos mujeres no pueden concebir.

—Como si eso fuera un impedimento para ti —murmuró Elián.

—Soy una mujer fiel —afirmó con aplomo.

—¿Desde cuándo? —interrogó Kaira—. Porque ayer estuviste con un noruego.

—¿Lo sabes?

Kaira resopló.

—Sí, y no me importa.

—Ah, mi atractivo es difícil de ignorar.

Las carcajadas estallaron en la cabaña. France nunca cambiaría. Se sentó y empezó a comer sin ser invitada.

—No te cortes...

—No lo hago —contestó mirando a Tahiél.

Cuando Storm cogió a Ylva en brazos, la sostuvo solo con un brazo, y dándole la mano a Susan, volvieron a la cabaña. Pronto tendrían que hacer una habitación para la pequeña.

Se sentó con su hija en el regazo y la miró. Se veía insignificante entre sus brazos, pero ella sería fuerte y el futuro de su raza. No podía dejar de mirarla, sonrió y besó a Susan que se había sentado a su lado.

—Soy el hombre más feliz de estas jodidas montañas.

Susan se echó a reír.

—Qué profundo ha sonado eso, cielo.

La abrazó y atesoró el momento. Nada ni nadie iba a separarlo de sus hermosas mujeres.

# Epílogo

*Treinta años más tarde.*

—Alistair...

—Sí, nena, esto es fantástico.

—Sí...

Flotaban en el aire por encima de las cataratas del Niágara. Era pleno verano y la oscuridad los amparaba. Ella estaba sentada sobre él, que los mantenía equilibrados a los dos a una altura considerable. Algunas pequeñas gotas, procedentes de la caída libre del agua, los alcanzaban y mojaban el largo cabello negro, ondulado y brillante de Ylva.

El orgasmo los alcanzó al mismo tiempo y Alistair abrazó a Ylva, casi aplastándola contra su pecho. Sus respiraciones se fueron acompasando lentamente.

—Te quiero, Ylva.

—Yo también te quiero, cariño.

Se miraron a los ojos.

—Deberíamos volver —dijo ella.

—Sí, solo deja que te abrace un poco más... antes de que tu padre me haga papilla.

Ella se echó a reír.

—Eres un líder, no deberías temer a mi padre.

Neoh había abdicado en su favor, y habían hecho una gran fiesta para celebrarlo, ese mismo día él se había declarado por fin a su chica. Amaba a

Ylva desde que era pequeño, y ella le correspondía, aunque la muy bruja nunca lo dejó ver. Eso le había hecho ser más fuerte y seguro de sí mismo, tenerla al lado era un regalo de los dioses. Pero enfrentarse a Storm...

Alistair cerró los ojos.

—Te protege demasiado, a ti y a tus hermanos. Me va a cortar los huevos.

—No lo permitiré.

Alistair levantó una ceja.

—Me sacó de tu cama cuando teníamos doce años y nos escondíamos de los mayores, en aquél entonces ya me amenazó con eso mismo.

—¿En serio? Entonces poco podré hacer, tendrás que pasar el resto de tu vida como un eunuco—dijo desternillándose.

—No bromees.

—Vamos, enfrentemos al viejo líder.

Alistair observó su cuerpo bien formado, sus pechos turgentes se alzaban ante sus ojos y en sus oscuros iris podía ver el amor que emanaba de ella.

—¿Alistair?

—Deja que me recree en ti. Pienso poner tu imagen en mi mente mientras tu padre intenta caparme.

—Eres un exagerado —golpeó suavemente su hombro—. Y no es una buena idea si pones la cara que tienes ahora. Si yo puedo ver el deseo, él también lo hará.

—Cierto, eso sería un suicidio.

—Vamos a buscar nuestra ropa.

Ylva escondió lo que pensaba para que él no pudiera leerla. Tenía ganas de ver la cara que pondría Alistair cuando su padre le dijera que ya sabía que



eran compañeros, la naturaleza lo había decidido así. Y ningún líder podía evitarlo.

Aterrizaron en el bosque y se vistieron, Tyron, el lobo de su amado, estaba tumbado al lado del montón, totalmente relajado. Por eso, cuando empezaron a vestirse, se sorprendieron de ver a Storm apoyado en un árbol mirándolos con semblante serio.

—¡Papá! —gritó vistiéndose a toda prisa.

—¡Joder, Storm! —exclamó Alistair poniéndose delante de ella.

—Esto no me lo pierdo —France venía caminando a entre los árboles a la derecha de Storm.

—France, lárgate —ordenó el viejo líder.

Viejo solo por edad, su apariencia era tan juvenil que parecía el hermano de Alistair.

—¿Tenéis algo que contarme?

—Sí...sí, ya sé que no te hace ninguna gracia, pero tu hija y yo somos compañeros.

France se carcajeó.

—¿En serio?

—France... —advirtió Storm.

—No, no me voy a ir. Tu lobo está montando a mi loba de nuevo y eso me altera. Necesito algo de diversión.

—¿Te has acostado con ella, cierto? —preguntó el líder ignorando a France.

—¡Papá, eso no es de tu incumbencia!

—Oh, sí lo es. Porque si realmente no sois compañeros, tu amigo no

terminará...

—¡Para! Sí lo somos, te lo aseguro.

—Y los mayores somos idiotas y no lo sabíamos...

—¿Ahora utilizas la ironía? —preguntó Ylva señalando a France.

France, que lucía su esbelto cuerpo enfundado en uno de sus monos de látex rojo, soltó otra carcajada.

—Aisha es la culpable.

—Ya veo. —Desvió la atención hacia su padre de nuevo—. Papá, no seas anticuado. Alistair y yo nos amamos. ¿De verdad, lo sabías?

Su padre se echó a reír.

—Pues claro, con la cara de pardillos que ponéis cuando os miráis, es difícil ignorarlo.

—¿Entonces lo aceptas? —preguntó Alistair.

Storm se encogió de hombros.

—Susan y yo lo aceptamos. Pero no está de más advertirte de que te arrancaré la piel a tiras si haces daño a mi hija, y me importa muy poco que Tahiél tenga que ser testigo de cómo me cargo a su hijo y me hago un abrigo con su piel.

La seriedad en su voz no dejaba lugar a dudas de que el hombre lo haría sin vacilar.

—Y dicho esto, ven aquí para que pueda abrazarte, hijo.

Alistair dio un paso atrás y cogió la mano de Ylva.

—No, eso no va a pasar. Ni de coña. Mantente alejado de mí —dijo un segundo antes de desaparecer.

Las risas de Storm y France fue lo último que oyeron retumbar en el

bosque.

—¿Y tú para qué has venido? —preguntó Storm mirando de frente a France—. Ya sé que te gusta ver los enfrentamientos, que te divierte incluso provocarlos tú misma...

—Estoy embarazada y, como eres parte interesada, solo te lo diré a ti; los demás ya lo notarán.

—¡Joder! Eso es una buena noticia. Ya era hora de que te pusieras a ello... —De repente cayó en la cuenta—. ¿Parte interesada? ¿Qué coño quieres decir con eso?

—Que vas a ser abuelo —anunció soltando la bomba.

—¡¿Qué?! —preguntó frunciendo el ceño.

—Viggo es el padre —anunció France cruzándose de brazos y cambiando el peso de un pie a otro.

—¡¿Viggo, mi hijo?! —

Ella se miró las uñas.

—¿A cuántos *Viggos* conoces?

—Maldita tarada ¡¿Cómo te atreves a acostarte con él, es un crío, joder?! —

Ella levantó una depilada ceja.

—Pues tu hijo de veintinueve años, no es ningún crío en la cama, si te sirve de consuelo, no somos compañeros.

—No, maldita loca, eso no me consuela en absoluto. ¿Pero, cómo...

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Eso no sería una falta de respeto por tu parte? No te voy a contar lo bueno que es Viggo en el plano sexual.

—No me refería a eso...

—Quédate tranquilo, fue de mutuo acuerdo. Simplemente sucedió.

Siempre he tenido la opción de elegir al padre de mis hijos, en mi clan no necesitamos tener compañero para eso. Lo elegí a él por encima de otros.

—¿No querías saber nada de mi linaje, si no recuerdo mal! —bramó acechándola con su cuerpo.

Ella no retrocedió ni un milímetro.

—¿Yo dije eso? Tu hijo debe de tener el ochenta por ciento de los genes de su madre. Es un hombre fantástico. —Tuvo que levantar la mirada que seguía clavada en su vientre como si esperara verlo crecer en ese preciso instante.

¿Se lo había parecido o la voz de France se había quebrado al hablar?

Storm se echó la larga melena hacia atrás pasando un mano desde la frente hasta su nuca.

—Esto es una jodida broma, ¿verdad?

Ella sonrió, era una sonrisa triste cuando se acercó a él. Puso las manos en sus hombros y habló pegando los labios su oído.

—Cuando estuvimos juntos me enamoré de ti —confesó sorprendiéndolo —, aunque nunca te lo dije. No quise tener un hijo en aquél momento y dejé pasar la oportunidad. Ahora tienes compañera y juro que hubiera podido deshacerme de ella y tenerte de nuevo, pero te vi enamorado. A pesar de lo que puedas pensar, verte feliz alegra mi corazón. Así que déjame tener un pedazo de ti a través de tu hijo. Cuidaré del pequeño, y tu hijo no tendrá ningún problema en el futuro para estar con él. Sigue con tu vida, nunca me voy a inmiscuir en ella. Pero recuerda esto. Soy la primera hembra que te amó de verdad, incluso antes de Helga.

Storm, cerró los ojos y puso las manos en la pequeña cintura femenina. Sin separarla de él.

—Siento no corresponderte, France —dijo también en su oído—. Amo a Susan, y en su día amé a Helga. Yo no sabía...

—Lo sé, Storm —dijo separándose, su mirada ya no era triste y sonreía; una bonita y genuina sonrisa—. Lo sé.

—Espera...

—Deseaba que supieras que, aunque creas que estoy como una cabra, viviré por y para esta criatura.

Empezó a caminar, adentrándose en el bosque de nuevo. Sus palabras permanecieron en su cabeza durante un largo rato.

France llevaba una vida que muchos hubieran deseado para sí mismos. Nada la ataba, nadie osaba darle órdenes y hacía lo que realmente quería, además de ser fiel a los acuerdos que habían pactado entre los clanes. Las noches que pasaron juntos eran puro sexo y nada más. Ahora sabía que ella sí había sentido algo por él. No, le había amado. Ni loco se hubiera enamorado de ella porque, efectivamente, estaba como una regadera. Pero la apreciaba a su manera y, aunque ella no lo supiera aún, cuidaría de la madre de su nieto.

De repente sonrió.

—¡Si se parece a ti me pegaré un tiro! —gritó al cielo haciendo que los animales se asustaran.

La risa de France se oyó a lo lejos, las carcajadas resonaron por todo el bosque, y él no pudo dejar de sonreír mientras volvía a casa dejándose ir en caída libre por el acantilado que tenía al lado. El aire helado golpeó su rostro y eso ayudó a aclarar su mente, y a aceptar que France pertenecería a su familia después de todo.

Maldita sea.

Iba a tener unas palabras con Viggo en cuanto se cruzara con él. ¿Es que

no sabía tener la polla guardada?

«¿La guardabas tú?», le recordó su mente.

**Fin**

# Agradecimientos.

A mis lectoras cero, por ser las personas que me están ayudando a pulir cada escena de esta novela corta y de las anteriores. Con San Valentín en Alaska, cierro el círculo de novela paranormal, de momento. Es una bilogía, sí, pero se puede leer de forma independiente. El primero; Navidad en Alaska, me reportó muchas alegrías, espero que este también lo haga. La historia de Storm y Susan bien lo merece, ¿verdad?

A Marta Lanza, Inma Ferreres, Vanessa Velarde, Sayo Hernández, Susana Bernal, Cristina Pardo, Luce Wd Teller, Carolina Castillo, Ester María Aina García, Yolanda Díaz, M<sup>a</sup> José Vidal, Juani Arrufat, Carmen Escrivà, Kelly Dreams, Sara Halley, Pily Villaverde, Victoria Eugenia Fernández, Pilar Sanabria, Alicia Ruíz, Imelda Gerónimo, Nieves López, Victoria Alonso, Glenda Polantinos, Pilar Merchán, Lidia Pam, Jeny Salinas, Loli Zamora, Patricia Puente, Natalia Zgza, Inma Valmaña, Loli Zamora, Isa Rodríguez, Marimar Pintor, Lorena De La Fuente, Joaky Carrasco, Aroa Stonecutter, María Teresa Ruz, Laura López, Ángela Ruminot, Sandra Martínez, Kuki Pontis, Patricia Fernández, Teresa Romero, Yoli Pérez, Rocío García, Pilar Triguero, Vicky Puente, Estela Pampin, Marisa Pascual. Laura Sanz, Almudena Marin, M<sup>a</sup> Pilar Pérez, Carmen Cano, Petri Hernández, Luisa Lucena, Sonia Martínez, Rosa María Ramírez, Isabel Sánchez, Mari Sánchez, Marta Pascual, Marilena Ribas, Yolanda Muñoz, Ester María Aina, Conchi Ríos, Esmeralda Fernández, Maite Villaplana, Nuria Pazos, María Sustaita, Rosalba Ferragonio, Beatriz Mancini, Rosario Dotes, Elena Herrero, Virtu Gómez, Karla G D Marchena, Alba Espindola, Olga LB, Nela Silva, Sol Camacho, Indara Osorio, Paquita León, Emma Leto, Lorena Martinez, Estibaliz Molina, Loli Palomo, Kris L. Jordan, Iria Blake, Emi Herrera, Mita Marco, Begoña Llorens, M<sup>a</sup> Jesús Peris, M Constanca Hinojosa, Mariluz



Martinez y Beatrice Pinto.

Gracias a todas por hacer que el grupo Locas por los chicos de Slade funcione, por vuestros comentarios y vuestras bromas. Somos muchas, así que es imposible nombraros a todas. Pero recibid un gran beso, y si he olvidado poner vuestro nombre no me lo tengáis en cuenta.

Gracias a todas las he han leído mis libros, me siento satisfecha de mi trabajo, y vosotras lo valoráis continuamente, sois geniales. Se os quiere.

Si es lo primero que lees de mi cosecha, prueba a leer la saga Security Ward empezando por La determinación de Slade, espero que te guste.

Os deseo un maravilloso día de San  
Valentín, ojalá lo viváis intensamente,  
y con la persona adecuada a vuestro  
lado.

Sed felices.

N. Q. Palm.

## *Biografía*

N.Q. Palm, escritora aficionada, con sus manuscritos guardados en un cajón y ahora decidida a mostrarse humildemente. Es una gran devoradora de libros a la que le gustan todos los géneros, en especial, la literatura romántica adulta, la paranormal y la histórica. Vive en Cataluña junto a su familia, cerca del mar y de la montaña. Gran aficionada a la música, y una enamorada de la informática y la edición gráfica.